

Ac. Cap. II-51



DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

SR. D. FRANCISCO A. COMMELERÁN Y GOMEZ

EL DÍA 25 DE MAYO DE 1890

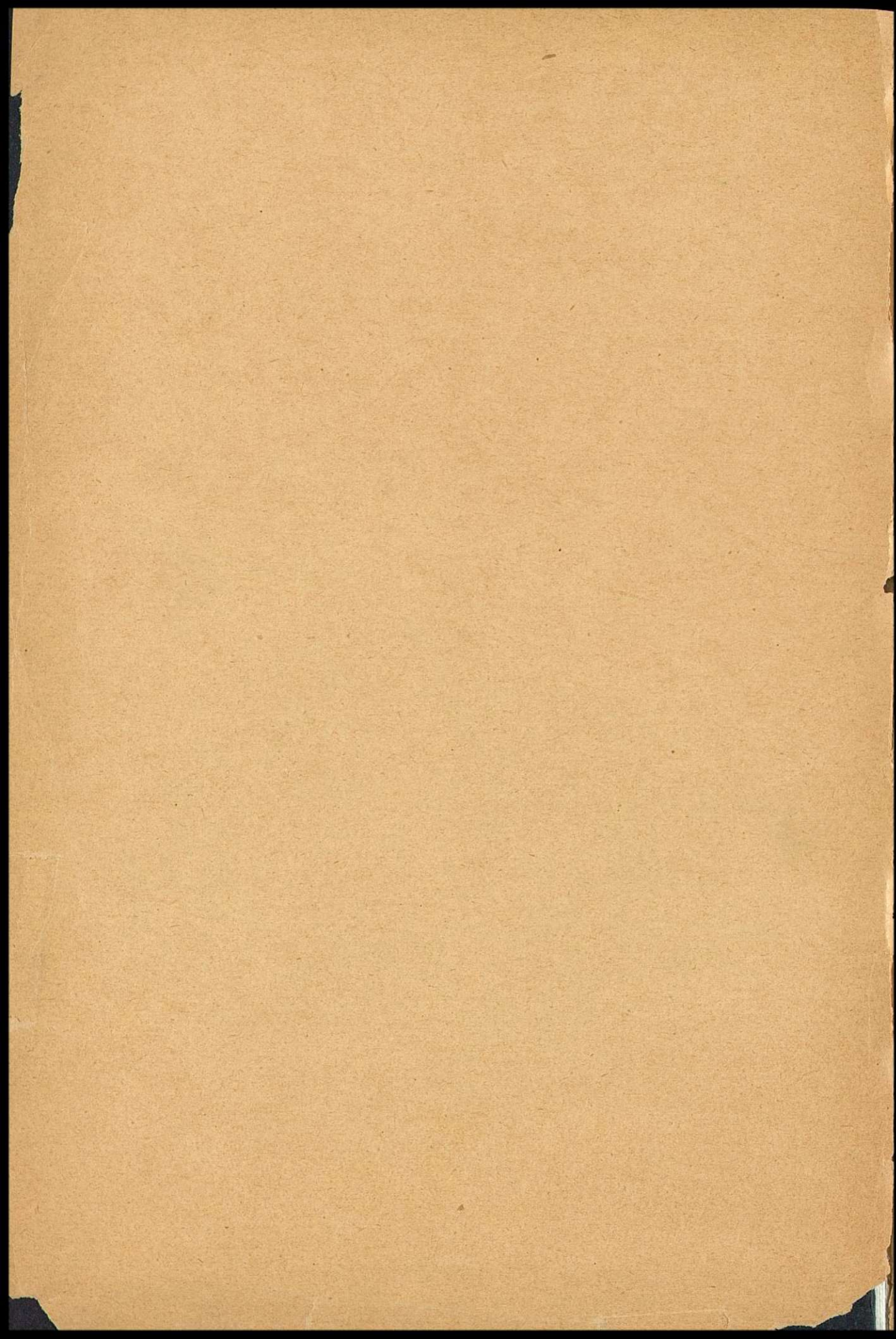


MADRID

IMPRESA DE A. PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, núm. 22

1890



R.40589

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

SR. D. FRANCISCO A. COMMELERÁN Y GOMEZ

EL DÍA 25 DE MAYO DE 1890



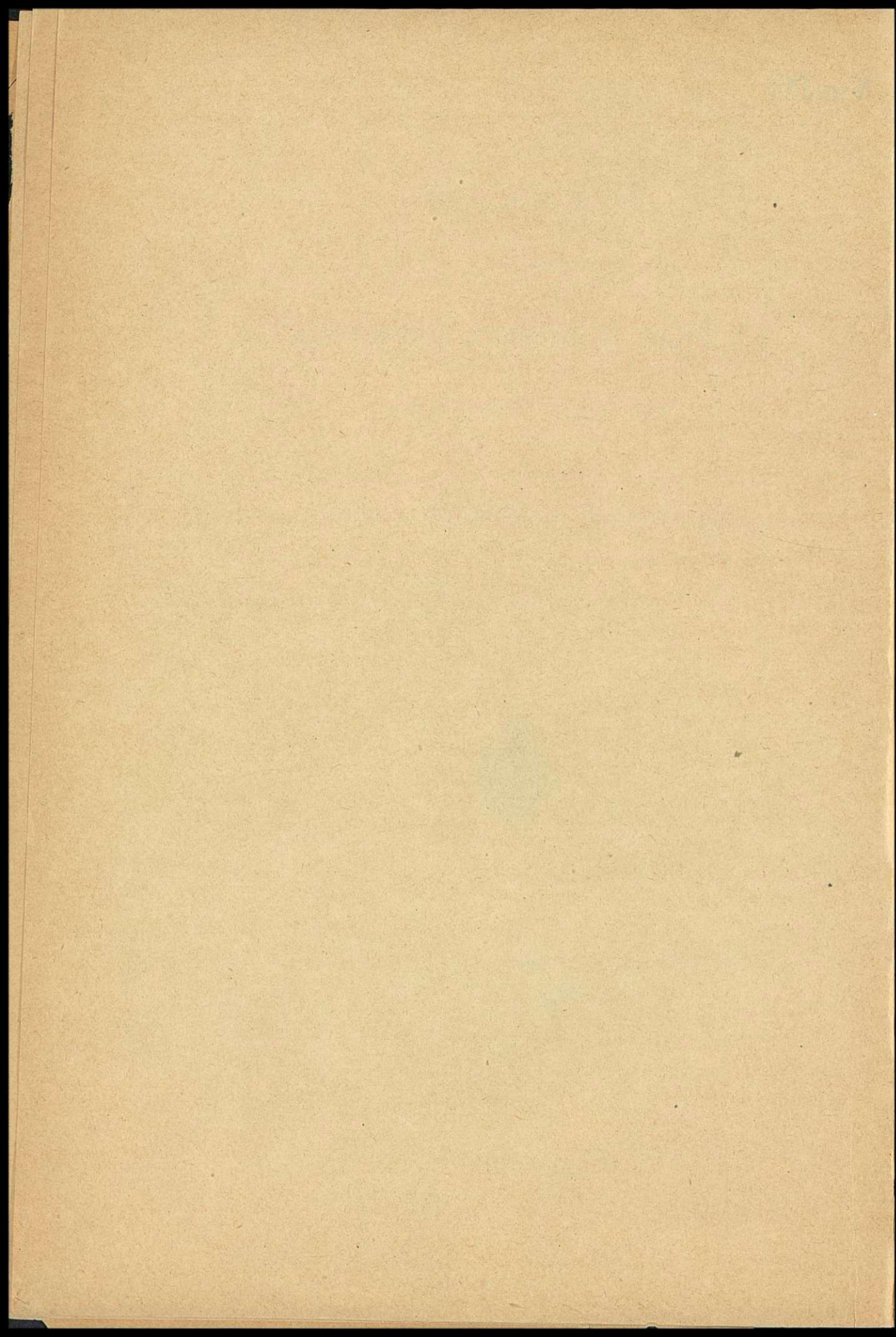
MADRID

IMPRESA DE A. PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, núm. 22

1890

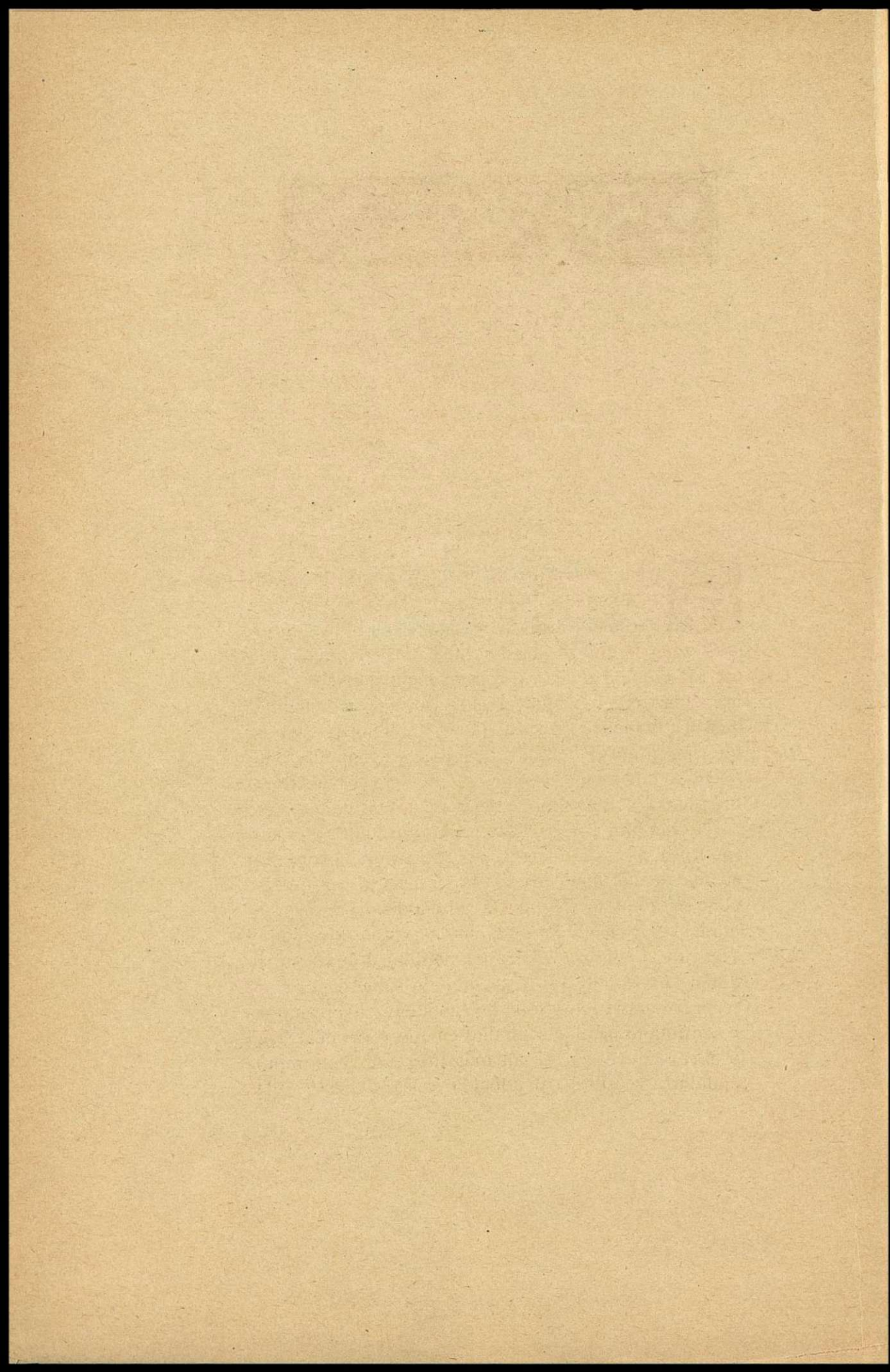




DISCURSO

DEL

SR. D. FRANCISCO A. COMMELERAN





SEÑORES ACADÉMICOS:



ÉAME permitido que, abandonando las prácticas generalmente seguidas en ocasiones como la presente, y sin rodeos ni preámbulos retóricos que se avienen muy mal con mi carácter, dé comienzo á esta, que, si me lo consentís, llamaré disertación, declarando pública y solemnemente la inmensa gratitud que os debo porque habéis querido ilustrar mi obscuro nombre, ó más bien premiar mis modestísimos estudios con el inestimable galardón que simbolizan las palmas académicas.

No me han abierto las puertas de vuestro docto Instituto ni los laureles cón que Apolo corona las sienes de sus hijos predilectos; ni la gloria que se conquista con la elocuencia, que avasalla los entendimientos, y rinde y encadena las voluntades con el vigor de la palabra; ni el aura popular, que sólo goza quien con las obras de su ingenio sabe hacerse intérprete oportuno y feliz de las ideas, aspiraciones y sentimientos de la sociedad en que vive; ni la fama y el renombre que se alcanza juzgando con imparcialidad, rectitud, prudencia y sano criterio las

obras que produce la labor ajena. Ninguno de estos méritos, que han enaltecido á tantos otros que ocuparon los codiciados asientos de este ilustre senado de las letras españolas, podía yo alegar para pedir la honra insigne que me otorgasteis; y si llevé mi atrevimiento al punto de solicitarla, sírvanme de disculpa ante vosotros aquellas palabras que en ocasión muy solemne y grata para este alto cuerpo literario pronunció en este mismo sitio uno de nuestros más ilustres escritores contemporáneos, cuando decía «que la Academia no tiene cerradas sus puertas para nadie que sepa, y es mucho saber (agregaba), Analogía, Sintaxis, Prosodia y Ortografía».

No es esta, por fortuna, la vez primera que asociáis á vuestros útiles y fecundísimos trabajos un aficionado al cultivo de aquella hermosa lengua en que Virgilio cantó la gigantesca empresa de fundar el pueblo rey; en que Horacio imitó los dulcísimos acentos de la lira griega y dió forma culta y elegante á la sátira toda romana; aquella lengua en que Cicerón emuló la gloria de Demóstenes tronando contra la demagogia que acaudillaba Catilina; en que Roma formuló el derecho que impuso á las naciones sometidas á su poder; lengua de prodigiosa fecundidad, que, en sus evoluciones diversas y dominando el pensamiento de otros pueblos como Roma había dominado su independencia, ha producido como ramas frondosas de su robusto tronco otros idiomas, que, cual el castellano, portugués, italiano, francés, provenzal y rumano, han sido intérpretes de civilizaciones distintas, y medio en su mayor parte nobilísimo para la expresión de las más grandes creaciones del pensamiento humano; lengua que es hoy y hasta la consumación de los siglos será, á la vez que verbo perfectísimo en que la Iglesia católica declara el

dogma de su doctrina infalible y consigna las ceremonias de su simbólica liturgia, el medio más adecuado y universal en que la ciencia en todas sus ramas ha de divulgar un día sus más recónditos misterios, sus principios más ciertos y sus aplicaciones más útiles.

Los nombres venerandos de Fr. Juan Interián de Ayala, D. Juan de Iriarte, D. Manuel de Balbuena, D. Javier de Burgos, D. Eugenio de Ochoa, D. Pedro Felipe Monlau y tantos otros, son testimonio bien elocuente de la predilección y estima en que vuestra Academia, desde su fundación, ha tenido á los cultivadores de la lengua y literatura latinas. Entre ellos obtuvo honroso lugar mi antecesor ilustre, digno descendiente por las altas prendas que ennoblecieron su carácter, y más aún por sus muchas letras, de aquellos insignes patricios aragoneses favorecedores de los Argensolas, que fueron ornamento y gloria de la literatura aragonesa. Fué D. Marcelino de Aragón y Azlor, prócer tan egregio como sabio y modesto cultivador de las letras latinas, que con singular acierto trasladó del latín al habla castellana el poema más humano del más humano de los poetas, las *Geórgicas*, monumento imperecedero en que la inspiración dulcísima del vate de Mantua legó á las futuras edades el reflejo inimitable y fidelísimo trasunto de aquella misteriosa poesía con que el Hacedor Supremo revistió á la madre Naturaleza al salir de sus omnipotentes manos. Castizo, correcto y elegante escritor, como á sus estudios y aficiones convenía, bien pudo gloriarse de haber merecido los favores de las musas quien, como el último duque de Villahermosa, emuló en sonoros versos endecasílabos la cadenciosa majestad del exámetro latino, quien acertó como él á vestir el inspirado pensamiento del

cantor de Eneas con los nobles atavíos con que enriquecieron nuestra lengua sus más clásicos poetas, y quien supo como él conservar intacta y pura en la interpretación castellana la encantadora naturalidad que sólo se admira en las *Geórgicas*.

Á tan preclaro varón me habéis llamado á suceder entre vosotros, y unido su recuerdo al de los ilustres académicos cuyos nombres acabo de citar como honra y gloria de vuestro docto Instituto, comprenderéis el temor que siento de no corresponder dignamente al honor insigne que me acabáis de otorgar, y á las gloriosas tradiciones de vuestra Academia, honradas y enaltecidas por vosotros dignamente en el sazonado fruto de vuestras laboriosas y difíciles tareas; que laboriosa y difícil es la tarea á vosotros encomendada, sobre todo en la parte referente á la composición del Diccionario de nuestra lengua. Sólo quien no conozca la magnitud de empresa semejante, el penoso, vario y no interrumpido trabajo que de suyo exige, y las dificultades de todo género con que tropieza quien en ella emplea, como vosotros, su actividad intelectual, sólo ese puede desconocer el mérito grandísimo que con las letras contrae quien consagra sus vigilias á ese pacientísimo trabajo que con tanta fidelidad describió Escalígero en aquellos dísticos:

*« Si quem dura manet sententia iudicis olim ,
 Damnatum arumnis supplicisque caput ;
 Hunc neque fabrili lassent ergastula massa ,
 Nec rigidas vexent fossa metalla manus ,
 Lexica contexat : nam cetera , quid moror ? Omnes
 Pænarum facies hic labor unus habet. »*

Y, en efecto: no todas las apariencias, sino toda la triste realidad de todos los tormentos, el compen-

dio y suma de los más duros trabajos, representa esa labor fecunda cuyos resultados, por muy brillantes que sean, cuando no los fustiga la ignorancia con destempladas censuras indignas de la crítica razonadora y docta, padecen necesariamente la indiferencia del vulgo ilustrado, que es el peor vulgo, sin que sean parte á compensar tales amarguras los unánimes aplausos de los doctos, que, por serlo, tienen forzosamente que hallarse en exigua minoría.

Así se comprende cómo en esta patria nuestra, donde hoy se cultivan con éxito más que lisonjero todos los ramos del saber, sólo los estudios filológicos obtienen entre nosotros el desdén más inconcebible; pues empezando por la enseñanza oficial, cuyo plan de estudios no puede ser más deficiente en esta parte, y concluyendo por las preocupaciones del vulgo, todo viene á confirmar esta verdad tristísima. Y si no, decidme: en esta época tan pródiga en conceder los más altos honores á cuantos fueron de algún modo ornamento y gloria de la patria, ¿quién de vosotros ha visto en parte alguna las estatuas de Antonio de Nebrija, del Brocense, Arias Montano ó de Hervás y Panduro? ¡Ah, Señores, qué deplorable injusticia! ¡Como si las pacientes y afanosas vigiliass de aquellos sabios fueran de menor utilidad y trascendencia científica que las del naturalista, el filósofo ó el jurisconsulto! ¡Como si la belleza con que la filología puede agotar nuestra admiración, fuera en esencia diferente de la que puede realizar el genio del más inspirado artista! ¡Como si el filólogo, en una palabra, no hiciera objeto de su estudio y diera á conocer á los demás en su naturaleza misma el medio de que la Divina Sabiduría dotó á la familia humana para comunicarse unos á otros los resultados de la gloriosa labor del pensamiento! ¡Como si no

fuera objeto de sus profundas lucubraciones el lenguaje, cuerpo impalpable, invisible y casi espiritual en que se encarna la verdad, alimento de la razón, la belleza, goce purísimo de la sensibilidad, y el bien, aspiración suprema de la voluntad humana!

La Filología tiene, por tanto, una importancia, si no superior, igual al menos á la que se concede á las demás ciencias. Max. Müller la clasifica entre las naturales, entendiendo por ciencias naturales las que tienen por objeto estudiar las obras de Dios. No ostenta ciertamente la ciencia filológica tan antiguo abolengo como la filosofía, la medicina ó la astronomía. Nació ayer, como quien dice; pero las primeras muestras que de su existencia nos ofrece con el *Mitridates* de Adelung y el *Catálogo de las lenguas* de Hervás, dan á entender bien claramente que la filología comparada, ó ciencia del lenguaje, como la llama Müller, es de estirpe nobilísima y fecunda, que por sus útiles aplicaciones y descubrimientos maravillosos merece con justicia que en ella se empleen los más privilegiados ingenios. ¿Cómo no había de emplearse el mío, que no goza privilegio alguno, cuando además viene obligado á hacerlo por razón de oficio? Procuraré, pues, cumplir el deber reglamentario que vuestros estatutos me imponen, tratando de exponer las *leyes que regulan las transformaciones, que, en el estado actual de nuestra lengua, sufre en su elemento fonético la palabra latina para convertirse en castellana.*

Es evidente, según confirman la observación y la historia, que la vida de las lenguas obedece en su desenvolvimiento á dos fuerzas encontradas; una que propende al estancamiento y al quietismo, y otra que tiende al movimiento y á la evolución; una que conserva los elementos primitivos en el lenguaje, y

otra que los transforma y desfigura; fuerzas que, por el papel que en el idioma desempeñan, podríamos llamar conservadora á la primera, y evolucionista á la segunda. Sin remontarnos á mayor antigüedad, nos encontramos que en la lengua madre de la nuestra, estas dos fuerzas se hallan representadas, la primera, ó sea la conservadora, en el *sermo nobilis*, lenguaje culto que hablaron los patricios en Roma, y que, fijado por Livio Andrónico, Nevio, Marco Porcio Catón y Lucrecio, llegó á su mayor esplendor en tiempo de los Escipiones, Hortensio, Cicerón y César, constituyendo así la lengua clásica. La otra fuerza, ó sea la evolucionista, da también muestra de su existencia en el idioma del Lacio, y se encarna en el *sermo rusticus*, lenguaje de la plebe, que no llega á alcanzar la inmovilidad y fijeza de la lengua clásica, ni á perpetuarse en monumentos literarios; pero cuya acción constante introdujo en aquélla transformaciones tan hondas, que hacían que ya Horacio en su tiempo no entendiera los cantos de los sacerdotes Salios, según se desprende de aquellos versos:

« Jam Saliare carmen qui laudat, et illud
Quod mecum ignorat, solus vult scire videri. »

(Ep. II, 1-86.)

Esa fuerza evolucionista trascendía lo mismo á la parte fonética que á la sintáctica, y de aquí la transformación de sonidos para expresar las ideas, y de construcciones para expresar los pensamientos; transformaciones ambas, que, prolongándose indefinidamente en el tiempo, han producido primero ese lenguaje que se llama baja latinidad, y más adelante esos dialectos latinos, que hoy se llaman lenguas

romances ó neo-latinas. Mas no se crea que por la sola virtualidad de la potencia evolucionista nacieron del latín las lenguas romances. En su formación influyó poderosamente la potencia conservadora combinada con la reformista; y en el estado actual de nuestra lengua se puede afirmar rotundamente que aquélla predomina sobre ésta, tanto casi en lo que podemos llamar el alma de la palabra, ó sea su sentido, como en lo que podríamos llamar el cuerpo, ó sea el sonido articulado, por medio del cual hacemos que nuestros pensamientos y nuestras ideas tengan representación adecuada en el mundo sensible.

La potencia conservadora, por lo mismo que es manifestación viva de la acción ejercida por la tendencia docta y culta del idioma, obra siempre en consecuencia con el carácter fundamental de la lengua, y en su evolución constante y progresiva representa el elemento histórico y tradicional, que son la base y fundamento de su existencia. La potencia evolucionista ó innovadora, menos respetuosa con lo que constituye el carácter fundamental de la lengua, obra con mayor libertad y desembarazo; pero no arbitrariamente ó á capricho; antes al contrario, parece siempre sometida á leyes más ó menos generales, que, regulando la libertad de esta potencia, no sólo la encauzan convenientemente, sino que la armonizan con la potencia conservadora, cuya influencia y poder en la vida de las lenguas es tan importante, que cuando por completo desaparece, y sobre ella predomina la potencia transformadora, nace primero un dialecto, que más tarde se robustece y desarrolla progresivamente, hasta que llega á adquirir sus propios elementos tradicional é innovador, y entonces queda ya convertido en verdadera lengua. Cuando la potencia conservadora pre-

valece y la reformista se anula, la lengua muere, y su léxico, su gramática y su literatura pasan á la historia. La vida de las lenguas consiste, por tanto, en la perfecta armonía de estas dos fuerzas, conservadora la una del elemento tradicional que constituye por sí sólo el carácter y naturaleza del idioma, y generadora la otra de nuevas formas y elementos nuevos que lo vigorizan y rejuvenecen, transformando el medio de expresión en consonancia con el elemento tradicional y las necesidades del pensamiento.

Las transformaciones que vamos á estudiar son el resultado natural y lógico de la acción de estas dos fuerzas. La conservadora ó tradicional da la materia; la innovadora ó evolucionista la transforma. ¿Cómo? La observación ha demostrado que al pasar de un idioma á otro una palabra en labios del pueblo, toma formas más acomodadas á las aptitudes de nuestro aparato vocal y más gratas al oído. Dos son, por tanto, las leyes fundamentales á que se encuentra sometida la potencia evolucionista ó innovadora en la vida y desenvolvimiento de las lenguas: una de carácter esencialmente fisiológico, que le obliga á procurar la más fácil emisión de los sonidos, y otra esencialmente estética, que le exige que en nuestros oídos produzcan impresión grata y armoniosa. Facilidad y armonía: he ahí los dos principios á que obedece siempre la transformación de los sonidos, y muy principalmente en la derivación latino-hispana.

Mas como la potencia evolucionista de que hablamos ejerce su acción aplicando los dos principios de la facilidad y armonía en la emisión de los sonidos, lo mismo á la transformación de los vocales, que á la de los consonantes que entran en la forma-

ción de las palabras, para proceder con algún método, empezaremos por estudiar primero las metamorfosis que sufren las vocales, para estudiar después las que se operan en las consonantes.

I.

En el estudio de las modificaciones que sufren las vocales de la palabra latina al pasar al castellano, hay que distinguir la vocal tónica de la átona, y en las tónicas las breves de las largas, y en éstas, las que lo son por posición, de las que lo son por naturaleza.

La tónica *a*, bien sea larga por posición ó por naturaleza, bien sea breve, no sufre transformación alguna al pasar del latín al castellano, como se ve en *mano* de *mānu*[*m*], *amar* de *amār*[*e*], *alto* de *altu*[*m*], etc. Pero á veces la proximidad de una *e* ó *i* en la palabra latina, convierte por una especie de metátesis la *a* tónica en *e*, como *carcelero* de *carcerariu*[*m*] (*carcerairus*), *queso* de *caseu*[*m*] (*cæsus*), pero se conserva en muchos, como en *lápiz* de *lapid*[*em*], *árido* de *aridu*[*m*], *grave* de *grave*[*m*], *ánimo* de *animu*[*m*], *ávido* de *avidu*[*m*], *mas* de *ma*[*gí*]s, etc. En *aire* de *aere*[*m*], la *e* se convirtió en *i* y formó diptongo con la *a*. En *hecho* de *factu*[*m*] y *pertrecho* de *pertractu*[*m*], la *a* se atenuó en *e*, lo mismo que en *leche* de *lacte*. En *Compostela* de *Campus Stella*, la *a* se convirtió en *o*.

La *e* tónica que precede á dos consonantes ó con-

sonante doble en latín, se transforma generalmente en el diptongo *ie* al pasar al castellano, como lo demuestran *sarmiento* de *sarmentu[m]*, *viento* de *ventu[m]*, *siempre* de *semper*, *defiendo* de *defendo*, *diente* de *dente[m]*; *diestro* de *dexteru[m]*, *hierba* de *herba[m]*, *piel* de *pel[lem]*, etc., aunque se conserva en muchos vocablos, como *mesa* de *mensam*, *mente* de *mente[m]*, *prudente* de *prudente[m]*, *bello* de *bellu[m]*, *centro* de *centru[m]*, *templo* de *templu[m]*, *celeste* de *caeleste[m]*, etc. En la sílaba antepenúltima delante de dos consonantes la *e* tónica latina se conserva en la palabra castellana, como en *térreo* de *terreu[m]*, *pérfido* de *perfidu[m]*, *pésimo* de *pessimu[m]*, *peñola* de *pennula[m]*, etc. En la flexión castellana se convierte en *i*, como en *rendir* de *reddere*, *rindo*, *rinda*, *rindiera*, *rindiese*, etc. En *vispera* de *vespera[m]*, se atenuó en *i*, y en *tarro* de *terreu[m]*, se convirtió en *a*. *Silla* no se formó de *sella[m]*, como opinan algunos, sino de *sēd[i]c[u]la[m]* contracto *sēdcla* y *sēcla*, en donde la *ē* se atenuó en *i*, y la *l* precedida de muda y en medio de dicción se convirtió en *ll*, como veremos más adelante. En *siembro*, *siembre* de *sēmīno*, *sēmīne[m]*, etc., la *ē* tónica se convierte en *ie* porque la síncopa de *semno*, *semnem*, etc., coloca esta *ē* delante de dos consonantes.

La *ē* tónica de los vocablos latinos, generalmente se conserva en los castellanos que de aquéllos se derivan, sobre todo cuando en latín precede a *d*, *l*, *n*, *r* ó *s*, como confirman, entre otros muchos, *tener* de *tenēr[e]*, *sede* de *sēde[m]*, *velo* de *vēlu[m]*, *crédito* de *crēditu[m]*, *terreno* de *terrenu[m]*, *vigésimo* de *vigēsīmu[m]*, *cuaresma* de *qua[d]r[ag]ēsīma[m]*, etc.—Alguna vez la *ē* latina se convierte en *i* en castellano, como en *connigo*, *contigo*, *consigo*,

de *mēcum*, *tēcum*, *sēcum*.—De *tēsus* por *tensus*, se formó *tieso*.

La *ē* tónica latina que no precede á otra sílaba cuya vocal sea *e* ó *i*, se transforma generalmente en castellano en el diptongo *ie*, como se ve en *hielo* de *gēlu*, *tierno* de *tēn[e]r[um]*¹, *piélago* de *pēlagu[s]*, *quien* de *quēm*, *bien* de *bēn[e]*, *miedo* de *mētū[m]*, *hiedra* de *hēderam*², etc.—Algunas veces se convierte en *i*, como en *pido* de *pēto*, *rijo* de *rēgo*, *siglo* de *sēquor*, *tino* de *tēnu[s]*, *mío* de *mēu[m]*.—Cuando precede en latín á otra sílaba cuya vocal es *e* ó *i*, la *ē* tónica latina se conserva en castellano, como en *pedir* de *pēter[e]*, *médico* de *mēdicu[m]*, *mérito* de *mēritu[m]*, *ingenio* de *ingēniu[m]*, *leve* de *lēve[m]*, *medio* de *mēdiu[m]*, etc., y á veces, aunque la sílaba siguiente no lleve *e* ó *i*, como en *método* de *mēthodu[m]*, *espejo* de *spēculu[m]*, etc.

La *i* tónica latina que precede á dos consonantes se convierte en castellano en *e*, como lo atestiguan *él* de *il[le]*, *ende* de *inde*, *cabello* de *capillu[m]*, *vello* de *villu[m]*, *leño* de *lignu[m]*, *meter* de *mīter[e]*, *vencer* de *vincere*, *enfermo* de *infirmu[m]*, *maestro* de *ma[g]istru[m]*, y otras. Sin embargo, consérvase á veces como en *signo* de *signu[m]*, *príncipe* de *prīncipe[m]*, *dimitir* de *dimitter[e]*, *dicho* de *dictum*, *fijo* de *fixum*, *mil*, de *mille*, etc. En *sinistro* de *sinistru[m]* se convierte en el diptongo *ie*, por haberse derivado sin duda de las formas *sinextra* y *sinestra*, de *sinexter* y *sinester*, según demuestran dos inscripciones, señalada la primera en la colección de Fabreti con el número 52, y con el 3180 la segunda en la de Mommsen.

La *ī* latina tónica no sufre transformación al pa-

¹ De *ten[e]rum*, por metátesis *ternu[m]*, y de *ter-nu[m]*, *tierno*.

² De *hed[e]ra[m]*, *hedra[m]*, y de éste *hiedra* ó *yedra*.

sar al castellano, como se ve en *hijo* de *filius*, *fin* de *fīn[em]*, *fijar* de *fīger[e]*, *espiga* de *spīca*, *trigo* de *trī[ti]cu[m]*, *pino* de *pīnu[m]*, *peligro* de *perīc[u]lu[m]*, *hostil* de *hostīle[m]*, *nido* de *nīdu[m]*, *risa* de *rīsu[m]*, etc. Sólo *carena*, *esteve* y *decir*, de *carīna[m]*, *stīva[m]* y *dīcer[e]*, convierten en *e* la *ī* de su origen.

La *ī* tónica de la palabra latina, transfórmase en *e* al pasar al castellano, como en *seno* de *sinu[m]*, *sed* de *sīt[em]*, *veo* de *vī[de]o*, *oreja* de *aurīc[u]la[m]*, *lenteja* de *lentic[u]la[m]*, *menos* de *mīnus*, *ceja*, de *cīlia*, *pelo* de *pīlu[m]*, *consejo* de *consiliu[m]*, *beber* de *bīber[e]*, etc.—Cuando la *ī* tónica pertenece á la sílaba antepenúltima de la palabra latina, se conserva siempre en castellano, como en *lícito* de *līcitu[m]*, *risible* de *risīb[i]le[m]*, *discípulo* de *discīpulu[m]*, *líquido* de *līquidu[m]*, *nimio* de *nīmiu[m]*, *nítido* de *nītidu[m]*, *símil* de *sīmile[m]*, *mínimo* de *mīnīmu[m]*, etc. Y también cuando se halla en la penúltima sílaba, delante de dos consonantes, muda la primera y *r* la segunda, como en *libro* de *lībrum*, *pigre* de *pīgru[m]*, *tigre* de *tīgre[m]*, y delante de otra vocal, como en *atrio* de *atrīu[m]*, *pio* de *pīu[m]*, *via* de *vīa[m]*, *dia* de *dīe[m]*, etc., y también en *sin* de *sīn[e]*, *ligo* y *lio*, de *lī[g]o* (*līgāre*). En *nieve* de *nīvem*, la *ī* se convirtió en el diptongo *ie*, como si fuera *ē*.

La *o* tónica, que en latín va seguida de dos consonantes, se transforma por lo general en castellano en el diptongo *ue*, como en *huerto* de *hortu[m]*, *puerto* de *portu[m]*, *muelle* de *molle[m]*, *cuerpo* de *corpu[s]*, *zueco* de *soccu[m]*, *hueste* de *hoste[m]*, *huésped* de *hospit[em]*, *nuestro* de *nostru[m]*, etc. Otras se conserva, como en *monte* de *monte[m]*, *esposo* de *sponsu[m]*, *sobrio* de *sobriu[m]*, etc.—Alguna vez se convierte en *u*, como en *cumplir* de *compler[e]*,

tundir de *tondēr[e]*, *pulgar* de *pollice[m]*, yuso de *deorsu[m]*. En *fleco*, del anticuado *flueco* de *floccu[m]*, se perdió la *u* sin duda para facilitar la pronunciación.

La *ō* tónica de voces latinas se conserva en sus derivadas castellanas, como se ve en *poner* de *pōnere*, *hora* de *hōra[m]*, como de *quōmo[do]*, *sol* de *sōlem*, *solo* de *solu[m]*, *voto* de *vōtu[m]*, *todo* de *tōtu[m]*, *fastidioso* de *fastidiōsu[m]*, etc. En *huevo* de *ōvu[m]*, se convierte la *ō* tónica latina en el diptongo *ue*, lo mismo que en *mueble* de *mōbile[m]*.— Conviértese también en *u* en *nudo* de *nōdum* y *Octubre* de *Octōbre[m]*.

La *ō* tónica latina se cambia generalmente en castellano en el diptongo *ue*, como en *pueblo* de *pōp[u]lu[m]*, *suela* de *sōlea[m]*, *cuero* de *cōriu[m]*, *fuego* de *fōcum*, *nuevo* de *nōvu[m]*, *escuela* de *schōla[m]*, *bueno* de *bōnu[m]*, *nueve* de *nōve[m]*, *fuera* de *fōra[s]*. No obstante, algunas veces se conserva, como en *hoy* de *hōdie*, *solio* de *sōliu[m]*, *sólido* de *sōlidu[m]*, *modo* de *mōdu[m]*, *coro* de *chōru[m]*, *ojo* de *ōc[u]lu[m]*, *escollo* de *scōp[u]lu[m]*, *sonido* de *sōnitu[m]*, *cólera* de *chōlera[m]*, *probo* de *prōbu[m]*, *tomo* de *tōmu[m]*, etc.—En *pulpo* de *pōl[y]pu[m]* se convirtió en *u*.

La *u* tónica, que en latín precede á dos consonantes ó á consonante doble, se cambia, por lo general, en *o*, como en *sombra* de *umbra[m]*, *mosca* de *musca[m]*, *pollo* de *pullu[m]*, *boj* de *bux[um]*, *cobre* de *cupru[m]*, *odre* de *utre[m]*, *fondo* de *fundu[m]*, etc.; pero también se conserva en muchos casos, como puede verse en *mucho* de *multum*, *corvo* y *curvo* de *curvu[m]*, *corso* y *curso* de *cursu[m]*, *diurno* de *diurnu[m]*, *culto* de *cultu[m]*, *dulce* de *dulce[m]*, *puño* de *pugnu[m]*, *pulcro* de *pulcru[m]*,

flujo de *fluxu[m]*, *mundo* de *mundu[m]*, *justo* de *justu[m]*, *fruto* de *fru[c]tu[m]*, etc.; pero sobre todo cuando es antepenúltima en la palabra latina, como en *rústico* de *rusticu[m]*, *uña* de *ung[ul]a[m]*, *público* de *publicu[m]*, *púlpito* de *pulpitu[m]*, etc. La *u* de *ver[e]cundia* se convirtió en el diptongo *ue* en el castellano *vergüenza*.

La *ū* tónica latina se conserva en castellano, como puede verse en *júbilo* de *jūbilu[m]*, *nube* de *nūbe[m]*, *muro* de *mūru[m]*, *humo* de *fūmu[m]*, *futuro* de *fu-tūru[m]*, *maduro* de *matūru[m]*, *útil* de *ūtil[em]*, *salud* de *salūt[em]*, *mulo* de *mulu[m]*, *escudo* de *scūtu[m]*, etc. Sólo en *copa* se convirtió en *o* la *ū* de *cūpa[m]* que se conserva en *cuba*.

La tónica latina *ũ* se transformó en *o* en castellano, como se ve en *codo* de *cū[bi]tu[m]*, *lobo* de *lūpu[m]*, *joven* de *jūven[em]*, *pozo* de *pūteu[m]*, *lodo* de *lūtu[m]*, *sobre* de *sūper*, etc. Pero se conservó en algunos casos, como en *tuyo*, *suyo* de *tuu[m]*, *suu[m]*, y en *mujer* de *mūlier[em]*, *dudo* de *dū[bi]to*, *número* de *nūmeru[m]*, *yugo* de *jūgu[m]*, *lluvia* de *plūvia[m]*, *huir* de *fū[g]er[e]*, *cuño* de *cūneu[m]*, *cúmulo* de *cūmulu[m]*, *humilde* de *hūmile[m]*, etc., y delante de *e*, como en *destruir* de *destruere*, *diluir* de *diluer[e]*, *derruir* de *diruer[e]*, *influir* de *influer[e]*, etc. La *ũ* de *nūrus* se convirtió en el diptongo *ue* en *nuera*, lo mismo que en *nuez* de *nūc[em]*.

La *y* que los latinos tomaron de los griegos se convirtió en castellano las más veces en *i*, como lo prueban *mirto* de *myrtu[m]*, *mirra* de *myrrha[m]*, *abismo* de *abyssu[m]*, *lince* de *lynce[m]*, *ninfa* de *nympha[m]*, *ritmo* de *rhythmu[m]*, *síndico* de *syndicu[m]*, *sibila* de *sibylla[m]*, *tipo* de *typu[m]*, *tímpano* de *tympanu[m]*, etc. Alguna vez se transformó en *e*, como en *mecha* de *myxu[m]*, y en *o*, como

en *torso* de *thyrsu*[m, y en *u*, como en *gruta* de *crypta*[m, *murta* de *myrta*[m, y *tufo* de *typhu*[m.

La lengua castellana posee en diptongos una verdadera riqueza, que proviene en gran parte de la tendencia natural de nuestra lengua á evitar el hiato ó concurso de vocales. Siendo los diptongos sonidos vocales compuestos, y sufriendo los simples tónicos las modificaciones que quedan indicadas, algunas habían de sufrir también los compuestos al pasar á nuestra lengua.

Æ, *Œ* y *AU* son los principales diptongos latinos. El diptongo *æ* tónico se convirtió al pasar al castellano unas veces en el diptongo *ie*, como en *cielo* de *cælu*[m, *ciego* de *cæcu*[m, *griego* de *græcu*[m, *quiero* de *quæro*, etc.; otras en *e*, como en *émulo* de *æmulu*[m, *tea*, de *tæ*[d]a[m, *César* de *Cæsar*[em, etc., y otras en *i*, como en *judío* de *judæu*[m, *siglo* de *sæculu*[m, *Galicia* de *Galæcia*[m.

El diptongo tónico *æ* se transformó en castellano en *e*, como en *cena* y *pena* de *cœna*[m y *pœna*[m y por analogía en *ie*, como en *cieno* de *cœnu*[m.

El diptongo *au* latino cuando es tónico se convierte en *o* al pasar al castellano, como lo confirman *toro* de *tauru*[m, *oigo* de *au*[d]io, *poco* de *paucu*[m, *ronco* de *raucu*[m, *oro* de *auru*[m, *pobre* de *pau-p[e]re*[m, aunque se conservó en algunas palabras, como se ve en *lauro* de *lauru*[m, *austro* de *austru*[m, *claustro* de *claustru*[m, *causa* y *cosa* de *causa*[m, *fraude* de *fraude*[m, etc. En *Pablo* y *alabo* de *Paulu*[m y *allau*[d]o la *u* del diptongo se ha convertido en la consonante *b*, al contrario de lo que sucede en el latino *aufero* por *abfero*, y en consonancia con lo que sucede en *temblar* de *t[r]emular*[e, donde la *u* átona, que no forma diptongo, también se convierte en *b*.

II.

Las vocales átonas, privadas como están de la mayor consistencia fonética que da el acento, sufren mayor número de transformaciones que las tónicas al pasar del latín al castellano, y puede asegurarse que apenas hay reglas fijas que regulen esas alteraciones. Sin embargo, se ha observado que en determinadas circunstancias sufren estas vocales idénticas ó parecidas transformaciones. Para mayor claridad en el estudio de los fenómenos fonéticos que se observan en las vocales átonas de la palabra latina al convertirse en castellana, distinguiremos dos casos, que son los más generales, á saber: cuando la vocal átona se encuentra en la palabra latina próxima á otra vocal y cuando se halla próxima á una consonante.

Tiene la lengua castellana, como rasgo esencialísimo de su carácter, una repugnancia manifiesta al concurso de vocales cuando cada una de por sí forma sílaba distinta, y suele evitarlo, ó por elisión de la primera vocal ó por atracción que ésta ejerce sobre la segunda, ó por contracción de ambas, ó por separación de las dos por medio de una consonante epentética.

El concurso de vocales ó hiato se produce en la palabra latina ú originariamente, es decir, por existencia anterior en ella, ó por la pérdida de una consonante que media entre las dos vocales, ó por encuentro de éstas producido por la composición.

Cuando en la palabra latina simple es tónica la primera de las dos vocales que concurren, encuen-

tra grandes dificultades nuestra lengua para evitar el hiato, y puede decirse que por regla general lo tolera, como en *traer* de *tra[h]er[e]*, *leer* de *le[g]er[e]*, *raer* de *ra[d]ere*, etc. Sin embargo, algunas veces se evita por epéntesis de una consonante que se coloca entre las vocales que producen el hiato, y unas veces es una *j*, como en *escarabajo* *scarabæu[m]*, otras *v*, como en *llover* de *pluer[e]*, á semejanza de lo que sucedía en latín con el derivado *vidu-v-ium* de *viduus*, y otras una *y*, como en *tuyo* y *suyo* de *tuu[m]* y *suu[m]*, *instituyo*, *instituya* de *instituo*, *instua[m]*, *instituyera* de *institueram*, *arguyere* de *argueri[m]*, etc. Evítase también por elisión, como en *pared* de *par[i]et[em]*, *abeto* de *ab[i]ete[m]*, *dos* de *d[u]os*, etc. En *Dios* de *Deus* cambió de lugar el acento, convirtiendo de esta suerte en diptongó las dos vocales, y en una sola las dos sílabas de la palabra latina.

Cuando es átona la primera de las dos vocales que concurren en la palabra latina simple, se hace más fácil la desaparición del hiato en la derivación castellana, y entonces se presentan dos casos muy frecuentes, que deben ser objeto de especial estudio, á saber: el uno cuando la primera de las dos vocales que concurren en la palabra latina simple sea *e* ó *i*, y el otro cuando sea *u* esa primera vocal.

Si la primera de las dos vocales que concurren en la palabra latina simple, es *e* ó *i* átona, suele destruirse el hiato por medio de transformaciones, casi siempre uniformes y que pueden reducirse á reglas de aplicación más ó menos general. Para mayor claridad, se debe advertir que dichas vocales son equivalentes, y así Varrón nos atestigua que en el *sermo rusticus* la *i* se pronunciaba como *e*, y que, por tanto, se pronunciaba *speca* por *spica*, *vea* por

via, y *vella* por *villa*; y el autor del *Appendix ad Probum* advierte que debe decirse *cavea* y no *cavia*, *brattea* y no *brattia*, *cochlea* y no *cochlia*, *lancea* y no *lancia*, *solea* y no *solia*, *balteus* y no *baltius*. De todo lo cual se infiere que las vocales *e*, *i* tenían desde los tiempos más remotos en el uso vulgar un sonido equivalente, como tuvieron luego equivalente valor fonético al pasar como átonas al castellano en determinadas condiciones, según lo demuestran las observaciones siguientes.

Para proceder con método deberemos observar que las átonas *e*, *i*, en concurso con otra vocal, pueden ir precedidas en la palabra latina simple de las guturales *g*, *c*, *qu* y *ch*, ó de las linguales *l*, *n*, *r*, *s*, ó de las dentales *d*, *t*, ó de las labiales *b*, *v*.

(a) Las *e*, *i* átonas después de la gutural suave *g* y seguidas de otra vocal, generalmente se conservan al pasar al castellano; pero la *i* se diptonga con la vocal siguiente, como se observa en *refugio* de *refugiu[m]*, *litigio* de *litigiu[m]*. La *e* no se diptonga en las pocas palabras castellanas que proceden de otras en que precedida de *g* concurre con otra vocal, y, por consiguiente, no desaparece el hiato, como en *geografía* de *geographia[m]*, *abigeo* de *abigeu[m]* y *abigeato* de *abigeatu[m]*, etc. En algunos casos la *g* se convierte en *i* y la *e* ó *i* á quien sigue otra vocal se funden con ella en el sonido equivalente propio de la palatal fricativa *y*; así se formaron, por ejemplo, palabras como *ensayo*, *haya*, *ley*, *grey* y *rey* ¹.

¹ Á la formación de estas palabras se llegó por las equivalencias siguientes:

exagium = *ex-a-gi-u[m]* = *en-sa-ii-o* = *en-sa-y-o*
fageam = *fa-ge-a[m]* = *fa-ii-a* = *ba-y-a*
legem = *le-ge[m]* = *le-ie* = *le-i-i* = *le-y*
gregem = *gre-ge[m]* = *gre-ie* = *gre-ii* = *gre-y*
regem = *re-ge[m]* = *re-ie* = *re-ii* = *re-y*.

La misma causa dió origen en castellano á ciertas formas verbales, como *huyó, huyeron, huyera, huyese y huyere*; *leyó, leyeron, leyera, leyese y leyere*, que se explican en castellano considerando que son derivadas de otras en latín que se componen de la raíz más la característica del tema de presente y el verbo sustantivo en el tiempo correspondiente ¹.

Los gerundios *huyendo* y *leyendo* y el participio *leyente* se formaron por un proceso semejante, teniendo en cuenta que la *e* tónica que en latín precede á dos consonantes, se transforma en el diptongo castellano *ie*, y así resultó :

fug-iendo=fui-iendo=bu-y-endo
leg-endo=lei-iendo=le-y-endo
leg-ente[m]=lei-iente=le-y-ente.

Cuando las átonas *e, i* precedidas de *c, h* ó *qu* concurren en la palabra latina simple con otra vocal, se conserva el hiato en la derivación castellana con la *e* precedida de *c*; como en *picea* de *picea[m]*, *silticeo* de *siliceu[m]*; pero con la *i* precedida de *c* ó *qu*, se destruye mediante la diptongación, como en *especie* de *specie[m]*, *cinericio* de *cinericiu[m]*, *obsequio* de *obsequiu[m]*, ó bien desaparece por com-

¹ En esta forma :

fug+ǎ+f]u[it=fug+i+u=fui+i+u=bu-y-ó
fug+i+fu]erun[t=fug+i+erun=fui+i+eron=bu+y
 +eron
fug+i+fu]era[m=fug+i+era=fui+era=bu-y+era
fug+i+fu]isse[m=fug+i+isse=fui+i+esse=bu-y+ese
fug+i+fu]eri[m=fug+i+eri=fu+i+iere=bu-y+ere
leg+ǎ+f]u[it=leg+i+u=lei+i+u=le+y+ó
leg+i+fu]erun[t=leg+i+erun=lei+i+eron=le+y+eron
leg+i+fu]era[m=leg+i+era=lei+i+era=le+y+era
leg+i+fu]isse[m=leg+i+isse=lei+i+esse=le+y+ese
leg+i+fu]eri[m=leg+i+eri=lei+i+ere=le+y+ere.

pleto el concurso de vocales, asimilándose las vocales *e*, *i* á la suave dental aspirada *c*, y resultando de la suma de dos suaves dentales aspiradas la fuerte dental aspirada *z*, como en *lanza* de *lancea*[*m*, *cedazo* de *setaciu*[*m*, *hechizo* de *facticiu*[*m*, *mestizo* de *misticiu*[*m*. Los sonidos guturales fuertes de las *ch* y *qu* latinas sufrieron idéntica transformación al pasar á nuestra lengua en las palabras *brazo* de *brachiu*[*m* y *lazo* de *laqueu*[*m*. En *facha* de *facie*[*m*, la *i* se convirtió en la suavísima aspirada *h*: y en *faz* se asimiló á la dental suave aspirada *c*, y la *e* se perdió por apócope en esta forma: *faci*[*em*=*faz*.

(*b*) Después de *l* las átonas *e*, *i*, cuando concurren con otra vocal, se convierten, en unión de aquella consonante, en un sonido gutural fuerte y aspirado, que se representa en castellano en la actualidad por el signo *j*: así de *palea*[*m* se formó *paja*, de *sarralia cerraia*, de *consiliu*[*m* *consejo*, de *alienu*[*m* *ajeno*, etc. Otras veces la *i* se convierte en la *l* que le precede, como lo prueban *maravilla* de *mirabilia*, *batalla* de *batualia*, *vitualias* de *victualia*, etc.; y otras, por el contrario, la doble *ll*, en unión de la vocal átona, se convirtió en *j*, como en *majar* de *mallear*[*e*. En *lirio* de *liliu*[*m*, la *l* se convirtió en su homorgánica *r*.—Otras veces, conservando la *l*, se reforzó el sonido de la vocal, tanto *e* como *i*, convirtiéndose en una gutural suave, como en *valgo* de *valeo*, *salga* de *salia*[*m*. También se conserva á veces, pero formando diptongo con la vocal siguiente, como en *familia* de *familia*[*m*; *consiliario*, de *consiliariu*[*m*.—La conversión de las átonas *e*, *i* después de *l* en *j*, se explica considerando que dichas vocales son palatales, y al fundirse con la linguo-palatal *l*, tiene que resultar un sonido palatal fuerte, semejante al de la *j* (iota) latina, como su-

cedía en las voces arcáicas *meioranza*, del bajo latín *meliorantia*, de *meliorans*, de *meliorare*, y *soberceia*, de *supercilia*, hoy *sobreceja*, hasta que ese sonido palatal fricativo adquirió la consistencia de gutural fuerte aspirado en nuestra *j*, como en *hijo* de *fliu[m]*, *mejor* de *melior[em]* y *mujer* de *mulier[em]*. Otra explicación puede darse también á esta transformación: la *i*, que es vocal gutural, ejerce influencia sobre la *l* y la convierte en la gutural *g*, como se ve en el anticuado *mugier* ó *mogier*; luego esta misma *i* se consonantiza y se transforma en otra gutural *h*, y fundidas en una las dos guturales suaves, dan por resultado la gutural fuerte en esta forma:

mulier[em]=mugier=mugher=mujer.

Las átonas *e*, *i* precedidas de *n* en la palabra simple latina y seguidas de vocal, se convierten en su tránsito á nuestra lengua en otra *n*, que unida á la que les precede, forma la *ñ* castellana, como se ve en *viña* de *vinea[m]*, *piña* de *pinea[m]*, *araña* de *aranea[m]*, *cuño* de *cuneu[m]*, *sueño* de *somniu[m]*, *España* de *Hispania[m]*, *Brañosera* de *Brania Ossaria*. Alguna vez se transforma en el sonido gutural fuerte que representa la *j*, tomando así una consistencia muy digna de notarse y de explicación difícil, como se ve en *granja* de *granea[m]*, *extranjero*, que supone la forma *extraneariu[m]*, de *extraneus*; y otras se conserva, como en *línea* de *linea[m]*; sobre todo en voces cultas ó de reciente formación, como se ve en *ligneo* de *ligneu[m]*, *ígneo* de *igneu[m]*, etc. En las formas de la flexión verbal la *e* ó *i* átonas precedidas de *n* y seguidas de vocal se convierten en la gutural suave *g*, como en

vengo, venga de *venio, venia*[m], *tengo y tenga* de *teneo, tenea*[m]. En *pongo, ponga* de *pono, pona*[m], la *g* se explica por haberse asimilado este verbo á los de la segunda conjugación latina, á la cual pertenece su pretérito *posui*, ó mejor por haberse asimilado á la cuarta, á la cual corresponde su pretérito *posivi*, que se halla en Plauto y el imperfecto de subjuntivo *poniret*, que se lee en una inscripción de las coleccionadas por Orelli y señalada con el número 2466.

La *e* átona precedida de *r* y seguida de vocal se conservó en castellano sin diptongarse con la siguiente y sin destruir por tanto el hiato de la palabra latina, como lo demuestran *aéreo* de *aereu*[m], *etéreo* de *æt[h]ereu*[m], etc., palabras cultas y de reciente formación en el idioma. La *i* en circunstancias idénticas sufre modificaciones, que en muchos casos se explican por la metátesis, como sucede en los vocablos castellanos derivados de los latinos que terminan en *arius, orius* y *urius*. Esta metátesis se verifica en las sílabas *ari* que se convierten en *air=er, ori* y *yuri* que se trasforman en *oir, uir=uer*, y así de *carcerariu*[m] se formó *carcelero*, de *denariu*[m] *dinero*, de *terrarium* *terrero*, de *coriu*[m] *cuero*, de *Durium* *Duero*¹. Por analogía de *aciaru*[m] se formó *acero*; pero de *spuriu*[m] se formó *espurio*. En *donaire* de *donariu*[m] se conservó el diptongo *ai* sin convertirse en *e* larga. En *madera* de *materia*[m], que es quizá la única palabra de este género en que se transforman las sílabas *eri*, desaparece la *i*, y, por último, *lavador* de *lavatoriu*[m] y *vivar* de *vivar*[ium] se forman por apócope. En otras palabras de formación no muy antigua y poco popu-

¹ Con las formas intermedias *carcerairo, denairo, terrairo, coiro, Duiro*.

lares se conservan las dos vocales, pero diptongadas, como puede verse en *adversario*, *secundario*, *notario*, *misterio cimiterio*, *imperatorio*, *dilatatorio*, *directorio*, *dimisorias*, *lujuria*, *furioso*, etc.

Después de *s* la *i* átona seguida de vocal se conservó, pero formando diptongo con la siguiente, como en *iglesia* de *ecclesia*[*m*], *ocasion* de *occasio*-*n*[*em*], *mansion* de *mansion*[*em*], *Ambrosio* de *Ambrosiu*[*m*], etc. De *elysius* se formó *elisio* y también *eliseo*. En *beso* de *basiu*[*m*] se verificó metátesis (*baiso*). En condiciones idénticas la *e* generalmente no se altera, y en palabras de formación reciente y poco vulgares ni siquiera se diptonga con la vocal siguiente en las pocas palabras que pueden servir de ejemplo, como *óseo* de *osseu*[*m*], *róseo* de *roseu*[*m*]. *Queso* de *caseu*[*m*] se formó por atracción de la *a* sobre la *e*, y *Blas* de *Blas*[*ium*] por apócope.

(c) Las *i* ó *e* átonas latinas, precedidas de la dental suave *d* y seguidas de otra vocal, se conservaron en palabras no muy populares ni de formación antigua, pero diptongándose con la vocal siguiente, como en *radio* de *radiu*[*m*], *predio* de *prædiu*[*m*], *presidio* de *præsidiu*[*m*], etc. En *diurno* de *diurnu*[*m*] se mantiene el hiato de la palabra latina; pero generalmente se evita por una especie de asimilación que en la palabra latina se opera, y mediante la cual la *d* se transforma en *i*, que sumada con la siguiente, da por resultado la *y*, en palabras como

ba-diu[*m*]=*ba-ii*=*ba-yo*
radiu[*m*]=*ra-ii*=*ra-yo*
modiu[*m*]=*mo-ii*=*mo-yo*
podiu[*m*]=*po-ii*=*po-yo*
ga[*u*]*diu*[*m*]=*ga*[*u*]-*ii*=*ga-yo*
hodie=*ho-ii*[*e*]=*ho-y*

sede[*m=se-ie=se-ii=sey* ¹

sede[*t=se-iea=se-íia=seya* ².

También de *gaudium* se formó *gozo*, como si en vez de asimilarse á la *i* la dental suave se hubiera reforzado en *t* antes de pasar al castellano.

Este curioso fenómeno de asimilación de la consonante suave á la *i*, se verifica en la flexión castellana en casos en que la *i* es tónica, y sólo así se explican formas verbales castellanas como *creyó*, *creyeron*, *creyera*, *creyese* y *creyere*, *creyendo* y *creyente*, que á partir de la forma clásica suponen como anteriores las formas siguientes:

cre-di+fu]u[*it=cre-ii+u=cre-y+ó* ³

cre-di+fu]erun[*t=cre-ii+erun=cre-y+eron*

cre-di+fu]era[*m=cre-ii+era=cre-y+era*

cre-di+fu]isse[*m=cre-ii+esse=cre-y+ese*

cre-di+fu]eri[*m=cre-ii+ere=cre-y+ere*

cre-de-ndo=cre-die-ndo=cre-íie-ndo=cre-ye-ndo

cre-de-nte[*m=cre-die-nte=cre-íie-nte=cre-ye-nte*.

Igual proceso siguieron las formas *oyes*, *oye*, *oyen*, *oyera*, *oyese*, *oyere*, *oyendo* y *oyente*, sufriendo la palabra latina la asimilación de la *d* en *i*, y las otras transformaciones consiguientes, de esta suerte:

audiis= ⁴ *o-íies*=*o-yes*

audiveram=*au-di-[v]era*[*m=au-di-era=o-ii-era=o-y-era*

audivissem=*au-di-[v]isse*[*m=au-di-esse=o-ii-esse=o-y-ese*

¹ *Sey* es palabra arcaica, que en el Fuero Juzgo significa *sede* ó *silla*.

² Se lee por *sea* en el *Libre de Apollonio*.

³ Estas formas se explican por la unión del pretérito del verbo sustantivo á las dos raíces de que se compone el verbo latino *credo*. En el gerundio y participio la tónica *e* delante de dos vocales se transforma en *ie*, y al asimilarse la *d* á la *i*, se funden ambas en *y*.

⁴ Para la formación de estas voces (*oyes*, *oye*, *oyen*), nuestra lengua no tuvo en cuenta la contracción que en ellas se verifica en latin.

audiverim=*au-di-[v]eri*[*m*=*au-di-eri*=*o-ii ere*=*o y-ere*
audiendo=*au-di-endo*=*o-ii-endo*=*o-y-endo*
audientem=*au-di-ente*[*m*=*o-ii-ente*=*o-y-ente*.

En *oigo*, *oiga*, etc., la *d* de la palabra originaria latina se asimila á la *i*, y ésta se consonantiza en la suave gutural *g*, resultando:

audio=*au ii-o*=*o-ig-ó*, en la época anteclásica *o y-o*
audia[*m*=*au ii-a*=*o-ig-a*, en la época anteclásica *o-y-a*.

En *jornal* de *diurnale*[*m*, la *d* se asimiló á la *i* y luego las dos *ii* se consonantizaron en la gutural suave *g* la primera, y en *h* la segunda, y sumadas ambas se fundieron en la gutural fuerte *j*, en esta forma:

diurnal[*e*]*m*=*iiurnal*=*ghornal*=*jornal*.

Cuando van precedidas de la fuerte dental *t* y seguidas de otra vocal las *e*, *i* átonas latinas, se evita el concurso de vocales en castellano mediante la conversión de las sílabas *te*, *ti* en la dental aspirada *z*: así de *duritia*[*m* se formó *dureza*, de *tition*[*em* *tizón*, de *Martiu*[*m* *Marzo*, de *puteu*[*m* *pozo*, de *linteu*[*m* *lienzo*. De *plātēa*[*m* se formó *plaza*, á pesar de ser tónica la *e* en la palabra latina que procede del griego *πλατεῖα*; pero en Horacio (Ep. II-2-71) y Catulo (15-7) se encuentra breve y por consiguiente átona, y por eso, sin duda, nuestra lengua, considerándola como tal, convirtió en *z* la sílaba *te*, como si la *e* fuera átona por naturaleza. En *avestruz* de *avis struthi*[*o* se verificó además apócope; y en *ajenjo* de *absinthiu*[*m* la *bs* se convirtió primero en *x* y luego en *j*, lo mismo que la sílaba *thi*. En muchos casos la *i* átona latina precedida de *t* se conservó en concurso con la vocal siguiente, pero formando

diptongo con ella, como se ve en *justicia* de *justitia*[m, *palacio* de *palatiu*[m, *ración* de *ration*[em; pero en *razón* siguió el procedimiento general arriba indicado.—La *e* átona después de *t*, y en concurso con otra vocal, en palabras poco populares y de formación reciente, se conserva con la misma forma latina y sin diptongarse, como en *plúteo* de *pluteu*[m.

¿Qué razón pudo haber para que las sílabas *ti* ó *te*, átonas latinas, se fundieran en nuestra *z*? Fijémosnos primero en que esta letra es una importación del alfabeto griego en el abecedario castellano, en el cual por su sonido equivale á la θ griega, letra que los latinos transcribían *th*, como se ve en *theorem* de $\theta\epsilon\omega\rho\eta\mu\alpha$, *thorax* de $\theta\acute{o}\rho\alpha\acute{\alpha}$, *thronus* de $\theta\rho\acute{o}\nu\omicron\varsigma$, etc. Si, pues, nuestra *z* equivale á la θ griega, y ésta en latín á *th*, siendo la *e*=*i*, y pudiendo ésta convertirse en gutural suave *g* ó *h*, no hay que hacer grandes esfuerzos de imaginación para comprender que las sílabas *ti* ó *te* átonas puedan ser iguales á *th*, es decir, á una dental con aspiración suave, como nuestra *z*: de modo que resulta:

puteu[m=*putiu*[m=*putbu*=*πορο*
tition[em=*tithon*=*τιζόν*.

(d) La *e* átona latina precedida de la labial dulce *b*, ó de la dental labial dulce *v*, y seguida de otra vocal, se convirtió en *i*; y por asimilación se transformaron en la misma letra las dulces *b* y *v*, y sumadas ambas *ii*, resultó *y*; y así de *rubeu*[m se formaron *rubio* y *royo*, de *fovea*[m *hoya*, y en la flexión verbal de *habea*[m se formó *haya*, de *habeas* *hayas*, etc. En palabras de no muy antigua formación y poco vulgares se conservó el concurso de vocales, como en *álveo* de *alveu*[m. Á veces cuando la *i* en concurso con otra vocal va precedida de *b* ó *v*, ambas

vocales se conservan, pero diptongadas, como en *soberbia* de *superbia*[m *abreviar* de *abbreviar*[e, *rabia* de *rabie*[m, *obvio* de *obviu*[m, *lluvia* de *pluvia*[m, etc. En *ligero* de *leviariu*[m, *vi*, se convirtió en gutural *g*, lo mismo que en *sargento* de *serviente*[m. En *lejía* de *lixí*[vi]a[m desaparecieron por síncope la átona y la dulce labial-dental que la precede.

Después de *p* en los pocos casos que la *i* átona concurre con otra vocal en la palabra simple, evitóse el hiato en nuestra lengua convirtiendo la labial fuerte *p* y la vocal *i* en la palatal fuerte *ch*; y así se formaron *pichón* de *pipione*[m y *reprochar* de *repropiar*[e. En la flexión de los verbos *cabere* y *saber* de *capio* y *capia*[m, se formaron por atracción *quepo* (*caipo*) y *quepa* (*caipa*[m) de *sapia*[m *sepa* (*saiipa*[m) y la forma *sé* es apócope de *sai*[po por *sapio*.

(e) Cuando la *u* átona concurre con otra vocal en la palabra latina simple, caso no muy frecuente, se evita el hiato en nuestra lengua por medio de la atracción, como en *viuda* de *vidua*[m, *cupe* de *capui* (*caupi*), *supe* de *sapui* (*sauipi*), *hube* de *habui* (*haubi*), atracción que se confirma con las voces arcaicas *sopo*, *hobo*. Otras lo evita por elisión, como en *Enero* de *Jan*[u]ariu[m (*Janairu*[m), *coso* de *co*[n]s[u]o, *muerto* de *mort*[u]u[m, etc. Otras por epéntesis, introduciendo una *y* entre ambas vocales, como en *construyo* de *construo*, *sustituya* de *substitua*[m, *constituyese* de *constituisset*[m. En muchos casos, sin embargo, conserva nuestra lengua el concurso de la átona *u* con otra vocal, pero diptongándolas, como en *agua* de *aqua*[m, *perpetuo* de *perpetuu*[m, *arduo* de *ardu*u[m, *tenue* de *tenue*[m, etc.

(f) El concurso de vocales puede originarse en

la palabra latina por la pérdida de una consonante, y entonces, al pasar á nuestra lengua, unas veces se conserva el concurso de vocales con su correspondiente hiato, como en *deán* de *de[c]an[um]*, *paraíso* de *para[d]isu[m]*, *oír* de *au[d]ir[e]*, *maestro* de *ma[g]i-stru[m]*; otras desaparece el hiato mediante la diptongación, como lo atestiguan *juez* de *ju[d]ic[em]*, *cuidar* de *co[g]itar[e]*, *viera* y *viere* de *vi[d]era[m]* y *vi[d]eri[m]*. En *leer* de *le[g]er[e]* se conservó el hiato en la flexión de las formas derivadas de tiempos simples latinos, como en *leq*, *leía*, *lea*.

(g) También suele nuestra lengua respetar el concurso de vocales sin diptongarlas cuando es producido por la composición latina, como en *coacción* de *coaction[em]*, *coadyuvar* de *coadjuvar[e]*, *coartar* de *coarctar[e]*, *preámbulo* de *præambulu[m]*, *prooemio* de *prooemium*, etc. Pero á veces lo evita por medio de la elisión, como en *antaño* de *ant[e]annu[m]*, *antojo* de *ant[e]oc[u]lu[m]*, *cubrir* de *c[o]operir[e]*, *dorar* de *d[e]aurar[e]*, etc., donde desaparece siempre la primera vocal, que siempre es átona.

III.

Hemos visto las transformaciones que al pasar del latín al castellano sufren las vocales átonas latinas cuando concurren con otra vocal; veamos ahora las que experimentan estas mismas vocales átonas cuando preceden á una consonante. Dos casos hay que distinguir en el estudio de las metamorfosis de estas vocales, y son: que la átona preceda á la sílaba

tónica y que esté después de la sílaba tónica en la pabra latina.

(a) Si la vocal átona seguida de consonante precede en la palabra latina á la sílaba tónica, en muchos casos pasa intacta del latín á nuestra lengua, como lo confirman *rebeldé* de *rebelle*[m, *amar* de *amar*[e, *dañar* de *damnar*[e, *deber* de *deber*[e, *librar* de *liberar*[e, *mirar* de *mirar*[i, *tener* de *tenner*[e, *oficio* de *officiu*[m, *monumento* de *monumentu*[m, *humano* de *humanu*[m, etc. Pero á veces la *a* se convierte en *e*, como en *espárrago* de *aspara-gu*[m, *esmeralda* de *smaragdu*[m, *lebrillo* de *labru*[m; otras la *e* en *a*, como en *ayuno* de *jejuniu*[m, ó en *o*, como en *estornudar* *sternutar*[e: otras se transformó en *a* la *i* átona latina que precede á la sílaba tónica, como en *salvaje* *silvat*[i]cu[m, *balanza* de *bilance*[m, *maravilla* de *mirabilia*. Otras, la *o* se convirtió en *a*, como en *navaja* de *novac*[u]la[m, y en *e*, como en *lejos* de *longos*. La *u* se transformó en *e* en *enebro* de *j]unip*[e]ru[m. El diptongo átono *au* se transforma naturalmente en *o*, como en *oir* de *au*[d]ir[e, *oreja* de *auric*[u]la[m, *otoño* de *autumnu*[m, etc., como si fuera tónico; ó en *e*, como en *escuchar* de *auscultar*[e; ó en *a*, como en *Agosto* de *Augustu*[m; pero con frecuencia se conserva en castellano en palabras cultas y de formación no muy remota, como en *auxilio* de *auxiliu*[m, *austral* de *austral*[em, *auspicio* de *auspiciu*[m, *audiencia* de *audientia*[m, *autoridad* de *auctoritate*[m, etc. El diptongo *æ* se convirtió alguna vez en *i*, como en *igual* de *æqual*[em, *cimiento* de *cæmentu*[m, *conquista* de *conquæ*s[i]ta, *quise* de *quæsi*[vi, *quisiera* de *quæsi*[v]e[ra]m, *quisiese* de *quæsi*[v]i[sse]m, *quisiere* de *quæsi*[v]erí[m, y también en *e*, como en *celesté* de *cæleste*[m, *preceptor* de *præceptor*[em.

En medio de tanta variedad de transformaciones como al pasar al castellano sufre la vocal átona que seguida de consonante precede á la sílaba tónica de la palabra latina, se observa, sin embargo, que con muchísima frecuencia la *u* que en estas circunstancias se halla, se convierte en *o*, como en *conejo* de *cuniculu[m]*, *gobernar* de *gubernar[e]*, *hollín* de *fuligin[em]*, *gorgojo* de *curculio[nem]*, *tocino* de *tucetu[m]*, etc. Pero es más notable todavía la conversión de la *i* átona en *e*, como en *engreir* de *ingredi*, *dechado* de *dictatu[m]*, *encentar* de *inceptar[e]*, *sencillo* de *sim[pli]cellu[m]*, *enemigo* de *inimicu[m]*, *sello* de *si[gi]llu[m]*, y de la *e* en *i*, como en *dinero* de *denariu[m]*, *ristre* de *restar[e]*, *pincel* de *pen[i]cil[um]*, *piojo* de *pe[di]culu[m]*, *mitad* de *me[di]tat[em]*, etc. Esta transformación trasciende á ciertas formas de la flexión verbal castellana, en las cuales la *e* átona seguida de consonante y anterior á la sílaba tónica se convierte en *i*, como en *impidiera*, *impidiese*, *impidió*, *impidieron*, *impidiere*, *impidiendo* de *impedir* de *impedir[e]*, *sintiera*, *sintiese*, *sintió*, *sintieron*, *sintiere* y *sintiendo* de *sentir* de *sentir[e]*, *pidió* de *petivit*, *pidiera* de *petiera[m]*, *pidiere* de *petieri[m]*, etc.

Por último, en *Mérida* de *E]merita[m]*, *Lérida* de *I]llerda[m]* y *reloj* de *ho]rolog[ium]*, desaparece la átona inicial que precede á la tónica latina.

(b) Cuando las átonas *e*, *i*, *o*, *u*, seguidas de una consonante, se encuentran después de la sílaba tónica en la palabra latina y no son finales de ésta, que suele en este caso ser esdrújula, generalmente desaparece al pasar al castellano, como en *diestro* de *dext[e]ru[m]*, *obra* de *op[e]ra[m]*, *puesto* de *pos[i]tu[m]*, *senda* de *sem[i]ta[m]*, *hombre* de *hom[i]ne[m]*, *liebre* de *lep[o]re[m]*, *caldo* de *cal[i]du[m]*, *pueblo*

de *pop[u]lu[m]*, *siglo* de *sæc[u]lu[m]*, *regla* de *reg[u]la[m]*, *peligro* de *peric[u]lu[m]*, etc., á semejanza de lo que sucede con ciertas palabras sincopadas latinas que se encuentran en los poetas clásicos, como *periculum*, *sæclum*, *hercle*, etc.; pero en otras de no muy antigua formación ó poco vulgares no se verifica esta síncopa, como en *cándido* de *candidu[m]*, *árido* de *aridu[m]*, *círculo* de *circulu[m]*, *meter* de *mitter[e]*, *beber* de *biber[e]*, etc., aunque en la conservación de la *e* en estas últimas influye poderosamente la apócope que sufren al pasar al castellano. En *zócalo* de *soccalu[m]*, la *u* se transformó en *a*; pero desaparece en *zoclo*.

Las vocales átonas finales *a*, *e*, *i*, *o*, se conservan al pasar al castellano, como en *pena* de *pæna[m]*, *nube* de *nube[m]*, *siete* de *septe[m]*, *leve* de *leve[m]*, *crisis* de *crisis*, *bilis* de *bilis*, *sendos* de *sin[gu]los*, *dos* de *d[u]os*, *dentro* de *de-intro*, etc. En *diez* de *dec[em]* desaparece la *e*, y en *once*, *doce*, *trece*, etc., de *un[de]ci[m]*, *duo[de]ci[m]*, *tre[de]ci[m]*, etc., la *i* se convierte en *e*, lo mismo que en *veinte* de *vi[g]inti*.

La *u* átona final se convierte en *o* al pasar del latín al castellano, como en *templo* de *templu[m]*, *tiempo* de *tempu[s]*, *fruto* de *fructu[m]*, *amaron* de *amarun[t]*, *perrechos* de *pertractus*, etc.

Sin embargo, las átonas finales de la palabra latina en muchos casos desaparecen por apócope en la palabra castellana aguda, cuando la primitiva latina es grave, como en *amar* de *amar[e]*, *temer* de *timer[e]*, *feliz* de *felic[em]*, *veloz* de *veloc[em]*, *laúd* de *laud[em]*, *virtud* de *virtut[em]*, *reloj* de *ho]rologi[um]*, *avestruz* de *avis-struthi[o]*, etc., y á veces aunque la primitiva sea esdrújula, como en *símil* de *simil[em]*, *débil* de *debil[em]*, *vivir* de *viver[e]*, *crear* de *cre[d]er[e]*, *escribir* de *scriber[e]*, etc.

IV.

Si notables son las transformaciones que sufre la palabra latina en sus vocales para convertirse en castellana, no lo son menos las que experimenta en las consonantes. Para proceder con método estudiaremos los sonidos que las consonantes representan, siguiendo la clasificación tan conocida de guturales, linguales, dentales y labiales.

GUTURALES.—La *g* representa en castellano el sonido gutural suave delante de las vocales *a*, *o*, *u* y delante de consonante, y el de gutural fuerte aspirada como la *j*, delante de las vocales *e*, *i*. Cuando es dulce, generalmente conserva su sonido al pasar del latín al castellano, como en *investigar* de *investigare*, *gobernar* de *gubernare*, *gustar* de *gustare*, *globo* de *globum*, *grande* de *grande*, etc. En *Cádiz* de *Gades* se convirtió en fuerte la gutural suave primitiva. Á veces la *g* dulce ó fuerte aspirada de la palabra latina desaparece en la palabra castellana por efecto de la síncopa, ya sola, ya con toda una sílaba, como en *leal* de *le[g]al[em]*, *entero* de *inte[g]ru[m]*, *lidiar* de *liti[g]ar[e]*, *liar* de *li[g]ar[e]*, *pereza* de *pi[g]ritia[m]*, *frío* de *fri[g]id[u]m*. En *Calahorra* y *Mahon* de *Calagurri[m]* y *Magon[em]*, la *g* se convirtió en la suavísima aspiración representada por la *h*. En *playa* y *saya* del bajo latín *plagia[m]* y *sagia[m]*, la *g* se asimiló á la *i*, y de la unión de las dos *ii* resultó el sonido palatal fricativo representado por la *y*.

El sonido de gutural fuerte aspirada que delante

de las vocales *e, i*, damos hoy á la *g*, tanto en latín como en castellano, constituye en la apariencia una anomalía, cuya explicación ha sido objeto de profundos estudios por parte de los más eminentes filólogos. Parece, en efecto, que, según respetables autoridades, la *g* tuvo siempre en latín sonido de gutural suave delante de todas las vocales, sonido que en realidad no era otra cosa que el de la gutural fuerte *c* (*k*) dulcificado. Esta hipótesis adquiere caracteres de mayor certidumbre, considerando que en latín se escribía *vicesimus* y *vigesimus* (que se pronunciarían *vikesimus* y *viguesimus*), *curculio* y *gurgulio*, etc., y que en la composición, como en *quingenti* de *quinque* y *centum* y *negotium* de *nec* y *otium*, lo mismo que en la derivación, como en *sugo* de *sucus*, la *c* (*k*) se convertía en *g*, es decir, se suavizaba, ó á veces se reforzaba, como en *cinctum* de *cing-o* y *lectum* de *leg-o*, etc. La *g*, por tanto, debió tener primitivamente en latín delante de las vocales *e, i* el mismo sonido gutural suave que delante de *a, o, u*. La *c*, que delante de todas las vocales debió representar en latín, como más adelante veremos, el sonido gutural fuerte, se convierte en dental aspirada delante de *e, i* (*ce, ci*). Siendo la *g* y *c* homorgánicas, suave la primera y fuerte la segunda, la misma causa que convirtió en dental aspirada la gutural fuerte *c* delante de *e, i*, debía delante de estas mismas vocales convertir la gutural suave *g* en un sonido dental aspirado también, pero con aspiración más suave, sonido que podría representarse por *dj* [*d+j* (iota)] dental la primera y palatal fricativa la segunda, que en latín se confundía en la escritura con la *i*, y resulta por consiguiente *dj=di*. Esta sílaba *di* en principio de dicción, y por virtud de un proceso que ya hemos

estudiado, se convirtió en *j* en la derivación castellana, como en *jornal* de *diurnal*[em, y en medio y fin en *y=j* (iota latina), como en *rayo* de *radium*, *hoy* de *hodie*. Obsérvase también que de *lege*[m se formó *ley* y de *exagium* *ensayo*, y que por tanto resulta *ge* ó *gi=y*: siendo *di* ó *dj=y*, resulta *ge* ó *gi=di* ó *dj*, es decir, dental suave aspirada. En confirmación de esta teoría Federico Diez asegura que en la época de la baja latinidad se escribía *ma-dius* por *majus*, de donde también resulta *di=j* ó *y*. Corssen afirma también que el sonido gutural suave delante de *e*, *i* se representaba en la baja latinidad por la palatal fricativa *j* (iota) antes de convertirse en silbante palatal en las lenguas romances. Como la *j* (iota latina) luego representó en nuestra lengua el sonido gutural fuerte aspirado, la *g* seguida de *e*, *i*, equivalente á *dj*, conservó el sonido que en la pronunciación le hace confundirse con la *j*. Así se explica este doble valor fonético de la *g* castellana según la vocal que le sigue ¹.

En *yeso* de *gypsu*[m, *yema* de *gemma*, *yerno* de *generu*[m, *yelo* de *gelu*, supone Diez que la *g* tomó el sonido palatal fricativo de la *j* (iota) latina, convirtiéndose en *y* en castellano. En *leyenda* de *legenda* supone que la *g* desaparece y se evita el hiato admitiendo por epéntesis la *y*. Del mismo modo podría también explicar las formas *leyeron* y *huyeron* de *legerun*[t y *fugerun*[t, *leyera* y *huyera* de *legera*[m y *fugera*[m; pero no *leyó* y *huyó*, que no pudieron formarse de *legit* y *fugit*, sino de la raíz de estos

¹ Esto explica por qué á veces la *g* delante de *e*, *i* se convierte al pasar al castellano en la dental aspirada que en la escritura se representa por la *c*, como en *arcilla* de *argilla*[m, *uncir* de *j]unger*[e, *recio* de *rigi*[d]u[m, donde parece que la tendencia era á reforzar la *g* en *c* (*k*). En *erquir* de *eriger*[e conserva en castellano la *g* su primitivo sonido de gutural suave.

verbos convertida en tema de presente y el verbo sustantivo en esta forma: *leg-i-f]u[it=lei-i-u=le-y-ó; fug-i-f]u[it=fui-i-u=fu-y-ó=hu-y-ó*¹.

Respetemos esta opinión del padre de la filología neo-latina: pero sin impugnarla, séame lícito exponer, con la timidez que de una parte me inspiran las propias opiniones y de otra el grandísimo respeto que merecen la mucha doctrina y la admirable sagacidad de que en la investigación de estos misterios hizo siempre maravilloso alarde el insigne maestro de la Universidad de Bonn, séame lícito, digo, exponer con estas salvedades una teoría que puede, á mi juicio, explicar con mayor claridad este doble sonido de la gutural suave *g* en castellano. Es indudable que el sonido primitivo de esta letra era en latín gutural suave delante de todas las vocales y consonantes; pero si fijamos nuestra atención en la especial naturaleza de las vocales *e*, *i*, hallaremos que son esencialmente guturales, como nos lo demuestra, entre otros ejemplos, su transformación en *g* en *valgo* de *valeo* y *vengo* de *venio*. Si, pues, estas vocales se forman en la garganta lo mismo que la suave *g*, al producirlas seguidamente, sin intermedio alguno, fundiéndolas en un mismo sonido, que constituye una sola sílaba, parece natural que sumados los dos esfuerzos suaves que debe hacer el órgano en que ambos sonidos se forman, resulte uno más brioso, más fuerte (*ge*, *gi=je*, *ji*), que sin anular la vocal que da vida al esfuerzo del órgano que lo produce, señale al mismo tiempo el especial carácter de la vocal susodicha. Y así sucede, en efecto, en castellano, pudiéndose asegurar que el sonido *gue*, *gui*

¹ Estas y otras formas semejantes se explican más claramente por este modo primitivo de formarse el pretérito latino, y la equivalencia evidente de la *g* á *i*.

es menos frecuente que *ge*, *gi* en las palabras castellanas, puesto que aquél entra en quinientas tres palabras y éste en mil doscientas ochenta y tres, resultando que el sonido suave de la *g* delante de *e*, *i* constituye en nuestra lengua una verdadera excepción, confirmada hasta por la ortografía, que establece que en este caso se escriba *u* después de la *g*.

En hinojo de *genic[u]lu[m]*, Mahon de *Magon[em]*, Calahorra de *Calagurri[m]*, la *g* se convirtió en la aspiración tenuísima *h*, y en *encia* de *g[ingi[v]a[m]* la inicial desaparece y la segunda *g* toma el sonido de dental aspirada que hemos visto en *arcilla*, *uncir*, etc.

Por síncope desaparece también en muchos casos esta letra al pasar á nuestro idioma: así de *ma[g]-istru[m]* se formó *maestro*, de *di[g]itu[m]* *dedo*, de *ma[gi]s más*, de *sa[g]itta[m]* *saeta*, de *tri[g]inta treinta*, de *cua[d]ra[g]inta cuarenta*, de *vi[g]inti veinte*, de *le[g]er[e]* *leer*, de *exporri[g]er[e]* *espurrrir*, de *Le[g]ion[em]* *León*, de *ni[g]el[lum]* *niel*, de *sa[g]in[am]* *sain*, de *va[g]ina[m]* *vaina*, etc.

La sílaba *gu* se conserva íntegra en algunas palabras castellanas en la pronunciación y en la escritura, como en *lengua* y *argüir* de *lingua[m]* y *arguer[e]*, y en otras sólo en la escritura, mas no en la pronunciación, como en *distinguir* de *distin-guer[e]*, *lánguido* de *languidu[m]*.

Delante de *m* unas veces se conserva al pasar al castellano, como sucede en palabras poco vulgares como *dogma*, *enigma*, *fragmento*, etc., y otras se pierde, como en *aumentar* de *au[g]mentar[e]*, *flema* de *fle[g]ma*, *pimiento* de *pi[g]mentu[m]*, del mismo modo que ya se había perdido en algunas palabras latinas, como *examen* por *exagmen*, y *jumentum* por *jugmentum* ó *jugumentum*.

Delante de *n* en palabras de formación no muy

antigua, ó poco populares, pasó del latín al castellano como en *digno* de *dignu[m]*, *signo* de *signu[m]*, *benigno* y *maligno* de *benignu[m]* y *malignu[m]*, *insigne* de *insigne[m]*; pero en palabras más antiguas ó vulgares la *g* se convierte en *n* por atracción regresiva, y el sonido de la doble *n* que resulta se expresa por *ñ*¹, como en *enseñar* de *insignir[e]*, *cuñado* de *cognatu[m]*, *tamaño* de *tam-magnu[m]*, *puño* de *pugnu[m]*, *desdeñar* de *dedignar[i]*, *seña* de *signu[m]*, *leño* y *leña* de *lignu[m]*, etc.

Otras veces desaparece la *g*, como en *conocer* de *co[g]noscer[e]*, *desdén* de *dedi[g]n[ationem]*, *sino* de *si[g]nu[m]*, y en las voces arcaicas y poéticas como *benino*, *dino*, etc.

Seguida de la dental suave *d*, combinación no muy frecuente en latín, unas veces se conserva, como en *Magdalena* de *Magdalene*, y otras se convierte en *l* como en *esmeralda* de *smaragdu[m]*. En *almen-dra* de *amygdala[m]* se verificó metátesis.

Precedida de *n* unas veces se conserva, como en *fingir* de *finger[e]*, *angel* de *angel[um]*, *ungir* de *unger[e]*, y otras se convierte en *ñ* por asimilación progresiva, como en *ceñir* de *cinger[e]* y *plañir* de *planger[e]*. En *esponja* de *spongia[m]*, la *i* se convierte en la aspirada *h*, que unida á la *g* la transforma en gutural fuerte aspirada, y en *enjundia* de *axungia[m]* en dental suave.

También se vocaliza en *i*, y no solo delante de *e* ó *i* átonas, sino delante de otras vocales, como en *ego* = *eio* = *iio* = *yo*².

La *c* tiene también en castellano dos sonidos: uno

¹ Ya en el período anteclásico se escribía *donna* por *dueña*, *engannado* por *engañado*, *ninno* por *niño*, *sanna* por *saña*, etc.

² Es tan natural esta transformación, que en Asturias y Galicia se oye frecuentemente decir *eisamen* por *examen*, *eleito* por *electo* y *framiento* por *fragmento*, etc.

de gutural fuerte delante de las vocales *a*, *o*, *u*, como en *caña*, *cosa*, *cuerpo*, y delante de consonante, como en *clavo*, *cruz*, y en fin de palabra, como en *vivac*, y otro de dental aspirada delante de las vocales *e*, *i*, como en *cepillo*, *ciruela*. El sonido gutural fuerte delante de las vocales *e*, *i*, se expresa en castellano por la *g* seguida de *u* líquida, como en *quemar*, *quien*; y el dental aspirado delante de *a*, *o*, *u* por *z*, como en *zanco*, *zorro*, *zurcir*, y delante de consonantes, como *pa~~z~~guato*, *A~~z~~nar*, y en fin de dicción, como en *ha~~z~~*, *soe~~z~~*, *feli~~z~~*, *velo~~z~~*, *ca~~pu~~z*. Unida á la *h* tiene un sonido especial de fricativa palatal aspirada.

La *c* latina con sonido gutural fuerte generalmente se convirtió en gutural suave al pasar al castellano, como en *gato* de *catu[m]*, *golpe* de *colaphu[m]*, *graso* de *crassu[m]*, *amigo* de *amicu[m]*, *higo* de *ficu[m]*, *legua* de *leuca[m]*, *lágrima* de *lacrima[m]*, *dragón* de *dracon[em]*, *sagrado* de *sacratu[m]*, *greda* de *creta[m]*, etc. Otras veces se convierte en la fricativa palatal aspirada *ch*, como en *chapuz* de *caput*, *mancha* de *macula[m]*, *percha* de *pertica[m]*, *chantre* de *cant[o]re[m]*, *chapa* de *capere*, *capitel* y *chapel* de *capitel[um]*, y *bachiller* de *baccalaure[um]*, y aunque sea delante de *i* ó *e*, como en *chinche* de *cimice[m]*, *chistera* de *cistella[m]*, *marchito* de *marcidu[m]*. Pero en algunos se conserva la gutural fuerte, como en *poco* de *paucu[m]*, *secreto* de *secretu[m]*, *saúco* de *sa[mb]ucu[m]*, *conspicuo* de *conspicuu[m]*, y en todos los terminados en *ico*, *ica*, *icar* y *ocar*, como *magnífico* de *magnificu[m]*, *cántico* de *canticu[m]*, *rústico* de *rusticu[m]*, *túnica* de *tunica[m]*, *música* de *musica[m]*, *amplificar* de *amplificar[e]*, *duplicar* de *duplicar[e]*, *provocar* de *provocar[e]*, *invocar* de *invocar[e]*, etc. En

emplear de *impli[c]ar[e]*, la *c* desaparece por síncope.

En fin de dicción, cuando en latín precede á *e*, *i*, en las palabras formadas por apócope se convierte en dental aspirada en castellano, y se representa en la escritura por la *z*, como en *haz* de *fac[em]*, *hez* de *fæc[em]*, *feliz* de *felic[em]*, *voz* de *voc[em]*, *luz* de *luc[em]*, *barniz* de *vernic[ium]*; pero se pierde por apócope en *di* de *di[c]*, por *dice*, *si* de *si[c]*, *así* de *ad-si[c]*, *ni* de *ne[c]*, y *pero* de *per-ho[c]*. En *aún* de *a[dh]uc*, se convierte en *n* al fin de dicción, lo mismo que en *enteco* de *hecticus* en medio de ella.

Delante de las vocales *e*, *i*, y de los diptongos *æ* y *æ*, generalmente cambió la *c* al pasar al castellano el primitivo sonido gutural fuerte que tuvo en latín en el dental aspirado, como en *cerner* de *cerner[e]*, *celda* de *cella[m]*, *cedro* de *cedru[m]*, *civil* de *civil[em]*, *cigüeña* de *ciconia[m]*, *celestes* de *cælestes[m]*, *cegar* de *cæcar[e]*, *cenobio* de *cænobiu[m]*.

Y aquí se nos presenta como en la *g* otro interesante fenómeno, digno de detenido estudio. Es un hecho, si no contradictorio y poco conforme con la lógica, raro y extraño al menos, que la *c* represente en condiciones distintas dos sonidos tan diferentes, que se producen por órganos diversos de nuestro aparato vocal. Esto parece una infracción flagrante y manifiesta de la lógica que podríamos llamar lingüística, y denuncia, en la apariencia por lo menos, una irregularidad en el idioma, irregularidad que podría considerarse como una verdadera imperfección, sobre todo atendiendo á ciertos casos particulares, que, estudiados con poco detenimiento, parecen confirmar esta anomalía, cuando en realidad no hacen más que explicarla.

Corsen Diez y el español Guardia han demos-

trado por modo claro y evidente la doctrina de los gramáticos de los siglos IV y V, según la cual la *c* en latín equivalía á *q* (x). Y, en efecto: hoy es una verdad palmaria que hasta la caída del Imperio de Occidente y algún tiempo después, tal fué el valor fonético de la citada letra. ¿Qué razón ha habido, pues, para que nosotros digamos *Cicerón* cuando los latinos decían *Kikero*? No tenemos indicio ninguno del *sermo rusticus* que tanta influencia ejerció en la formación de las lenguas romances que nos explique esta transformación; pero en la misma lengua clásica encontramos que la dental fuerte *t* delante de *i* seguida de vocal tenía el sonido dental aspirado que nuestra *c* delante de las vocales *e i*, y esta uniformidad de sonidos en *peritia*, *actio*, *senties*, nos induce á creer que la influencia dialectal que convirtió en *dj* (sonido dental aspirado suave) la gutural suave delante de las vocales *e i*, teniendo en cuenta el sonido de la *t* latina delante de *i* seguida de vocal, y considerando que las vocales *e i* representan sonidos más agudos que las demás vocales, y además equivalentes, como lo prueba el hecho de sustituirse mutuamente al pasar del latín al castellano, y aun dentro de la misma lengua latina, como se ve en *teneo* y *contineo*, *sedeo* y *possideo*, etc., hizo que el sonido gutural fuerte que en latín tuvo la *c* delante de todas las vocales se transformara en castellano, delante de *e i*, en sonido dental aspirado, como el de la gutural suave delante de las mismas vocales, pero con aspiración más fuerte, como el que tuvo en latín la fuerte dental *t* delante de *i* seguida de vocal. El hecho de convertirse en *s* en castellano la *ch* latina que se pronunciaba como x, como en *brazo* de *brachiu[m]*, *arzobispo* de *archiepiscopus[m]*, y la conversión de esta misma en dental aspi-

rada fuerte equivalente á *z* en *cisma* de *s*]chisma, *cédula* de *s*]chedula[m, y *cirujano* de *chirugu*[m, confirman la doctrina arriba expuesta, que se robustece más todavía considerando que es tal la fuerza de esta propensión á convertir la gutural fuerte en dental aspirada, en virtud de lo que los filólogos llaman asibilación, que, como veremos más adelante, hasta la *qu* delante de *e i* se convirtió en *z* al pasar del latín al castellano.

Cuando la *c* se presenta doble en latín delante de *e i*, la primera conserva en castellano el sonido gutural fuerte y la segunda el de dental aspirada, como en *accidente*, *acceso*; pero á veces desaparece la primera, como en *acento* de *a*[c]centus, *suceso* de *su*[c]cessu[m, *sucinto* de *su*[c]cintu[m.

La combinación de *c* antes de *t* se conservó frecuentemente en castellano, sobre todo en voces de no muy antigua derivación, como en *acto* de *actu*[m, *directo* de *directu*[m, *efecto* de *effectu*[m, *actor* de *actor*[em, etc. Pero en palabras de uso más vulgar, y siguiendo el procedimiento que se observa en los primeros tiempos del desarrollo de nuestro idioma, procedimiento por el cual delante de la dental fuerte desaparecía el sonido gutural fuerte de la *c*, como en los anticuados *efeto*, *dito*, etc., la *c* desaparece, verificándose una asimilación que no trasciende á la escritura, y así de *junctu*[m se formó *junto*, de *fructu*[m *fruto*, de *pectu*[s *peto*, de *defunctu*[m *difunto*, de *respectu*[m *respeto*, de *sanctu*[m *santo*, de *sanction*[em *sancion*, etc. El uso vulgar convirtió también en los derivados castellanos en *ch* las *ct* latinas, como en *pecho* de *pectu*[s, *lechuga* de *lactuca*[m, *hecho* de *factu*[m, *estrecho* de *strictu*[m, *trecho* de *tractu*[m, *derecho* de *directu*[m, siguiendo así la tendencia de aspirar la gutu-

ral y produciendo un sonido intermedio entre la gutural y la dental fuertes. En *peine* y *peinar* de *pe[ct]inar[e]*, la *c* y *t* desaparecen, y las vocales que concurren se diptongan. En *deleite* y *deleitar* de *delectar[e]*, la *c* se vocaliza y se diptonga con la *e* que le precede.

Seguida de *s* y en unión con ella, tomó la *c* un sonido gutural aspirado, que lo mismo en latín que en nuestra lengua castellana se representa por la *x*, que también equivale á *gs*. La *x* latina (*cs* ó *gs*) se conserva casi siempre en los derivados de compuestos latinos con la preposición *ex*, cuando precede á consonante, como en *explicar* de *explicar[e]*, *exhibir* de *exhiber[e]*, *exponer* de *exponer[e]*, *extender* de *extender[e]*, etc.; pero no cuando precede á vocal, como en *ejercer* de *exercer[e]*, y su frecuentativo *ejercitar* de *excercitar[e]*, y sus derivados *ejercicio*, *ejército*, etc., y en *ejecutar* del bajo latín *executar[e]*, con sus derivados, como *ejecutorio*, *ejecución*, etc., menos en *examen* y sus derivados. Consérvase también en los compuestos de *extra*, como *extraordinario*, *extraño*, *extravagante*, etc., y en muchos otros que no son compuestos, como *máximo* de *maximu[m]*, *exterior* de *exterior[em]*, *sexto* de *sextu[m]*, *nexo* de *nexu[m]*, *sexo* de *sexu[m]*, y otros que, como los citados, pertenecen al elemento culto y menos vulgar de nuestro idioma. Pero puede asegurarse que con muy contadas excepciones en los vocablos que pertenecen al elemento popular de nuestra lengua, la *x* latina que se halla entre vocales se convierte al pasar al castellano en nuestra aspirada gutural fuerte *j*, como en *eje* de *axe[m]*, *mejilla* de *maxilla[m]*, *tejer* de *texer[e]*, *tejo* de *taxu[m]*, *aduje* de *adduxi*, *dije*, *dijera*, etc., de *dixi*, *dixera[m]*, etc.; pero otras veces, el sonido gutural de la

:

c desaparece como si se verificara una especie de asimilación, por la cual la *c* se fundiera en la *s*, como en *fresno* de *fraxinu*[*m*], *ansia* de *anxia*[*m*], *tasar* de *taxar*[*e*], *tósigo* de *toxicu*[*m*]. Cuando á la gutural aspirada *x* precede en latín una *a*, conviértese esta vocal en *e* en castellano. Esta conversión parece producida por la transformación de los dos elementos que la *x* representa; y al efecto, la *c* se transforma en *i*, y la silbante *s* se refuerza convirtiéndose en gutural fuerte aspirada; por eso de *axe*[*m*] se formó *eje*, de *maxilla*[*m*] *mejilla*, de *taxu*[*m*] *tejo*, etc., en esta forma:

axe[*m*]=*a-cse*=*a-ise*=*e-je*
maxilla[*m*]=*ma-csil-la*=*ma-isil-la*=*me-jil-la*
taxu[*m*]=*ta-csu*=*ta-iso*=*te-jo*.

Esta transformación de los dos elementos gutural y silbante de la *x* se ve más clara en el francés *aisselle*, en provenzal *aissela* de *axilla*[*m*], y en *laisser* en provenzal *laiszar* de *laxar*[*e*], y aun en el castellano *seis* de *sex*.

Otro fenómeno que en nuestra lengua llama la atención, y que debe consignarse desde luego, es la interposición del sonido nasal *n*, entre la vocal y la gutural aspirada *x*, como se ve en *enjambre* de *examine*, *enjugar* de *exsuccar*[*e*], *enjundia* de *axungia*[*m*]. Esta nasalización se explica por la conversión de la *c* en *n*, como se ve en *ninguno* de *necunu*[*m*], en que la *g* es puramente epentética ó de enlace; y de la misma suerte de *exsuccar*[*e*] por *ecsucar*[*e*] se llegó á *enjugar*, y de *exagiu*[*m*] se formó *ensayo*. Ejemplos de esta nasalización de la gutural fuerte nos ofrecen también las voces *enteco* de *h]ecticu*[*m*] y aún de *a[dh]uc*, y entre otras la voz arcaica *nin* de *nec*.

La inversión de los elementos de que consta la *x*, *sc* por *cs*, tan frecuente en los derivados italianos, es muy rara en nuestra lengua, y apenas podrán citarse más que *lascar* de *laxar*[*e*] y las formas arcaicas *viscó* de *vixit*, *visquieron* y *visquiorón* de *vixerunt* y *escaminar* de *examinare*. En *escurrir* de *excurre*[*e*] se pierde la gutural y sólo se conserva la silbante.

La combinación *sc* no producida por la síncopa, cuando se halla en medio de la palabra latina y delante de las vocales *e*, *i*, unas veces se conserva al pasar al castellano, como en los compuestos *descender* de *descender*[*e*], *prescindir* de *præscinder*[*e*], y otras se funde el sonido silbante con el dental aspirado por asimilación regresiva, como en *crecer* de *crescer*[*e*], *pacer* de *pascere*[*e*], *conocer* de *cognoscere*. En *faja* de *fascia*[*m*], *fajo* de *fascem*, y *peje* de *pisce*[*m*], se operó una inversión de *sc* en *cs*=*x*, que entre dos vocales se convirtió en *j*. En *ruiseñor* de *lusciniola*[*m*] prevaleció la *s* sobre la *c*, por asimilación progresiva.

Por efecto de la síncopa, la *c* sufre transformaciones diversas en las cuales influye notablemente la consonante anterior á que la síncopa la aproxima. Así, cuando se juntan por síncopa en la derivación latino-hispana *lc* y *rc*, la gutural fuerte latina se convierte en suave en castellano, como en *delgado* de *del[i]catu*[*m*], *colgar* de *coll[o]car*[*e*], *sirgo* de *ser[i]cu*[*m*], *cargar* de *car[ri]car*[*e*]. Cuando por el mismo motivo se unen *nc*, unas veces se suaviza la gutural, como en *manga* de *man[i]ca*[*m*] y *vengar* de *vin[di]car*[*e*], y otras se refuerza transformándose en gutural fuerte aspirada, como en *manjar* de *man[du]car*[*e*], *monja* de *mon[a]cha*[*m*].

Cuando por síncopa se une á la dental suave *d*

formando la combinación *dc*, caso poco frecuente en castellano, la primera se convierte en dental aspirada, y la segunda en gutural suave, como en *juzgar* de *jud[i]car[e]*. Cuando por la misma razón se une á la dental fuerte *t*, la *t* y la *c* se convierten en la gutural fuerte aspirada *j*, como en *hereje* de *heret[i]cu[m]*, *salvaje* de *silvat[i]cu[m]*.

La *qu* en latín se confundía con la gutural fuerte *c* desde la antigüedad más remota, é iba seguida, lo mismo que en castellano, de una *u*. Alguna vez, al pasar á nuestra lengua, se convirtió lo mismo que la *c* en gutural dulce, como en *yegua* de *equa[m]*, *algo* de *aliquo[d]*, *agua* de *aqua[m]*, *igual* de *æqual[em]*, *sigo* de *sequor*, etc.; pero las más veces conservó el sonido gutural fuerte representado por la *c* ó *qu*, según las circunstancias, como en *querer* de *quærer[e]*, *cuestión* de *quæstion[em]*, *quietud* de *quietud[inem]*, *quinto* de *quintu[m]*, *ventrílocuo* de *ventríloquu[m]*. En *cinco* de *quinque*, la *qu* inicial se convirtió en dental aspirada, lo mismo que la medial en *lazo* de *laqueu[m]*, *cocer* de *coquer[e]*, *cerceta* de *querqued[ul]a[m]*, *torcer* de *torquer[e]* y *acebo* de *aquifoliu[m]*. Nótese que esta *qu* convertida en dental aspirada en castellano, va en latín seguida de las vocales *e i*, lo cual indica que en cierto modo obedece á las mismas causas que la transformación del primitivo sonido gutural fuerte de la *c* latina en el dental aspirado, que tiene en nuestra lengua delante de las mismas vocales. Débese advertir también que cuando la *q* se suaviza, la *u* es líquida en castellano delante de *e i*, más no delante de otra vocal, y que sólo desaparece en *algo*, *sigo* y *sigu*. En *como* de *quomo[do]*, se conserva fuerte con desaparición de la *u*.

La *j* castellana representa el sonido gutural fuerte

aspirado. Es en ocasiones, como más adelante se verá, y como ya anteriormente hemos visto, el resultado de la combinación de ciertas letras producida por la síncopa y la verdadera equivalencia de la *x* latina entre vocales; sin embargo, su verdadero origen es la *j* (*iota*) latina paladial fricativa, que unas veces conservó este sonido en nuestra lengua representándolo por *y* en la escritura, como en *ayudar* de *adjutar*[e, *yugo* de *jugu*[m, *mayor* de *major*[em, ya de *ja*[m, *ayuno* de *jejuniu*[m, *cuyo* de *cuju*[m, etc., y otras se transformó en gutural fuerte aspirada, como en *juez*, de *ju*[d]ic[em, *Junio* y *Julio* de *Juniu*[m y *Juliu*[m, *justo* de *justu*[m, *jurar* de *jurar*[e, *junco* de *juncu*[m, *joven* de *juven*[em, etc. En *baile* de *bajulu*[m, lo mismo que en *Santiago* de *Sanctus Jacobus* (*Sant Iacob*), la *j* (*iota*) se transformó en *i* por atenuación. En *Enero* de *J]anuariu*[m, *enebro* de *j]uniperu*[m, *echar* de *j]actar*[e, y *uncir* de *j]unger*[e, ha desaparecido por aféresis. En *peor* de *pe*[j]or[em y *aullar* de *e*]j]ular[e, por síncopa.

LINGUALES.—No representan estas letras sonidos que tan marcadamente se diferencien entre sí por la mayor ó menor energía con que en su pronunciación interviene el órgano de nuestro aparato vocal, de que reciben la denominación con que las distinguimos. Puede decirse que ninguna de éstas es fuerte en el verdadero sentido de la palabra; la *l* y *n* son dulces, sonora la primera y nasal la segunda; la *r* y *s* son aspiradas, y todas cuatro semivocales.

En la derivación latino-hispana encuéntrase la *l* sustituida unas veces por *n*, como en *Niebla* de *l]li-*p*[u]la*[m, *nutria* de *lutra*[m, *nivel* de *libell*[am, *encina* de *ilicina*[m, *poterna* de *po*[s]ter[*u*]la[m, *mortandad* de *mortal*[i]tat[em¹, etc., y otras por la *r*,

¹ En el período anteclásico se dijo *mortal*'a l.

como en *surco* de *sulcum*, *escarpar* de *scalper*[e], *ruiseñor* de *lusciniol*[am], *lirio* de *liliu*[m], y algunas por la *d*, como en *sendos* de *sin*[gu]los, etc. En *onza* de *lince*[m] se perdió la *l* inicial. Cambia del lugar por metátesis con muchísima frecuencia, como en *peligro* de *peric*[u]lu[m], *rolde* de *rot*[u]lu[m], *milagro* de *mirac*[u]lu[m], *molde* de *mod*[u]lum, *espalda* de *spat*[u]lam, *silbar* de *sib*[i]lar[e], *olvidar* de *oblitar*[e], *palabra* de *parab*[o]la[m], etc. Esta metátesis se verifica ya en formas arcaicas, como *veldo*, *decilde* por *vedlo*, *decidle*. Seguida de *e* i átonas sufre las modificaciones que quedan consignadas más arriba.

Á veces se duplica, y en castellano se convierte en *ll*, como en *astilla* de *astula*[m], *pella* de *pila*[m], *callar* de *celar*[e], *muelle* de *mole*[m], *camello* de *camelu*[m], *martillo* de *martulu*[m], *querella* de *querela*[m], *pillar* de *pilar*[e], *llevar* de *levar*[e], etc.

En algunos casos después de *a* se vocaliza, convirtiéndose en *u*, y las más veces se funde en *o* con la *a* que le precede, y otras, muy pocas, se conserva el diptongo *au* en la palabra castellana: así *coz* se formó de *calc*[em] (*cauc*[em]), *escoplo* de *scalpru*[m] (*scaupru*[m]), *otro* de *alteru*[m] (*auter*[um]), *hoz* de *fálc*[em] (*fauc*[em]), *otero* de *altariu*[m] (*autairu*[m]), *topo* de *talpa*[m] (*tauþa*[m]), *soto* de *saltu*[m] (*sautu*[m]), *sauce* de *salice*[m] (*sau*[i]ce[m]).—En *buitre* de *vult*[u]re[m] y *muy* de *multu*[m], la *l* se convirtió en *i*=*y*.—En *mucho* de *multu*[m], *escuchar* de *auscultar*[e], *cuchillo* de *cultellu*[m], *puche* de *pulte*[m] y algún otro, las *lt* se convirtieron en *ch*.

La doble *l* latina unas veces se conserva en castellano con el sonido de nuestra *ll*, como en *gallo* de *gallu*[m], *cabello* de *capillu*[m], *estrella* de *stella*[m], *pollo* de *pullu*[m], *castillo* de *castellu*[m], etc.; y otras se simplifica, como en *piel* de *pel*[lem], *hiel*

de *fell*[e, *anguila* de *anguilla*[m, *nulo* de *nullu*[m, *capelo* de *cappellu*[m; *expeler*, *impeler*, *compeler*, *repeler*, de *expeller*[è, *impeller*[e, *compeller*[e y *repeller*[e; *alegar* de *allegar*[e, *apelar* de *appellar*[e, *aliviar* de *allevar*[e, etc. En *majuelo* de *malleolu*[m, se convirtió en gutural fuerte aspirada.

Seguida de su homorgánica *r* es de muy difícil pronunciación, y por eso en la flexión de los verbos *salir* y *valer* admite una *d* eufónica que, al separarlas, facilita su pronunciación en las formas contractas *saldré*, *saldría* y *valdré*, *valdría*, por *salvé*, *salría* y *valré*, *valría*¹.

En principio de dicción *cl*, *pl* y *fl* latinas, que en la mayor parte de los casos se conservan al pasar á nuestro idioma, cuando se transforman se convierten en *ll*, como en *llave* de *clave*[m, *llamar* de *clamar*[e, *llaga* de *plaga*[m, *lleno* de *plenu*[m, *llorar* de *plorar*[e, *llanten* de *planta*[g]in[em, *llano* de *planu*[m, *llover* de *pluer*[e, *llama* de *flamma*[m. De *plopu*[m, por *populu*[m, se formó *chopo*. En *lirón* de *g]lirem* y *lacio* de *f]la[c]ci[d]u*[m, se perdió la muda inicial latina.—Cuando en medio de dicción, y por efecto de la síncope, la *l* se halla precedida de una muda, unas veces por asimilación la muda se convirtió en *l*, resultando de la unión de ambas la *ll* castellana, como en *escollo* de *scop[u]lu*[m, *trillar* de *trib[u]lar*[e, *chillar* de *sib[i]lar*[e, *resollar* de *resufflar*[e, *sello* de *sig[i]lu*[m; y otras se convirtieron ambas en *ch*, como en *mancha* de *mac[u]la*[m, *cuchara* de *cochleare*, *ancho* de *amplu*[m, *hacha* de *fac[u]la*[m, *espiche* de *spic[u]lu*[m, *cachorro* de *cat[u]lullu*[m, *sacho* de *sa[r]c[u]lu*[m, y á veces, aun

¹ En la época anteclásica se ve ya esta epéntesis de la *d* para facilitar el sonido de *nr*, como en *on d-ra*, *on-d-rado*, y en el de *zr*, como en *laz-d-rado* de *lac[e]ratu*[m.

cuando no se verifique síncope, como en *henchir* de *impler*[e, *hinchar* de *inflare*. Pero la transformación más frecuente de la *l* precedida de muda por virtud de la síncope, es la *j* castellana, como en *manejo* de *manip*[u]lu[m], *grajo* de *grac*[u]lu[m], *ojo* de *oc*[u]lu[m], *teja* de *teg*[u]la[m], *oveja* de *ovic*[u]lam, *abeja* de *apic*[u]la[m], *lenteja* de *lentic*[u]la[m], *corneja* de *cornic*[u]la[m], *viejo* de *vet*[u]lu[m], *piojo* de *pedic*[u]lu[m], *oreja* de *auric*[u]la[m], *clavija* de *clavic*[u]la[m], *cuajar* de *coag*[u]lar[e]. — De *ung*[u]la[m] se formó *uña*.—En general, la *l* de las voces latinas precedida de consonante muda, subsiste en castellano en palabras poco vulgares, como arriba se dijo, tanto en principio como en medio de dicción, según puede verse en *blando*, *flojo*, *glándula*, *globo*, *gloria*, *plaga*, *plano*, *plomo*, *plural*, *declarar*, *declinar*, *inflar*, *excluir*, *aflojar*, *probable*, *explicar*, *hablar*, de *fab*[u]lar[i], etc.

La *n* en su tránsito del latín á nuestra lengua también se transforma en otra lingual, que unas veces es *l*, como *alma* de *an*[i]ma[m], *Lebrija* de *Nebrissa*[m], *Barcelona* de *Barcinone*[m], *Antolín* de *Antonin*[um], *ingle* de *ing*[ui]ne, *comulgar* de *commun*[i]car[e], y otras *r*, como en *sangre* de *sang*[ui]ne[m], *cofre* de *coph*[i]nu[m], *timbre* de *timp*[a]nu[m], *mimbre* de *vim*[i]ne, *hombre* de *hom*[i]nem, *sembrar* de *sem*[i]nar[e], *lumbre* de *lum*[i]ne, *hembra* de *fem*[i]na[m], *cumbre* de *culm*[i]ne, *mermar* de *min*[i]mare, etc. En *mastuerzo* de *nasturtiu*[m], la *n* inicial se convirtió en *m*.—También se convierte por refuerzo en *ñ*, sobre todo cuando va seguida de *e* ó *i* átonas, como ya se dijo, y á veces aunque la siga otra vocal átona ó tónica, como en *maña* de *manu*[m], *muñir* de *moner*[e], *escudriñar* de *scrutina*re[e], *domeñar* de *dominar*[i], *rapiña* de *rapina*[m].

La doble *n* latina se convirtió en *ñ* en castellano, y así de *annu[m]* se formó *año*, de *pennula[m]* *peñola*, de *pannu[m]* *pañó*, de *cannabu[m]* *cáñamo*, de *canna[m]* *caña*, de *grunnir[e]* *gruñir*, de *gannir[e]* *gañir*.

Cuando la síncopa latina junta las lingüales *nr*, toma la segunda en castellano el sonido fuerte que tiene en principio de dicción, como en *honrar* de *hon[or]rar[e]*. En la época arcaica se interpuso una *d* eufónica entre *n* y *r*, para que esta conservara su sonido suave, y así se decía *ondrar* por *honrar*. Esta *d* eufónica se conserva todavía en ciertas formas sincopadas de algunos verbos, como en *pondré* y *pondría*, *vendré* y *vendría*, *tendré* y *tendría*, por *ponré* y *ponría*, *venré* y *venría*, *tenré* y *tenría*.

La *n* seguida en latín de *s* suele sincoparse en castellano, como en *esposo* de *s[po]n[su]m*, *isla* de *i[n]s[ul]a[m]*, *costar* de *co[n]star[e]*, *mostrar* de *mo[n]strar[e]*, *mesa* de *me[n]sa[m]*, *asa* de *a[n]sa[m]*, *mes* de *me[n]se[m]*, *dehesa* de *de[fe]n[s]a[m]*, *tieso* de *te[n]su[m]*, *pesar* de *pe[n]sar[e]*, *seso* de *se[n]su[m]*, *tras* de *tra[n]s*, etc.; pero en palabras de formación culta ó poco populares se conserva, como en *inscribir* de *inscriber[e]*, *instruir* de *instruer[e]*, *instante* de *instante[m]*, *constar* de *constar[e]*, *consolar* de *consolar[i]*, *consorte* de *consorte[m]*, *cónsul* de *consule[m]*, *pensar* de *pensar[e]*, *pensión* de *pension[em]*, etc.

La lingüal *r* tenía en latín el sonido suave, que resulta al pronunciarla hiriendo el cielo de la boca con la punta de la lengua y emitiendo con el sonido una ligera aspiración. En principio de palabra tenía un sonido más consistente. La transformación más natural y frecuente que sufre al pasar á nuestra lengua es la conversión en su homorgánica *l*, como en *almario* ó *armario* de *armariu[m]*, *miércoles* de *Mercur[ii-di]es*, *alambre* de *ceramine*, *templar* de

temp[e]rar[e], *albedrío* de *arbitriu[m]*, *celebro* ó *ce-rebro* de *cerebru[m]*, *ancla* de *anch[o]ra[m]*, *plegaria* de *precaria*, *silo* de *siru[m]*, *tinieblas* de *tenebras*, *cárcel* de *carcer[em]*, *trujal* de *torc[u]lar*, *mármol*, de *marmor*, etc. En *pórfido* de *porphyru[m]* se convirtió en *d*.

Esta letra es de todas las consonantes la que con más frecuencia cambia de lugar, y así por metátesis se formaron de *orcu[m]* *ogro*, de *gen[e]ru[m]* *yerno*, de *torc[u]la[r]* *trujal*, de *percontar[i]* *preguntar*, de *fabr[i]car[e]* *fraguar*¹, de *crocodilu[m]* *cocodrilo*, de *præsepe* *pesebre*, de *exturbar[e]* *estropear*, de *scrutinar[e]* *escudriñar*, de *crusta[m]* *costra*, de *inter* *entre*, de *crepar[e]* *quebrar*, de *parabola[m]* *palabra*, etc.

En *sacho* de *sa[r]c[u]lu[m]* y en el anticuado *so-bejo* de *supe[r]c[u]lu[m]*, desaparece la *r*, lo mismo que en *quemar* de *c[r]emar[e]*, *canasta* de *canist[r]u[m]*, *propio* de *prop[r]iu[m]*, *temblar* de *t[r]emular[e]* y los apocopados *fray* de *frate[r]*, *preste* de *pres[by]te[rum]*, *maese* de *ma[g]is[t]e[r]*, *postrar* de *p[r]ostrar[i]* y algún otro; pero sobre todo, á imitación de lo que acontece en algunas formas de la flexión verbal latina, esta pérdida es más frecuente en castellano cuando la *r* se encuentra seguida de su homorgánica *s* en la palabra latina, y entonces se opera una especie de atracción, mediante la cual la *r* se funde en la *s*; y así como desapareció en *hausi* por *hau[r]si* de *haurio*, de igual manera desaparece en *suso* de *su[r]su[m]*, *coso* de *cu[r]sum*, *oso* de *u[r]su[m]*, *avieso* de *ave[r]su[m]*, *travieso* de *transve[r]su[m]*, y en los anticuados *mueso* de *mo[r]su[m]*. En *nueso* de *nost[r]u[m]*, y *vueso* de

¹ Véase la formación de esta palabra en la pág. 60.

vest[r]u[m], la *s* se asimiló á la *t* con asimilación que que no trasciende á la escritura.

La lingual silbante *s* tenía en latín un sonido fuerte en principio y medio de dicción, y tenuísimo ó casi imperceptible en fin de palabra; tan imperceptible, que en tiempo de Enio desaparecía por elisión esta letra en verso, cuando la palabra siguiente comenzaba por consonante, según atestigua Cicerón en estas palabras: «*Quod jam subrusticum videtur, olim autem politius, eorum verborum quorum eadem erant postremæ duæ litteræ quæ sunt in optumus postremam litteram detrahebant, nisi vocalis insequeretur. Ita non erat offensio in verbis quam nunc fugiunt poetæ novi. Ita enim loquebamur:*

»*Qui non est omnibu' princeps, non omnibus princeps; et*
 »*Vita illa dignu' locoque non dignus.*»

En el siglo iv esta final había desaparecido por completo de la pronunciación en el lenguaje vulgar.

No sufre la *s* gran número de transformaciones al pasar del latín á nuestra lengua. No obstante, en algunos casos la *s* inicial y medial, que en latín tenía, como hemos dicho, un sonido fuerte, se transformó en *x* en la época anteclásica, y después esta *x* se convirtió en *j*, como lo demuestran los vocablos *enjullo* de *in-sub[u]lu[m]*, *Jalon* de *Salon[em]*, *Játiva* de *Setabe[m]*, *Castrojeriz* de *Castrum-Sirici*, *Jenil* de *Singil[em]*, *jeringa* de *syringa[m]*, *jabon* de *sapon[em]*, *jarcia* de *sarci[n]a[m]*, *jeja* de *sege[s]*, *jeme* de *semi[s]*, *jerpa* de *serpu[m]*, *jibia* de *sep[ia]*, *jilguero* de *sibillare*, *juarda* de *sorde[m]*, *jugo* de *su[c]cum*, *jenabe* de *sinapi[m]*, *Nebrija* de *Nebrissa*, *pájaro* de *passere[m]*, *dejar* de *de-s[in]ar[e]*, *cejar* de

cessare, *bajo* de *bassu[m]*, *vejiga* de *vesica[m]*, *ajenjo* de *a[b]sinthiu[m]*, *bajel* de *basel[um]*, *gajo* de *casu[m]*, *herejía* de *hæresi[m]*. Claro está que en *j* sólo se convierte la *s* latina inicial ó doble en medio de dicción; á tal punto, que la transformación de *vesica* y *hæresis* en *vejiga* y *herejía* suponen las formas intermedias *vessica* y *hæressis*.

Esta misma *s* fuerte latina, nunca la dulce, toma en castellano el sonido dental fuerte aspirado, que se representa en castellano con *c* ó *z* según los casos: así de *morsu[m]* se formó *al-muerzo*, de *soccu[m]* *zueco* y *zoco*, de *suppara[m]* *zabra*, de *sub* y *peller[e]* *zabullir*, de *satoriu[m]* *zadorija*, de *sapphiru[m]* *zafiro*, de *sagellu[m]* *zagalejo*, de *scambu[m]* *zambo*, de *supar[e]* *zampar*, de *symphonia[m]* *zampoña*, de *sappa[m]* *zapa*, de *sartu[m]* *zarzo*, de *socculu[m]* *zócalo*, de *stultu[m]* *zolocho*, de *in[sulsum]* *zozzo*, de *sottu[m]* *zote*, de *sarcir[e]* *zurcir*, de *su[su]rrar[e]* *zurrir*, de *se[ne]cion[em]* *zuzon*, de *sindon[em]* *zendal*, de *setatiu[m]* *cedazo*, de *serar[e]* *cerrar*, de *summa[m]* *cima*, *desi[s]t[r]ulu[m]* *cítola*, y la partícula *za* de *sub*, de *a[s]sectar[i]* *acechar*, de *Corsica[m]* *Córcega*, de *Ebusu[m]* *Ibiza*. En *chiflar* de *sif[i]lar[e]* la *s* se transforma en *ch*. En las formas de la flexión verbal se conservó siempre en fin de dicción, como en *amas*, *dices*, *amasteis* de *ama[v]istis*, *amaras*, etc.

Sc, *sm*, *sp* y *st*, que en principio de dicción no dejaban de ser frecuentes en latín, parecieron poco sonoras á nuestra lengua; y por eso los derivados castellanos de palabras que en latín tienen como iniciales estas letras, admitieron una *e* protética en esta forma: *escabroso* de *scabrosu[m]*, *escuela* de *schola[m]*, *esculpir* de *sculper[e]*, *esmeralda* de *smaragdu[m]*, *esmeril* de *smirid[em]*, *esfera* de *sphæra[m]*, *esparto* de *spartu[m]*, *espléndido* de *splendi-*

du[m], *estar* de *star*[e], *estéril* de *steril*[em], *estipendio* de *stipendiu*[m], etc. En *cetno* de *s]ce[p]tru*[m], *centella* de *s]cintilla*[m] y *pasma* de *s]pasmu*[m] desapareció la *s* inicial por aféresis.—Esta *e* protética con que en castellano se facilita la pronunciación de la *s* latina inicial seguida de *c*, *m*, *p* ó *t*, tiene también antecedentes en latín; en el siglo II de nuestra era se anteponeía una *i* á esta *s* inicial líquida, y así se escribía *iscolasticus*, *istabam*, *ispumosus*, etc., práctica que se hizo más frecuente á fines del siglo IV y comienzos del V.

En medio de dicción, cuando se juntan *sc*, á veces desaparece la primera, como en *conocer* de *co*[g]-*no*[s]*cer*[e], *nacer* de *na*[s]*cer*[e], *pacer* de *pa*[s]*cer*[e], *crecer* de *cre*[s]*cer*[e], *pez* de *pi*[s]*c*[em], y á veces se conserva, como en *mosca* de *musca*[m], *lentisco* de *lentiscu*[m], *ascender* de *ascender*[e], *pescar* de *pi*-*scar*[i], y en el anticuado *pesce* de *pisce*[m]. En *vajilla* de *vascilla* ó *vascillu*[m] la metátesis convirtió la *sc* en *cs* = *x* equivalente en castellano á *j*.

DENTALES.—La dental suave *d* sufre muy pocas alteraciones al pasar del latín al castellano. Consérvase, por regla general, en castellano cuando es inicial, como en *día* de *die*[m], *decir* de *dicere*[e], *dudar* de *du*[bi]*tar*[e], y también en medio, como en *vado* de *vadu*[m], *sudar* de *sudar*[e], *medio* de *mediu*[m]. Sin embargo, desaparece alguna vez por síncope, como en *ver* de *vi*[d]*er*[e], *ser* de *se*[d]*er*[e], *creer* de *cre*-*[d]er*[e], *poseer* de *possi*[d]*er*[e], *loar* de *lau*[d]*ar*[e], *oir* de *au*[d]*ir*[e], *reir* de *ri*[d]*er*[e], *cruel* de *cru*[d]*el*[em], *hastío* de *fasti*[d]*iu*[m], *fiel* de *fi*[d]*el*[em], *feo* de *fæ*-*[d]u*[m], *juez* de *ju*[d]*ic*[em], *raíz* de *ra*[d]*ic*[em], *tea* de *tæ*[d]*a*[m]. En fin de dicción se conservó en muy pocas palabras. Las terminadas en esta letra en castellano proceden de otras latinas que tienen *t* en la

última sílaba, la cual se suaviza transformándose en *d* al pasar á nuestra lengua. Sólo se conserva en *acritud* de *acritud[inem, actitud, amaritud, amplitud, aptitud, latitud, longitud, multitud, plenitud, vicisitud* y todos los que por apócope se derivan de nombres latinos terminados en *udo*, y además *merced* de *merced[em*, y su compuesto contrato *usted*. En *laude* de *laude[m, sede* de *sede[m, fraude* de *frade[m*, y algún otro, se conserva en unión de la vocal final, y sólo se apocopa la consonante. En *fe* de *fi[dem, pie* de *pe[dem* y *ucé* y *usarcé*, contracción de *vuestra merced*, la apócope alcanza á la dental suave.

Lo mismo que la *t*, la *d* seguida de *e i* se convirtió alguna vez en castellano en el sonido dental aspirado que en nuestra escritura se representa por la *z*, unas veces para evitar el hiato que produce el concurso de vocales, como queda dicho, y otras sin responder á esta necesidad eufónica, como en *juzgar* de *judicar[e, vergüenza* de *verecundia[m, orzuelo* de *hordeolu[m*. Esta transformación, muy rara en castellano, se funda tal vez en el sonido que tenía esta consonante seguida de *i* y otra vocal, según afirman Servio, Pompeyo y San Isidoro, que le atribuyen un sonido silbante dulce; y así *meridies* se pronunciaba quizá *meridsies*. En el lenguaje vulgar se pronunciaba *zabolus* por *diabolus, zaconus* por *diaconus*, y *zes* por *dies*, y esta forma de pronunciación que en otras lenguas romances como el italiano, provenzal y rumano arraigó más que en la nuestra, se hizo general y corriente en latín desde el siglo v al viii. También podría explicarse por un refuerzo de la *d* en *t* y consonantización de la *i* en *h*; y como *th* equivalen á *z*, según se ha visto, y la *e* á la *i*, resultaron las formas indicadas.

Á veces, pocas en verdad, por una anomalía que á primera vista no tiene explicación alguna, esta letra se convirtió en una de las linguales *l*, *n*, *r*, purificándose, por decirlo así, al perder su carácter de dental, puesto que en realidad todas las dentales son, para decirlo con más exactitud, linguo-dentales: y así de *cauda*[*m*, se formó *cola*, de *scheda*[*m*, *esquela*, de *Æ*[*gid*][*ium*, *Gil*, de *smyrid*[*em esmeril*, de *parav*[*e*][*red*][*um*, *palafren*, *vendir* de *redder*[*e*, de *lampade*, *lámpara*. Sin embargo, esta transformación no deja de tener antecedentes en la lengua madre, como *meridies* por *medius-dies* y *Ulysses* de Ὀδυσσεύς. Es notable la transformación de la dental en gutural, en *Golfin* de *Delphin*[*um* y *gazapo* de *dasipu*[*m*. En *avenir* de *a*[*d*][*venir*][*e*, *aventura* de *a*[*d*][*ventura*, *averiguar* de *a*[*d* y *verum*, *aviar* de *a*[*d* y *via*, *avocar* de *a*[*d*][*vocar*][*e*, *ayudar* de *a*[*d*][*jutar*][*e* y *ayuntar* de *a*[*d*][*unctum*, desaparece la *d* de la preposición componente. En *Gerona* de *Gerun*[*d*][*a*][*m* desaparece también la dental, que se conserva en *Gerundense*. En *escaña* de *escanda* de *scand*[*ul*][*a*][*m* la *d* se transformó en *n* por asimilación y de las dos *nn* resultó la *ñ*: en *cilantro* ó *culantro* de *coriandru*[*m* la *d* se ha convertido en *t* por refuerzo.

La inicial latina *t* se conserva siempre en castellano, como en *tañer* de *tanger*[*e*, *tarro* de *terreu*][*m*, *timbre* de *tympanu*][*m*, *torpe* de *turpe*][*m*, *tundir* de *tunder*][*e*, *tono* de *tonu*][*m*, etc.

En medio de dicción se conserva en algunas palabras, como en *abeto* de *abiete*][*m*, *absintio* de *absinthiu*][*m*, *plátano* de *platamu*][*m*, *platea* de *platea*][*m*, *paternidad* de *paternitate*][*m*, *betún* de *bitum*][*en*, *voto* de *votu*][*m*, y muchas otras, cuya formación no es muy antigua ni grande en ella la intervención popular. Pero en otras de carácter menos

culto y en cuya formación, por consiguiente, ha sido más marcada la intervención popular, la dental fuerte *t* se suavizó convirtiéndose en *d*, y así de *novitat*[em se formó *novedad*, de *materia*[m *madera*, de *latu*[m *lado*, de *laterc[u]lu*[m *ladrillo*, de *latron*[em *ladrón*, de *lutu*[m *lodo*, de *peter*[e *pedir*, de *utre*[m *odre*, etc.

En fin de dicción no se conserva jamás, sino que se suaviza en *d*, como en *salud* de *salut*[em, *verdad* de *veritat*[em, *lid* de *lit*[em, *sed* de *sit*[em, *red* de *ret*[e, *abad* de *abat*[em, *amad* de *amat*[e, *tened* de *tenet*[e, *huid* de *fu[g]it*[e, etc.

La *t*, que en latín precede á *e* ó *i* seguida de vocal, se transformó en el sonido dental aspirado *c* ó *z*, según la vocal, y así de *justitia*[m se formó *justicia*, de *palatiu*[m *palacio*, de *pi[g]ritia*[m *pereza*, de *pretiu*[m *precio*, de *tition*[em *tizón*, de *linteu*[m *lienzo*, de *puteu*[m *pozo*, etc. Esta transformación es, sin duda, debida á la influencia de la *i*, como ya se ha visto. Pero lo notable del caso es que se transforma en *z* en *cabeza* de *capite*, *pureza* de *purita*[s, *nobleza* de *nob[i]lita*[s y algunos otros ¹, sin que la *t* preceda á *i*, y en el afijo castellano *azgo*, que procede del afijo latino *aticus*, en el cual la *i* no precede á otra vocal, como en *mayorazgo*, *maestrazgo*, *portazgo*, etc. Este fenómeno se explica por la conversión de la *i* en *h* y la equivalencia de la *th* á *z*.

La doble *t* se simplificó al pasar al castellano, como en *meter* de *mitter*[e, *gota* de *gutta*[m, *saeta* de *sa[g]itta*[m, *atender* de *attender*[e.

Seguida de *r*, unas veces se suaviza, como en *ladrar* de *latrar*[e, *ladrón* de *latron*[em, *albedrío*

¹ Estos nombres parecen formados de *puritia*, *nobilitia*, *capitia*, etc. No consta en el Glosario de Ducange la forma *puritia*, pero sí *nobilitia* y *capitium*.

de *arbitriu[m]*, madre de *matre[m]*, padre de *patre[m]*, vidrio de *vitreu[m]*, Pedro de *Petrum*, Madrid de *Matrit[um]*, etc., y en otras menos vulgares se conserva, como en *patria* de *patria[m]*, matriz de *matric[em]*, matrimonio de *matrimoniu[m]*, petrificar de *petra* y *facere*.

La combinación *st*, cuando no la conserva la influencia culta en palabras como *instruir* de *instruer[e]*, *hostia* de *hostia[m]*, *arbusto* de *arbustu[m]*, *mosto* de *mustu[m]*, *gusto* de *gustu[m]*, *poste* de *poste[m]*, etc., se transforma en *j*, como en *ujier* de *ostiari[um]*, *congojar* de *coangustar[e]*, *Jerez* de *A]sta-reg[ia]*, ó en *s*, como en *Zaragoza* de *Cæsaraugusta[m]*, *escarzar* de *excarstar[e]*, por *excastrar[e]*, ó en *c* con el sonido dental aspirado de la *s*, como en *Écija* de *Astigi[m]*, *a[cipado]* de *stipatu[m]*. *Post* pierde la *t* y se convierte en *pues*. También la pierde en composición, como en *posponer*, *posdata* y *poscomunión*.

La dental aspirada *s* no arraigó mucho en latín, y en las pocas palabras que la llevan, se conserva al pasar al castellano, con forma distinta, según los casos, pero siempre con el mismo valor fonético, como en *celo* de *zelu[m]*, *zona* de *zona[m]* y *cizaña* de *cizania[m]*. En *jengibre* de *zingiberi* se transformó en gutural fuerte. Esta letra es generalmente en castellano, como ya se ha visto, el resultado de la transformación de las sílabas *te*, *ti* ó *di* seguidas de otra vocal ó de una *c* convertida por apócope en final de la palabra castellana, ó de una gutural fuerte latina (*ch*, *qu*), ó de la silbante lingual *s*.

LABIALES.—La dulce labial *b* latina en principio y medio de dicción, se conserva frecuentemente en las palabras castellanas, como en *beber* de *biber[e]*, *débil*

de *debil[em]*, *brial* de *br[ach]ial[e]*, *blando* de *blan-du[m]*, *bledo* de *blitu[m]*, etc. Solo en *maravilla* de *mirabilia* se convierte en *v*.

Cuando precede á la *s* en las voces de formación culta, se conserva como en *observar* de *observar[e]*, *subsistir* de *subsister[e]*, *absolver* de *absolver[e]*, *obstruir* de *obstruer[e]*, *obsceno* de *obscenu[m]*, etc.; pero en vocablos de formación popular se pierde ó desaparece, como en *oscuro* de *o[b]scuru[m]*, *sustituir* de *su[b]stituer[e]*, *susto* de *su[b]s[ul]tu[m]*, etc.; y aquí deberá notarse que es tal la vaguedad que se observa en nuestro idioma en el momento actual respecto á la supresión de la *b* antes de *s* en la derivación latino-hispana, que se dice *suscribir* y *subscribir*, *sustancia* y *substancia*, *oscuro* y *obscuro*.—En *ausente* de *absente[m]* se vocalizó la *b*, lo mismo que en *fraguar* de *fabricar[i]* (*fracbar[i]*, *fracuar[i]*) y *temblar* de *t[r]emular[e]*.—También desaparece delante de la *j* latina, cuando ésta se convierte en castellano en gutural fuerte aspirada, como en *sujeto* de *subiectu[m]*, *sujetar* de *subjectar[e]*, *sojuzgar* de *sub* y *judicare*; pero se conserva en *objeto* y *objetar*, de *objectu[m]* y *objectar[e]*, *abjurar* de *abjurar[e]*, *subjuntivo* de *subjunctivu[m]* y sus derivados, y siempre que la *j* latina conserva en castellano su sonido de palatal fricativa convirtiéndose en *y*, como en *subyugar* de *subjugare*, *abyecto* de *abjectu[m]*.

Cuando precede á la dental fuerte *t*, sea inmediatamente ó por efecto de la síncope, unas veces desaparece, como en *sutil* de *su[b]tilē[m]*, *sotana* de *su[b]tana[m]*, *soterrar* de *su[b]terrare[e]*, y otras se conserva, como en *obtener* de *obtener[e]*, *obturar* de *obturar[e]*, *subterfugio* de *subterfugiu[m]*. En *dudar* y *preste* desaparecen las sílabas *bi by* de *du[bi]tar[e]* y *pres[by]te[r]um*. En *deuda* de *deb[i]ta* y *raudo* de

rab[i]du[m], la *b* se vocalizó convirtiéndose en *u*, como en *ausente* de *absente[m]*.

Precedida de *m* desaparece en algunos casos; como en las voces arcaicas *camiar* por *cambiar* de *cambir[e]*, que en el bajo latín se convirtió en *cambiar[e]*, *amos* por *ambos* de *ambos*, y en *paloma* de *palum[b]a[m]*, *plomo* de *plum[b]u[m]*, *lamer* de *lam[b]er[e]*, *lomo* de *lum[b]u[m]*.

También desaparece en la formación de los pretéritos imperfectos de los verbos de la segunda y tercera conjugación, y así *temía* se formó de *time[b]a[m]*, *decía* de *dice[b]a[m]*, *salía* de *sali[eb]a[m]*, etc.

Entre las dentales y también entre las labiales debería incluirse la *v*, que al de aspirada une el doble carácter de dental-labial, y que se pronuncia hiriendo con los dientes el labio inferior y emitiendo el sonido vocal con una ligera aspiración; y de este modo debían pronunciarla los romanos cuando Prisciano la considera de valor fonético semejante al digama eólico. En la escritura latina no se distinguía en un principio de la vocal *u*, y la introducción del signo *v* para representar el sonido consonante de la *u* latina, responde á la necesidad que ya en su tiempo sentía Quintiliano cuando reclamaba el uso del digama para representar el sonido consonante de la *u*. Esta letra es una de las consonantes que menos modificaciones sufren al pasar del latín al castellano, y por eso se conserva intacta al principio y medio de dicción, como en *vaciar* de *vacuar[e]*, *vecino* de *vici-nu[m]*, *víbora* de *vipera[m]*, *volver* de *volver[e]*, *vivir* de *viver[e]*, *vulgo* de *vulgu[m]*, etc.

Por su semejanza en la pronunciación con la *b*, y por la confusión que en la escritura latina se introdujo entre la *v* y la *b* desde principios del siglo iv, la *v* se transformó en *b* en *barrer* de *verrer[e]*, *barniz*

de *vernic[ium]*, barrena de *verinu[m]*, berrendo de *variandu[m]*, beleño de *venenu[m]*, beca y beta de *vitta[m]*, bochorno de *vulturnu[m]*, bodigo de *voticu[lum]* diminutivo de *votum*, bóveda de *voluta[m]*, y bulto de *vultu[m]*.

En *frasco* y *palafren*¹ se convierte en *f* la *v* de *vascul[um]* y *parav[e]red[um]*. En *he por ve* de *v[id]e* é *hisca* de *viscu[m]* se atenúa hasta convertirse en *h*. En los arcáicos *golpe* (zorro) de *vulpe[m]* y *gulpeja* de *vulpec[u]la[m]*, y *gastar* de *vastar[e]* se transformó en gutural suave, lo mismo que en *Alagón* de *Alavon[am]*, y en gutural fuerte en *alijar* de *allevar[e]*. En *ciudad* de *civ[i]tat[em]* lo mismo que en *amó* de *amav[it (amau)]*, *abolio* de *abolev[it (aboleu)]*, *pidió* de *petiv[it (petiu)]*, *vistió* de *vestiv[it (vestiu)]*, etc., se convirtió en vocal, y por síncope desapareció en *encía* de *g]ingi[v]a[m]*, *río* de *ri[v]u[m]*, *extragar* de *extra[va]gar[e]*, *fluido* de *flu[v]idu[m]*, *friolera* de *fri[v]olaria[m]*, *polilla* de *pul[v]isc[u]lu[m]* y *Gonzalo* de *Gonsal[v]u[m]*². Esta síncope tiene precedentes en latín, como *motum* de *moveo*, *votum* de *voveo*, etc. En *buey* de *bove[m]* y *hoya* de *fovea[m]*, como consonante dulce la *v* en unión de la *e* y por influencia de esta vocal se convierte en *y*. En *alud* de *alluv[ium]*, perdió el sonido labial y se purificó convirtiéndose en dental suave.

La labial *m* tenía en latín, según Prisciano, un sonido más fuerte en principio de dicción, y suave ó débil en medio cuando le seguía otra labial. Quintiliano añade que en fin de dicción tenía un sonido te-

¹ Estas palabras castellanas suponen las transformaciones siguientes:

vascul[um]=*fascu*=*flascu*=*frasco*.

paraveredum=*parav[e]red[um]*=*parafren*=*palafren*.

² De *Gun[dí]sal[v]u[m]*.

nuísimo ó casi imperceptible, como lo demuestra la figura eclipsis, que se cometía cuando una palabra del verso terminaba en *m* y la siguiente empezaba por vocal, especie de elisión, que de un modo más completo se realizaba en la composición, como en *animadverto* de *animum adverto*. Al pasar al castellano sufrió esta letra algunas transformaciones. Convirtióse en *n* en *níspero* de *mespillu[m]*, *niño* de *mini[m]u[m]*, y en la voz arcaica *nembrar* de *memorar[e]*. Por una ligera atenuación también se transformó en *b*, según atestigua Quintiliano ¹, cuando afirma que de *scannum* se formó *scabellum*, de donde en castellano se deriva *scabel*; y así de *micar[e]* se formó *brincar*, procedimiento que en sentido inverso observó nuestra lengua cuando derivó de *ababol amapola*, y que demuestra que en algunos casos la *b* y *m* son equivalentes. En fin de dicción se convirtió en *n*, como en *con* de *cum*; generalmente desaparece por apócope al pasar del latín al castellano, como en *templo* de *templu[m]*, *nave* de *nave[m]*, *foro* de *foru[m]*, etc.

Cuando por efecto de la síncope precede á las lingüales *l*, *n*, *r*, se intercala entre ambas una *b* epentética, como en *semblante* de *sim[i]lante[m]*, *cohombro* de *cucum[e]re[m]*, *hombro* de *hum[e]ru[m]*. Cuando precede á *n*, ésta se convierte en *r*, como en *lumbre* de *lum[i]ne*, *hembra* de *fem[i]na[m]*, *hombre* de *hom[i]ne[m]*, *cumbre* de *cu[l]m[i]ne*, *sembrar* de *sem[i]nar[e]*, etc.—*Hambre* se formó, como si *fames* fuera imparisílabo y tuviera por consiguiente el acusativo *faminem*.

Cuando la *m* precede á la *n* sin que la agrupación de ambas letras sea efecto de la síncope, se conserva

¹ *Institut.*, Orat. VI.

en castellano en palabras poco vulgares, como *alumno* de *alumni*[*m*], *columna* de *columna*[*m*], *solemne* de *solemne*[*m*], etc. En las de formación popular *m* y *n* se transforman en *ñ* por asimilación de la primera á la segunda, como en *daño* de *damnu*[*m*], *otoño* de *autumnu*[*m*], *sueño* de *somnu*[*m*], y á veces aunque la combinación *mn* sea producida por la síncope, como en *dueño* de *dom*[*i*]*num*.—En *condenar* de *conde*[*m*]*nar*[*e*] se pierde la *m*.

Cuando por virtud de la síncope ó de la composición la *m* se junta á las dentales *d* y *t* en la palabra latina, se convierte en *n* en castellano y la *t* además se atenúa á veces en *d*, como *linde* de *lim*[*i*]*te*[*m*], *conde* de *com*[*i*]*te*[*m*], *senda* de *sem*[*i*]*ta*[*m*], *circundar* de *circumdar*[*e*], *contar* de *com*[*pu*]*tar*[*e*]; y también delante de *ph*, como en *linfa* de *limpha*[*m*], *ninfa* de *nimpha*[*m*], *ánfora* de *amphora*[*m*], *anfiteatro* de *amphitheatru*[*m*].

La fuerte labial *p* conservó en castellano el sonido que tenía en latín, y en principio de dicción no sufrió generalmente variante alguna, y así de *pater*[*m*] se formó *padre*, de *perdere*[*e*] *perder*, de *platea*[*m*] *plaza*, de *ponere*[*e*] *poner*, de *prædicare*[*e*] *predicar*, de *pullu*[*m*] *pollo*, etc. Sólo en *verdolaga* de *portulaca*[*m*] la *p* se convirtió en la dental-labial aspirada *v*, y en *b* en *buscar* de *poscere*[*e*]. En medio de dicción, siguiendo la regla general á que parecen sometidas las consonantes fuertes en su tránsito del latín al castellano, se suavizó ó atenuó en *b*, como en *abeja* de *apic*[*u*]*la*[*m*], *cabello* de *capillu*[*m*], *cabeza* y *cabo* de *capu*[*t*], *cebolla* de *cæpulla*[*m*], *cubierto* de *co*[*o*]*pertu*[*m*], *lobo* de *lupu*[*m*], *liebre* de *lep*[*o*]*ræ*[*m*], *pueblo* de *pop*[*u*]*lu*[*m*], *robar* de *raper*[*e*], *saber* de *saper*[*e*], *soberbia* de *superbia*[*m*], *sobre* de *super*, etc. En *trofeo* de *tropæu*[*m*] y *golfo* de *κόλπος*, la

p se convirtió en la aspirada *f*, á la inversa de lo que sucede en *soplar* de *sufflar*[*e*]; pero se conservó en palabras de formación más reciente ó menos vulgares, como en *capillo* de *capid*[*u*]*lu*[*m*], *capital* y *capitán* de *capital*[*em*], *capítulo* de *capitulu*[*m*], *participar* de *participar*[*e*] (*partem capere*), *estúpido* de *stupidu*[*m*], *ápice* de *apice*[*m*], *copa* de *cupam*, *propio* de *prop*[*r*]*iu*[*m*], y otras muchas, sobre todo compuestas, cuya segunda parte comienza con esta letra que se conserva por ser inicial del simple, como en *apear* de *a* y *pes*, *componer* de *componer*[*e*], *deprimir* de *de-primer*[*e*], *exponer* de *exponer*[*e*], *despojar* de *de-spoliar*[*e*], *disponer* de *disponer*[*e*], *preparar* de *præ-parar*[*e*], *propugnáculo* de *pro-pugnaculu*[*m*], etc. Cuando se duplica en latín, se atenúa en castellano, reduciéndose á una sola, como en *aplicar* de *applicar*[*e*], *oponer* de *opponer*[*e*], *estopa* de *stuppa*[*m*], *mapa* de *mappa*[*m*], *popa* de *puppi*[*m*], *suplir* de *suppler*[*e*], etc. En *lampazo* de *lappaceu*[*m*], se nasalizó la primera ó se suavizó en *m*.

La *p* inicial latina seguida de *n*, *t* ó *s*, desapareció en castellano obedeciendo al principio de la facilidad en la pronunciación, como en *neumático* de *pneumaticu*[*m*] del griego πνευματικός, *salmo* de *psalmu*[*m*], *salterio* de *psalteriu*[*m*], *seudoprofeta* de *pseudopropheta*[*m*], *tisana* de *ptisana*[*m*], *Tolomeo* de *Ptolemæu*[*m*]. En medio de dicción desaparece la *p* seguida de *t*, como en *atar* de *a*[*p*]*tar*[*e*], *pronto* de *prom*[*p*]*tu*[*m*], *suntuoso* de *sum*[*p*]*tuosu*[*m*], *roto* de *ru*[*p*]*tu*[*m*], *escrito* de *scri*[*p*]*tu*[*m*], *nieta* de *ne*[*p*]*te*[*m*], *gruta* de *cru*[*p*]*ta*[*m*], *catar* de *ca*[*p*]*tar*[*e*], *siete* de *se*[*p*]*te*[*m*], *seto* de *se*[*p*]*tu*[*m*], etc. Á veces la *p* seguida de *t* en medio de dicción se transformó primero en *b* y luego en *u*, como en el arcáico *cabdillo* de *cap*[*i*]*tel*-

lu[m, hoy *caudillo*; en *cabdal* de *cap*[i]*tale*[m, hoy *caudal*, aunque en acepción distinta que el adjetivo *cabdal*; *cautivo* de *captivu*[m, *bautizar* de *baptizar*[e, *Ceuta* de *Septa*[m, etc. Pero en dicciones poco vulgares ó de formación más reciente, se conservan las letras *pt*, como en *apto* de *aptu*[m, *captura* de *captura*[m, *óptimo* de *optimu*[m, *septentrión* de *septemtrion*[em, *corruptor* de *corruptor*[em, *optar* de *optar*[e, etc. Delante de la dental suave *d* en medio de dicción desaparece la *p* en las pocas palabras en que pueden por síncope juntarse estas letras, como en *codicia* de *cup*[i]*ditat*[em, que en el período anteclásico fué *cobdicia*. Seguida de *s* desapareció en medio de dicción, lo mismo que al principio, en *ese* de *i*[p]*se*, *yeso* de *gy*[p]*su*[m. En *caja* de *capsa*[m, *ps* se convirtieron en la gutural fuerte aspirada. Pero en voces cultas ó técnicas ó de origen más reciente, se conservaron ambas letras, como en *lapso* de *lapsu*[m, *elipse* de *elipse*[m, *tapsia* de *thapsia*[m, etc.

La aspirada *f* era una letra esencialmente latina; la *ph*, que tenía casi el mismo valor fonético, era transcripción de la φ griega. Aunque á primera vista se pronunciaban del mismo modo, diferenciábanse algún tanto: la *f* tenía un sonido aspirado más dental, y la *ph* ó φ griega un sonido aspirado más labial ó esencialmente labial. En consonancia con la naturaleza de ambas letras, los griegos escribían siempre *m* (μ) delante de φ , como en $\sigma\mu\varphi\omega\nu\lambda\alpha$, y los latinos *n* delante de *f*, como en *conficio*. En castellano la *ph* ó φ se transformó en *b*, *v* ó *p*, como en *Esteban* de *Stephan*[um, *rábano* de *raphanu*[m, *cuévano* de *cophinu*[m, *zampoña* de *symphonia*[m, *diptongo* de *diphthongu*[m ($\delta\iota\varphi\theta\omicron\gamma\omicron\varsigma$), *Cristóbal* de *Christophor*[um, *golpe* de *coll*[a]*phu*[m, etc. Á veces se transformó en *f*, como de *Joseph*[um, *Josef*, hoy

José, *filosofía* de *philosophia*[m], *fénix* de *phœnix*, *fantasma* de *phantasma*, etc.

La *f* inicial latina seguida de vocal, generalmente se convirtió por atenuación en *h* al pasar al castellano, como en *hijo* de *filiu*[m], *humo* de *fumu*[m], *habla* de *fab[u]la*[m], *hacer* de *facere*[e], *harto* de *far-tu*[m], *hebilla* de *fibula*[m], *hembra* de *fem[i]na*[m], *herir* de *ferir*[e], *hervir* de *ferver*[e], *hiel* de *fel*, *honda* de *funda*[m], *hurto* de *furtu*[m], etc. En medio de dicción se convirtió en *h* en los compuestos *ahogar*, *sahumar* y *zaherir*. Pero en muchas palabras se conserva en principio de dicción, como en *falso* de *falsu*[m], *fama* de *fama*[m], *fatuo* de *fatuu*[m], *feroz* de *feroc[em]*, *fiar* de *fi[d]er*[e], *fiebre* de *febre*[m], *fin* de *fin[em]*, *flujo* de *fluxum*, *fuego* de *foccu*[m], *fondo* de *fundu*[m], *fruto* de *fructum*, etc., y esta fué la primitiva práctica de nuestro idioma, y así se encuentra en los escritores castellanos anteriores al siglo xv, *facere* por *hacer* de *facere*[e], *fado* por *hado* de *fatu*[m], *fallir* ó *fallir* de *faller*[e], *fame* por *hambre* de *fame*[m], *faular* y *fablar* por *hablar* de *fab[u]lar*[i], *figado* por *higado* de *ficatu*[m], *fender* por *hender* de *finder*[e], *ferir* por *herir* de *ferir*[e], *fonderse* por *hundirse* de *funder*[e], *fornaz* de *fornac[em]*, *fosa* por *huesa* de *fossa*[m], *fremoso* y *fermoso* por *hermoso* de *formosu*[m], *fuir* por *huir* de *fu[g]er*[e], *fumo* por *humo* de *fumu*[m], *furto* por *hurto* de *furtu*[m], etc., etc. En Juan de la Encina se encuentra ya *hu* por *fué* y *huerte* por *fuerte*. Por eso en palabras distintas que proceden del mismo origen conserva nuestra lengua en unas la *f* y en otras la *h*, como en *haz* y *faz* de *fac[iem]*, en *ferro* y *hierro* de *ferru*[m], en *falcón* y *halcón* de *falcone*[m], en *fibra* y *hebra* de *fibra*[m], en *filo* é *hilo* de *filu*[m]. Y tal vez para distinguirlas entre sí se escribieron unas con *f* y

otras con *h*, palabras que proceden de distinto origen, y tienen, por consiguiente, significación distinta, como *fiel* de *fidel[em]* y *hiel* de *fel*, *fe* de *fi[dem]* y *he* de *haber* de *haber[e]*, *fiero* de *fer[um]* y *hiero* de *herir* de *ferire*.

Á veces, muy pocas, la *f* latina en medio de dicción se convirtió en *b*, como en *ábrego* de *africu[m]*, *acebo* de *aquifo[lium]*, *trébol* de *trifol[ium]*, y alguna vez en *p*, como en *soplar* de *sufflar[e]*. Solo en *desollar* por *deshollar* de *des*, *priv.*, y *folium*, *hoja*, desaparece la *f*.

La *f* doble, que en latín es resultado de la composición, se atenúa en castellano, convirtiéndose en sencilla, como en *afectar* de *affectar[e]*, *efecto* de *effectu[m]*, *dificultad* de *difficultat[em]*, *ofrenda* de *offerenda[m]*, *sofocar* de *suffocar[e]*.

Hemos visto que la *f* inicial latina se conserva en nuestra lengua en la época inmediata á la formación del romance, y que su atenuación en *h* es posterior. Esta atenuación debe ser, como afirma Diez, una importación francesa del dialecto gascón.

La *h* en latín no era ni vocal ni consonante, era nada más que un signo de aspiración fuerte, según atestigua Mario Victorino. En realidad, esta letra tiene tan poco vigor, que apenas sufre transformación alguna al pasar del latín al castellano, y así se conservó en principio de dicción, como en *habitar* de *habitar[e]*, *hábil* de *habil[em]*, *héroe* de *heroe[m]*, *hiedra* de *hedera[m]*, *hierba* de *herba[m]*, *hombre* de *hom[i]ne[m]*, *honesto* de *honestu[m]*, *humilde* de *humile[m]*, y en medio de dicción, como en *vehemente* de *vehemente[m]*, *vehículo* de *vehiculu[m]*, *ahora* de *hac hora*; pero ha desaparecido en *traer* de *tra[h]er[e]*. En *aniquilar* de *annihilar[e]* de *ad* y *nihilum*, la *h* se convierte en gutural fuerte, á semejanza de

lo que sucedía en la baja latinidad, que se escribía *michi* por *mihi*.—Unida á la *y*, en *jacinto* de *hyacinthu[m]* se transformó en *j*.

V.

De los hechos expuestos se infiere que las transformaciones que la palabra latina sufre para convertirse en castellana, son hijas del sentido popular, que es el ejecutor de la fuerza ó tendencia evolucionista que, juntamente con la tendencia tradicional ó conservadora, constituye la manifestación más sensible de la vida de las lenguas. Como es natural, la fuerza evolucionista obra con mayor desembarazo y libertad allí donde menos obstáculos se oponen á su acción; por eso la vocal *a*, que es de todas la más llena, y por consiguiente la de mayor consistencia fonética, es la que opone mayor resistencia á la fuerza evolucionista, y por eso sufre al pasar del latín al castellano las contadas modificaciones que dejamos advertidas. Por idéntica razón la vocal tónica experimenta menor número de modificaciones y menos esenciales que la átona al pasar del latín á nuestra lengua. Obsérvase también que la cantidad de la vocal tónica influye por modo decisivo en las transformaciones, que ésta puede experimentar en el tránsito de uno á otro idioma, hasta el punto de pasar, por regla general, las vocales largas á nuestra lengua sin variación alguna, y las breves cuando no se conservan, bien se convierten en otra vocal análoga, ó bien se transforman en un diptongo. Adviértese, además, que la posición de una vocal tóni-

ca que no sea *a* delante de dos consonantes, produce en ella unas veces la inmutabilidad propia de la tónica larga, y otras las transformaciones propias de la tónica breve, lo cual parece indicar que, aun considerada como larga, la vocal que precede á dos consonantes, tiene menos consistencia que la vocal larga por naturaleza, hipótesis que se confirma considerando que aun en latín, la vocal que por su naturaleza es breve, permanece breve aunque preceda á dos consonantes de las cuales la primera es muda y la segunda líquida; de donde bien pudiera inferirse que la vocal seguida de dos consonantes tiene un valor prosódico intermedio entre la vocal larga y la breve.

Los cambios de posición del acento prosódico pueden explicar en castellano algunas de las modificaciones que en la flexión del verbo sufre la vocal radical. Vista la tendencia de convertirse en *ie* al pasar al castellano la *ē* tónica latina, lo mismo que la que precede á dos consonantes y el diptongo *æ*, naturalísima parece la conversión de la *e* radical de *cegar* de *cæcar*[*e*, en *ciego*, *ciegas*, *ciega*, *ciegan*, *ciegue*, *ciegues*, *cieguen*, lo mismo que en *desciendo*, *desciendes*, *desciende*, *descienden*, *descienda*, *desciendas* y *desciendan*, de *descender* de *descender*[*e*, como en *niego*, *niegas*, *niega*, *niegan*, *niegue*, *niegues*, *nieguen*, de *negar* de *nĕgare*. En estos casos el cambio de posición del acento explica que se formara *cegar*, *descender* y *negar*, por no ser tónica la *e* en estas formas, como no lo son en *descendemos*, *cegamos* y *negamos*; pero en cuanto por cambio de posición del acento se convirtieron en tónicas, tomaron respectivamente la forma equivalente de la *e* tónica ante dos consonantes de la *ē* y del diptongo *æ*, cuando son tónicos estos sonidos en la palabra latina. Y aunque parezca menos lógica la

transformación de la *i* tónica latina en *ie* en formas como *friego*, *friegas*, *friega*, *friegan*, *friegue*, *friegues*, *frieguen*, de *fregar* de *fricar*[*e*], y en *pliego*, *pliegas*, *pliega*, *pliegan*, *pliegue*, *pliegues*, *plieguen*, de *plegar* de *plícar*[*e*], se comprenderá que esta transformación es muy natural, considerando primero la equivalencia de las dos vocales *e* *i* y teniendo en cuenta que la *e* es radical en *fregar* y *plegar*, y que el acento prosódico de estas palabras castellanas cambia de lugar por virtud de la flexión, convirtiendo la citada *e* de átona en tónica, la cual, porque procede de *i*, debe considerarse breve también, y por eso en la flexión y convertida en tónica se transforma en el diptongo *ie*, que es la mutación más natural que experimenta la *i* tónica al pasar de latín al castellano. De esta suerte se explica la anomalía que se observa en los verbos que los gramáticos clasifican en la primera clase de irregulares castellanos.

Del mismo modo se explica la irregularidad de los verbos anómalos de la segunda clase, cuya *o* radical procede de una tónica latina *o* ó seguida de dos consonantes, que, como acabamos de ver, se transforman generalmente en el diptongo *ue*, y por eso de *colgar* de *coll*[*o*]*car*[*e*] se dice *cuelgo*, *cuelgas*, *cuelga*, *cuelgan*, *cuelgue*, *cuelgues*, *cuelguen*; y de *probar* de *prōbar*[*e*] *pruebo*, *pruebas*, *prueba*, *prueban*, *pruebe*, *pruebes*, *prueben*, donde la *o* primitiva radical en el verbo castellano se conserva tónica, y por eso se convierte en el diptongo *ue*; pero en cuanto por virtud de la flexión la *o* radical vuelve á ser átona, como en el tema *colgar*, *probar*, la *o* se conserva, y así decimos *colgamos*, *probamos*, *colgaré*, *probaré*, etc., que es lo mismo que sucede en ciertos derivados castellanos, como de *novu*[*m*

nuevo, *novedad* y *novato*, de *ovu*[m, *huevo*, *oval* y *ovalado*, de *porta*[m, *puerta*, *portal* y *portero*.

Del mismo modo la *i* que en *colegir*, *concebir* y *elegir* de *colliger*[e, *conci-per*[e y *eliger*[e se convirtió en *e* átona radical en castellano, al transformarse en tónica por la flexión, recobró el mismo sonido que tenía, como tónica en latín, y por eso decimos *colijo*, *coliges*, *colige*, *coligen*, *colija*, *colijas*, *colijan*; pero cuando permanece átona como en el tema, aparece de nuevo la *e*, como en *colegimos*, *colegís*, *colegía*, *colegiré*, etc. La conversión de la *e* en *i* se explica además en otras formas en que la *e* radical es átona por la proximidad de los diptongos *io* y *ie* de la sílaba siguiente, como en *coligió*, *concebiera* y *eligiese* y *eligiere*. En *colijamos*, *colijais*, aun cuando la *i* es átona en castellano, se conserva por serlo también y preceder á la tónica en latín en las formas *colligamus*, *colligatis*, de donde aquéllas proceden. En *pedir* de *pēter*[e, *regir* de *rēger*[e, *seguir* de *sē-qui* (*sēquer*[e), y otros parecidos, la *ē* latina tónica se convirtió en átona radical de los verbos castellanos, y al recobrar en castellano el carácter de tónica que tuvo en latín, se convierte por ley natural en su equivalente *i*, como en *pido*, *pidés pide*, *piden*, *pida*, *pidas*, *pidan*, para compensar de esta suerte con la atenuación del sonido el refuerzo de la acentuación. En *pedimos*, *pedís*, vuelve á ser *e*, porque es átona, lo mismo que en *pedía*, *pediré*, etc. En *pidió*, *pidieron*, *pidiera*, *pidiese*, *pidiere* y *pidiendo*, se explica la conversión de la *e* en *i* por la proximidad de los diptongos *io*, *ie* de la sílaba siguiente, lo mismo que en *sirvió*, *vistió*, *sirvieron*, *vistieron*, etc., de *servir* y *vestir* de *servir*[e y *vestir*[e. La *i* de las formas *sirvo*, *visto*, *sirva* y *vista*, etc., tiene la misma explicación: es *e* átona en el tema

castellano, y al convertirse en tónica en las citadas formas, se convierte en la equivalente *i*. En *sirvamos, vistamos, sirváis, vistáis*, la equivalencia de *e* por *i* se estableció directamente del latín al castellano. Así se explican las formas anómalas de los verbos irregulares de la quinta clase.

Por idénticas razones se explican las anomalías que presenta la flexión de verbos que, como *mentir, sentir, preferir*, etc., clasificados por los gramáticos en la sexta clase de irregulares, ofrecen formas de flexión que son propias de los irregulares comprendidos en la primera y quinta clase.

El modo de evitar el hiato producido por el concurso de la *u* átona con otra vocal explica las formas *excluyo, excluyes, excluye, excluyen, excluyó, excluyeron, excluya, excluyera, excluyese, excluyere, excluyendo* y *excluyente* de los irregulares castellanos de la séptima clase.

Otra ley general que se desprende del estudio de las transformaciones que sufre la palabra latina para convertirse en castellana, es que cuando el cambio se debe á la contracción, la tónica absorbe á la átona, y predomina sobre ella en la palabra castellana, como en *Jorge* de *G[e]orgi[um]*, *brillar* de *b[e]ryllus*, *pared* de *par[i]ete[m]*, *batalla* de *bat[u]alia*, etc.

La tendencia á evitar el concurso de vocales constituye uno de los caracteres más dignos de estudio en nuestra lengua, y uno de los efectos más característicos de esta tendencia es, como hemos visto, la transformación de las *e i* latinas en güturales (*g h*) en castellano. Esa tendencia á evitar el hiato cuando ese propósito no se consigue ni por la conversión de una vocal en consonante, ni por la elisión, ni por la epéntesis, produce en nuestra lengua esa

riquísima variedad de diptongos, que tan notablemente la diferencia de su madre, que tan avara de ellos se muestra. Adviértese, además, que las vocales *i* *u*, cuando forman diptongo con las demás, quedan dominadas por ellas, como lo prueban las leyes de la asonancia castellana: así son asonantes *recia* y *reja*, *precie* y *tiene*, *precio* y *lejos*, *traigo* y *malo*, *aceite* y *leche*, *voime* y *mote*, *queréis* y *vete*, *pausa* y *daga*, *cuero*, *deudo* y *lleno*.

Los diptongos, á que tan aficionada se muestra nuestra lengua, son producidos por seis causas distintas: 1.^a Por derivación de la lengua madre, como en *suave* de *suave*[*m*, *cauto* de *cautu*[*m*, *igual* de *æquale*[*m*. 2.^a Por prolongación de una vocal, como en *huésped* de *hospit*[*em*, *piel* de *pell*[*em*, *pierdo* de *perdo*, etc., siendo de notar que en castellano se formaron *doy*, *estoy*, *soy*, *voy* y *fuí*, que en el período anteclásico fueron *do*, *estó*, *so*, *vo* y *fo*. 3.^a Por conversión de una gutural ó labial en vocal, como en *ley* de *lege*[*m*, *rey* de *rege*[*m*, *auto* de *actu*[*m*, *raudo* de *rab*[*i*]du[*m*, *ciudad* de *civ*[*i*]tat[*em*, *cautivo* de *captivu*[*m*, etc. 4.^a Por atracción, como en *viuda* de *vidua*[*m*, que tal vez es el único diptongo que se forma en castellano por este procedimiento. 5.^a Por reunión ó fusión de dos sílabas aproximadas por la síncope, como en *cuidar* de *co*[*g*]itar[*e*, *amáis* de *ama*[*t*]is, *améis* de *ame*[*t*]is, *podéis* de *pote*[*st*]is, *vieron* de *vi*[*d*]erun[*t*. Y 6.^a Por sinéresis, como en *acción* de *actiõn*[*em*, *Dios* de *Dëus*, *tenüe* de *te-nüe*[*m*, *piedad* de *piëtat*[*em*, etc.

Del ligero estudio que precede acerca de las transformaciones que sufren las consonantes de la palabra latina al convertirse en castellana, se infiere como ley general que toda transformación de una consonante se verifica dentro del mismo órgano

del aparato vocal, y generalmente sustituyendo la fuerte por la correspondiente dulce; y así hemos visto que la *c* gutural fuerte se transforma en *g* gutural suave, la *t* en *d*, y la *p* en *b*, y que la atenuación, por consiguiente, desempeña un importante papel en la derivación latino-hispana. Sin embargo, el procedimiento de la atenuación sólo se aplica en medio y fin de palabra, y llega á veces en castellano, como en latín, á convertir en vocal la consonante suave, que á veces llega á desaparecer. El lugar que en la palabra latina ocupan las consonantes les da mayor ó menor consistencia, y así puede asegurarse como ley general, á pesar de las excepciones que quedan consignadas, que toda consonante de la sílaba inicial, aunque sea dulce, se conserva al pasar del latín al castellano sin sufrir transformación alguna; y es tal su consistencia, que cuando la aféresis la suprime, en la mayoría de los casos desaparece con toda la sílaba inicial, que debe esta supresión, cuando se verifica, á su cualidad de átona, como lo demuestran *soso* de *in*]sulsu[m, *cobrar* de *re*]cuperar[e, *mellizo* de *ge*]melliciu[m, *saña* de *in*]sanía[m, etc. En fin de dicción tienen las consonantes menor consistencia, y por eso unas sufren atenuación lo mismo que en medio, y las más desaparecen por apócope.

Las linguales, como no tienen una gradación de fuerza tan marcada como las de los demás órganos vocales, ofrecen por eso mismo mayor resistencia á toda transformación, y cuando la sufren no hay verdadera atenuación de una fuerte en su correspondiente dulce, sino una verdadera sustitución de un sonido por otro de la misma intensidad fonética, y por eso la *n*, por ejemplo, puede convertirse en *l* y *r*, como en *alma* de *anima*[m, *lumbre* de *lumine*, y

:

la *l* en *n* y *r*, como en *nivel* de *libella*[*m* y *lirio* de *liliiu*[*m*, y la *r* en *l*, como en *mármol* de *marmor*. La única verdadera transformación que las lingüales experimentan es la vocalización de la *l* en *u*, como en *otro* de *alteru*[*m* (*autru*[*m*).

La transformación de un grupo de consonantes en otro sonido es siempre igual á la suma de los sonidos originarios cuando no se verifica la pérdida de alguno de éstos; por eso la *gn* ó *ng* por asimilación de la *g* á la *n* dan una suma cuya representación fonética es la *ñ*, lo mismo que la suma de la gutural *c* fuerte con la silbante se representa con la *x* ó *j*, y la *c* gutural fuerte sumada con la dental también fuerte produce un sonido intermedio que participa de ambos y en la escritura castellana se representa por *ch*, pudiéndose asegurar lo mismo en todos los casos, tanto generales como particulares, que dejamos expuestos.

La atenuación que respecto de ciertos sonidos consonantes exigen la facilidad y armonía en el tránsito de la palabra latina á nuestro idioma, no se limita á la conversión de los sonidos fuertes en dulces y de los dobles en sencillos, á excepción de la doble *l* latina que se convierte en *ll* castellana y la doble *n* en *ñ*, sino que llega hasta la supresión de los sonidos y aun de sílabas enteras en las formas de aféresis en muy pocos casos, como en *saña* de *in*]sania[*m*, *neumático* de *pneumaticu*[*m*; en la de síncopa con más frecuencia, como en *cuidar* de *co*[*g*]itar[*e*, *oir* de *au*[*d*]ir[*e*, *aún* de *a*[*dh*]uc, y en la de apócope, como en *vivir* de *viver*[*e*, *manso* de *mansu*[*etum*, *sierpe* de *serpe*[*ntem*, *acebo* de *aquifo*[*lium*, etc. Atendido el menor vigor fonético de las vocales respecto de las consonantes, resultan aquéllas de supresión más fácil, y por eso mismo la acción de la

aféresis, síncope y apócope es más frecuente sobre las vocales que sobre las consonantes en la transformación de la palabra latina en castellana.

Las consonantes latinas desaparecen también por asimilación al pasar al castellano, y esta asimilación no trasciende á la escritura, como en el francés *connaître* de *cognoscer*[e, *conocer*, en donde la *n* debe por asimilación regresiva considerarse doble, ni como en el italiano *scrittura* de *scriptura*[m, *escritura*, donde por asimilación de la *p* en *t*, debe ésta considerarse doble. Sólo en la composición de las palabras en que entran las preposiciones *in* y *con*, y el simple empieza con *r*, trasciende en castellano á la escritura, como en *irregular*, *corregir*. La síncope, por consiguiente, hace desaparecer la consonante entre vocales; en los demás casos, la desaparición es obra de la asimilación. Por síncope desaparecen también las vocales y sílabas enteras, como en *caldo* de *cal*[i]du[m, *dudar* de *du*[bi]tar[e, *soldar* de *sol*[i]dar[e, *frío* de *frí*[gid]u[m.

Las transformaciones por aumento son menos frecuentes, y tienen por fin principal facilitar la emisión de un sonido representado por un grupo de consonantes, que, de no resultar imposible, exigiría violento esfuerzo para su pronunciación, y así por prótesis se formaron de *sponso*[m *esposo*, de *star*[e *estar*, de *scribere*[e *escribir*, de *sperare*[e *esperar*, etc. Á veces se añade una consonante, como en *sombra* de *umbra*[m. Por epéntesis se dulcifica á veces la pronunciación de un grupo de consonantes introduciendo una vocal, como en *cal-a-vera* de *calvaria*, ó una consonante generalmente líquida, que unas veces es *l* cuando se introduce en la sílaba inicial, como en *esp-l-iego* de *spica*; *n*, alguna vez, delante de dentales, como en *po-n-zoña* de *potione*[m, ó *r* después

de muda, como en *est-r-ella* de *stella*[m, *t-r-onar* de *tonar*[e. La *b* se introduce después de *m*, como en *enjam-b-re* de *exam*[i]ne, *alam-b-re* de *æram*[i]ne, *hom-b-ro* de *hum*[e]ru[m], etc. La *d* entre dos líquidas, como en *ven-d-ré*, *sal-d-ré*, y la *g* nunca entre consonantes, sino entre líquida y vocal, como en *embar-g-ar* de *impar-ar*[e, *nin-g-uno* de *nec-unu*[m, la *y* entre vocales, como *distribu-y-o*, *atribu-y-a*.

Al principio de la armonía y á veces también al de la facilidad en la pronunciación, obedecen las variantes que puede experimentar por metátesis la palabra latina al convertirse en castellana. Por efecto de la atracción que las mudas ejercen sobre la *l* y *r*, la metátesis ejerce principalmente su acción sobre estas letras, como en *tropa* de *turba*[m, *palabra* de *parabola*[m, *vilorta* de *vir*[g]ultu[m].

Por influencia de las vocales tenues *e* *i*, las consonantes latinas dulces que con ellas forman sílaba precediéndolas, se convierten en la gutural fuerte aspirada *j* ó en la palatal fricativa *y*, cuando á las citadas vocales sigue otra, y así de *diurnale*[m se formó *jornal*, de *hodi*[e hoy, de *modiu*[m moho, de *habea*[m haya, de *fovea*[m hoyo, de *exagiu*[m ensayo, de *melior*[em mejor, etc. Algún precedente tiene este interesante fenómeno, que explica de algún modo la influencia de estas vocales sobre las consonantes dulces que forman sílaba con ellas. El *Juppiter* latino, por ejemplo, es derivado del sánscrito $\overline{\text{यु}}$ y पित , *dyu-pitr*, padre del día, que también se llamó en latín *Diespiter* y en castellano *Júpiter*. La $\overline{\text{य}}$ (*ya*) sánscrita no es otra cosa que la *i* larga ó breve delante de vocal ó diptongo; y en ciertas formas de la flexión del verbo sánscrito no es otra cosa que la reduplicación eufónica de la *i* $\overline{\text{इ}}$ contenida en la vocal compuesta $\overline{\text{ऎ}}=a+i$ y seguida de otra vocal;

precedida de la \bar{t} (*da*), que equivale á nuestra dental suave, se transformó en *Juppiter* en *j* (*iota*), que tenía el mismo valor fonético que nuestra *y*, y en *j* en el castellano *Júpiter*.

El refuerzo ha producido muy pocas transformaciones en la palabra latina al convertirse en castellana. Fuera de los casos en que una vocal menos abierta en latín se transforma en otra castellana más abierta, como sucede con la conversión de la *u* final latina en *o* castellana y de la transformación de la *ē* tónica latina, y delante de dos consonantes en el diptongo *ie* y de la *ō* tónica y seguida de dos consonantes en el diptongo *ue*, sólo casos aislados, que no constituyen regla, se presentan respecto de las consonantes, como la conversión de la *s* en *z* en *zurcir* de *sarcir*[*e* y algunos otros que quedan mencionados, ó la transformación de la *v* en *f*, como en *frasco* de *vascul*[*um*, ó de la *b* en *p*, como en *tropa* de *turba*[*m* y algún otro.

Se ve, pues, claramente que la fuerza evolucionista transforma la palabra latina en castellana obedeciendo á leyes casi siempre fijas, y fundadas en el principio de la facilidad y armonía en la emisión de los sonidos, ó atendiendo por lo menos á antecedentes históricos, que para el caso pueden considerarse como verdaderas leyes. Obsérvase también que en el estado presente de nuestra lengua la influencia conservadora del elemento tradicional latino se muestra con mayor vigor que la influencia evolucionista ó innovadora, puesto que no puede negarse la tendencia que hoy impera de dar forma más latina, y, por consiguiente, más culta á palabras en cuya derivación dejó impresa más de una huella la potencia evolucionista que hizo surgir la lengua castellana de la lengua del Lacio; y así vemos que hoy es

preferible decir y escribir *substancia*, *subscriptor* y *Septiembre* á *sustancia*, *suscriptor* y *Setiembre*.

Si pudiéramos entrar en otros pormenores, veríamos también que, á pesar de haber obrado la fuerza evolucionista con energía poderosa en otras esferas del lenguaje sin que la fuerza conservadora del elemento tradicional ó culto le pusiera obstáculos serios, no es porque ésta se amortiguara y menos se aniquilara por completo; pues sin más que acudir á la historia del idioma podemos convencernos de que mientras la fuerza evolucionista destruía por completo la flexión nominal latina, dándole desde los primeros tiempos forma completamente nueva, aunque derivada de aquélla, en el romance castellano, y haciendo aparecer con el artículo un elemento nuevo, que no sólo era desconocido sino menospreciado por la lengua clásica, la fuerza conservadora trasladaba á nuestra lengua casi intactas las formas de la flexión verbal latina, y hasta resucitaba en algunas formas castellanas, como en *sois* de *sodes*, otras que, si no existieron nunca en la lengua clásica, ni tal vez en la vulgar, existieron y existen sin duda alguna en esa lógica inflexible que los niños aplican en la formación de sus vocablos: y si la fuerza evolucionista cambió por completo y en absoluto la esencia misma de la declinación, la fuerza conservadora infundió en la conjugación del verbo castellano la esencia misma de la conjugación del verbo latino, dejando sólo á la fuerza innovadora ejercer su acción en la superficie, ó sea en la alteración fonética de las formas de flexión, alteración que no era ni podía ser bastante poderosa para destruir el carácter esencialmente latino de nuestra flexión verbal. En la prosodia es quizá donde con mayor imperio ejerció su acción la potencia evolucionista,

y aun también en la ortografía, pero sin llegar en una ni en otra á borrar por completo el carácter latino sostenido en ellas con menor energía por la potencia conservadora, acaso porque ejerció todo su poder en contrarrestar lo más posible en la sintaxis la acción innovadora del elemento popular.

He llegado, Sres. Académicos, al término de mi trabajo, agotando quizá vuestra paciencia con la exposición de hechos, unos generales, minuciosos otros, y todos á propósito para deslucir el brillo y esplendor que suelen ostentar vuestras solemnidades literarias. Ahora comprendo que estuve poco feliz en la elección del tema que había de explanar ante vosotros, que por derecho propio representáis el poder moderador en esa lucha constante en que el elemento culto y tradicional de un lado, y de otro el popular ó innovador, se disputan la hegemonía del idioma; pero en descargo de mi conciencia debo confesaros que, después de prolongadas vacilaciones, en vez de elegir un asunto brillante, no ya de crítica literaria, pero ni aun de crítica gramatical, opté al cabo por éste, que si no está á la altura de vuestro mucho saber, es, en cambio, proporcionado á mis fuerzas; además de que me pareció no del todo inútil este estudio, que, aunque desaliñado y ligero, presenta á nuestra consideración el camino que por virtud de esa incesante labor evolucionista, armonizada con la tendencia culta y tradicional, ha recorrido el pensamiento de nuestro pueblo para hacer por boca de Lope, Moreto y Alarcón, más culta y humana la musa de Terencio; para sobreponerse al lirismo trágico de nuestro Séneca con los vigorosos acentos de la tragedia calderoniana; para elevar las dulces quejas de los pastores de Virgilio hasta la apasionada ternura de Garcilaso; para arrancar á

la lira de Fr. Luis de León y del divino Herrera aquella armonía arrebatadora que eclipsó los bellísimos cantos del vate de Venosa; para crear aquella maravillosa grandilocuencia de nuestros venerables Ávila y Granada, cuyas sonoras vibraciones hicieron enmudecer los ecos de la palabra del príncipe de la elocuencia clásica; y para sublimar la gravedad del lenguaje de Salustio, Livio y Tácito hasta la pompa y solemnidad de las narraciones de nuestro insigne Mariana. En una palabra: por ese procedimiento sencillo, prosaico, y á los ojos de los profanos casi bárbaro, se ve cómo la lengua romana, degenerada de su noble estirpe, y ya decrepita en los primeros siglos de nuestra era, en labios de nuestro pueblo, como en misterioso crisol, se fundió para librarse de todas las impurezas que la afeaban y revestirse de juventud y hermosura; transfigurándose en el magnífico idioma que desde el rey Sabio, Lorenzo de Segura, Gonzalo de Berceo y el autor de *La gran conquista de Ultramar*, hasta Jovellanos, Lista, Martínez de la Rosa, Bello, Mayans y Garcés, enriquecieron cuantos brillaron como astros en el espléndido cielo de nuestra literatura castellana. Esta idea me sedujo para elegir el tema que acabo de exponer á vuestra consideración, y aun me atreveré á decir que llegué, aunque os parezca presunción excesiva, á concebir la esperanza de que este mi modestísimo trabajo, con todas sus imperfecciones y deficiencias, pudiera tal vez despertar, no el entusiasmo, pero sí la curiosidad de nuestra juventud estudiosa, que, merced á causas de todos conocidas, pero que desde este sitio y en la ocasión presente yo no he de denunciar, manifiesta inexplicable é injustificado desvío á estos estudios, que en toda la Europa culta obtienen merecida preferen-

cia ; pero que entre nosotros están relegados á la modesta y casi siempre ignorada labor de quienes, apartándose del incesante batallar en que se conquistan positivas ventajas materiales y fáciles laureles, estiman que el estudio de la lengua nacional, pese á las preocupaciones de la vanidad y de la ignorancia, es, por lo menos, una obra eminentemente patriótica. Si la palabra es el medio más perfecto de que dispone el hombre para comunicar á los demás su pensamiento, si en el estilo se reflejan las ideas, sentimientos, educación y hasta el personal carácter del escritor, no es posible dudar que en el lenguaje se reflejan las ideas, aspiraciones, civilización y especial carácter de los pueblos, y las prosperidades y los infortunios, el entusiasmo y el desfallecimiento, el progreso ó la decadencia, la cultura intelectual y moral, y hasta el estado de ánimo por que atraviesan las naciones en las épocas diversas de su vida, todo deja impresa en el lenguaje huella indeleble, á tal punto que bien puede afirmarse que la historia de un idioma cualquiera es, en cierto modo, la historia del pueblo que lo habló; verdad que en términos generales formuló ya Séneca, cuando dijo : *Talis hominibus oratio qualis vita.* (Ep. 114.)

Pasaron desgraciadamente aquellos tiempos en que el sol no se ponía en los dominios de nuestro poder político, y todavía alumbra, sin ponerse en ellos, los inmensos territorios en que domina con el noble pensar de nuestra raza la majestad severa del habla de Castilla, que es aún por fortuna, y á pesar de nuestros dolorosos desaciertos, la lengua de una gran familia, que cuenta setenta millones de individuos repartidos en ambos hemisferios. Aquel pueblo vigoroso, noble y cristiano que salvó la civilización europea

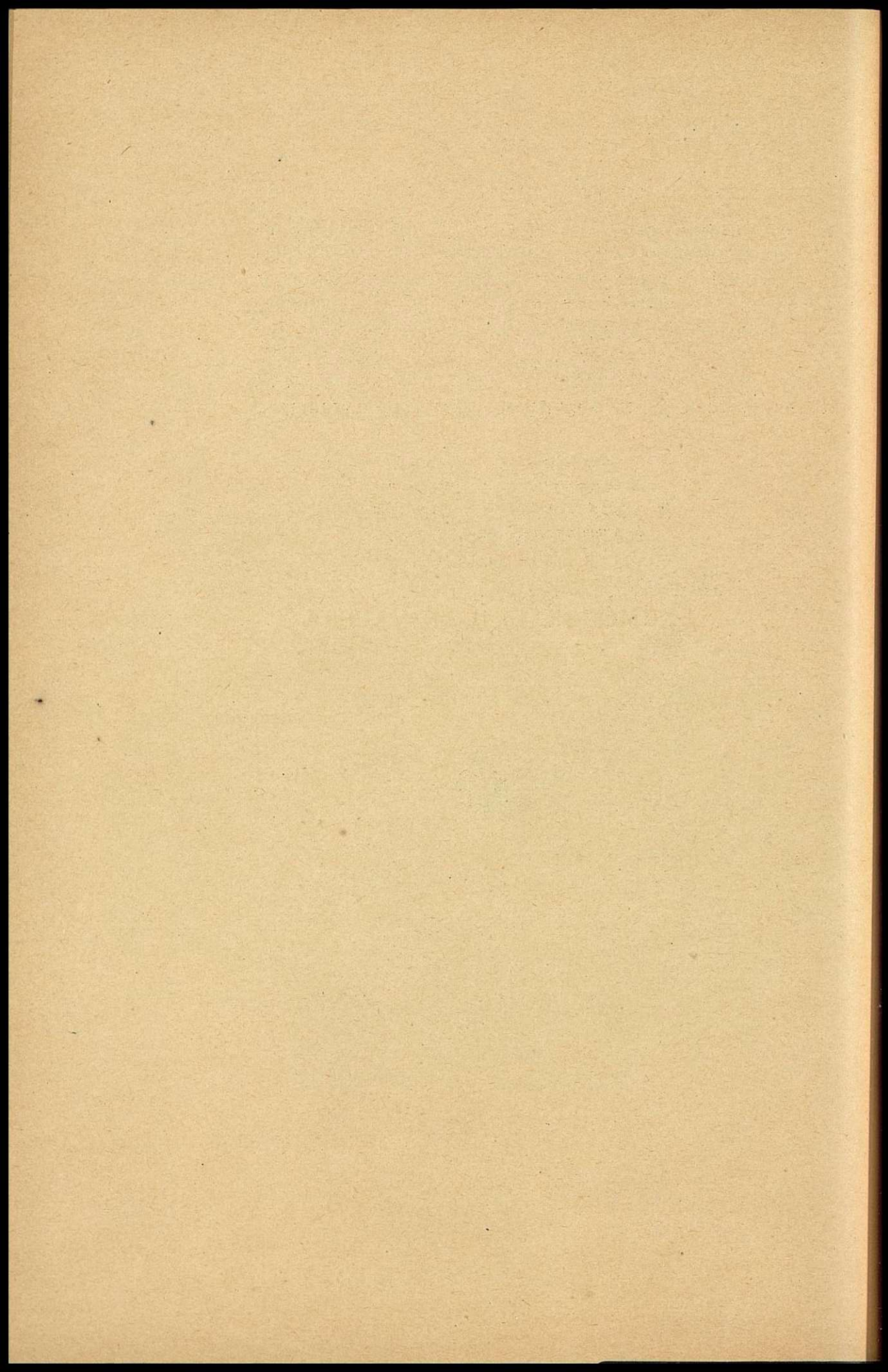
y evangelizó el mundo descubierto por Colón, dejó impresos en su lenguaje, junto con la dulzura de sus sencillas y patriarcales costumbres, el vigor y la energía de aquella soberana altivez de su carácter, que le hizo después de Roma el pueblo más conquistador de la tierra; la nobleza y dignidad típicas, que le hicieron el pueblo más hidalgo y caballero; la esplendidez y riqueza de formas expresivas, hijas de aquella imaginación brillante y fogosa, que le arrastraba á las empresas más heroicas; y esa admirable claridad, que ningún idioma posee en tanto grado, y que no es otra cosa que el reflejo de aquella profundidad y solidez de pensamiento, que en nuestro siglo de oro hizo del pueblo español el maestro de todos los pueblos cultos. Lengua que tales excelencias atesora, que, por la perfección que ostenta casi desde su nacimiento, ha merecido ser la forma clásicamente escultural en que se encarnó el espíritu de un gran pueblo, y convertirse en verbo esplendoroso y magnífico de una de las más ricas y brillantes literaturas, es muy digna de que á su estudio se consagren inteligencias que en otros ramos del saber conquistan honra y provecho merecidos, y más digna aún de que en actos como este se traten asuntos de mayor importancia y trascendencia con ella relacionados, tales como la pérdida de la flexión nominal que debimos heredar de los latinos, la aparición del artículo en nuestra lengua, las transformaciones que en su significación han experimentado las palabras, las leyes naturales á que se sometió la formación de nuestra prosodia, el molde esencialmente latino en que se fundió nuestra sintaxis, y hasta el sello profundamente clásico que caracteriza á nuestros más grandes escritores, y tantas otras interesantísimas cuestiones más en armonía con el

carácter eminentemente científico que distingue todos vuestros actos literarios ; mas no era yo el llamado á tratar aquí tan fundamentales cuestiones , y menos hallándome , como me hallaba , íntimamente convencido de que cualquiera que fuese el asunto que pretendiera tratar mi indocta pluma , no conseguiría otra cosa que poner de relieve la poco halagüeña verdad que encierra aquel epigrama de Ausonio :

*«Felix grammaticus non est , sed nec fuit unquam.
Nec quisquam est felix nomine grammaticus.
Aut si quis felix præter fatum exstitit unquam ,
Is denu[m] excessit grammaticos canonas.»*

He dicho.

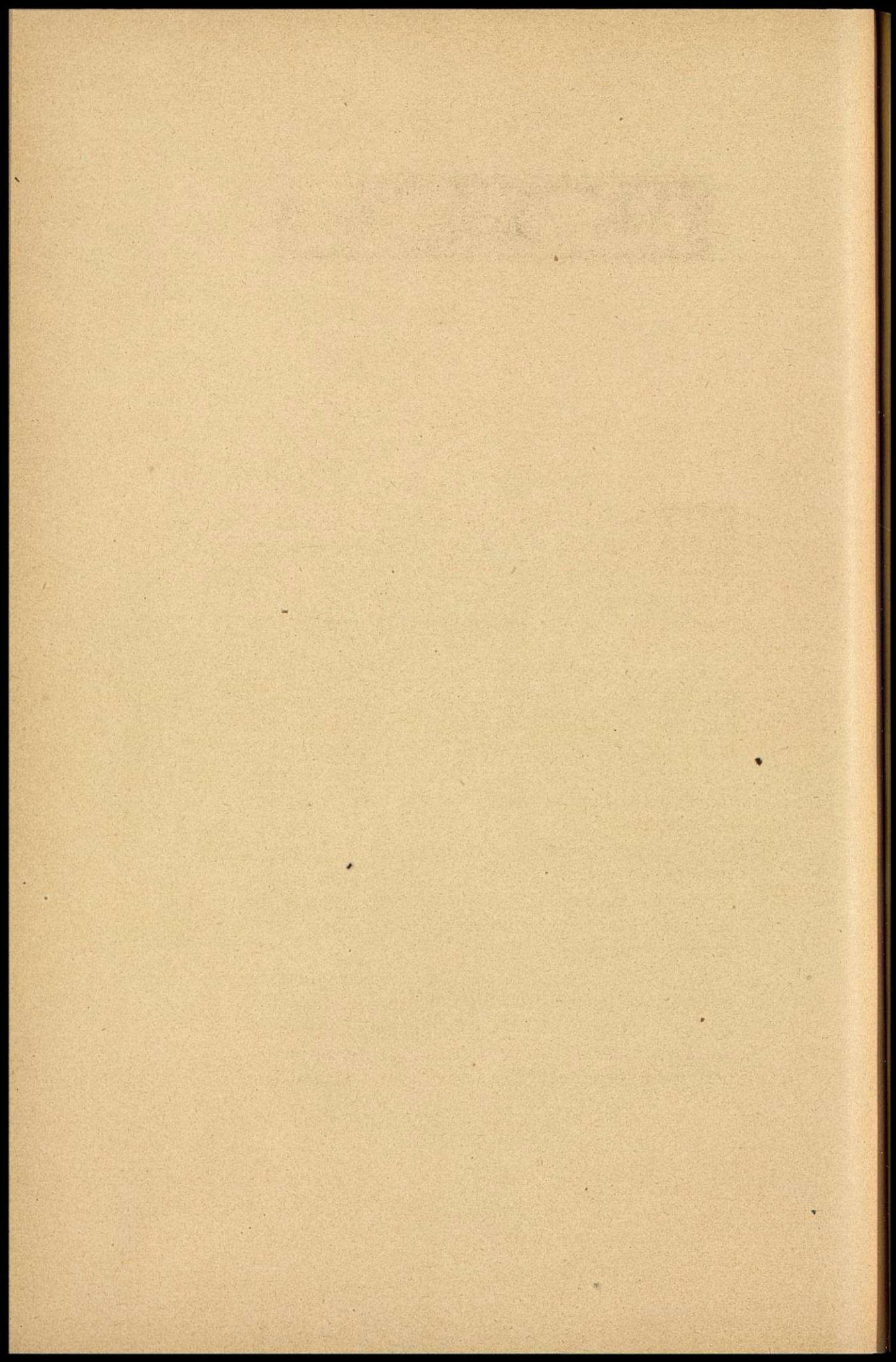




CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA





SEÑORES:

Mi buena voluntad me inspira á menudo infundada confianza en las propias fuerzas, por donde yo, de puro bondadoso (y perdonad que en algo me alabe), suelo no cumplir, ó cumplo tarde y mal, compromisos libremente contraídos.

Digo esto para atenuar, ya que no disculpe, la falta en que he incurrido tardando en contestar al discurso que acabáis de oír, tardanza que detuvo hasta hoy al Sr. Commelerán á las puertas de esta Academia, la cual espera mucho de sus conocimientos filológicos para el mejor éxito de las tareas á que se consagra.

Al aceptar yo el encargo de contestar al nuevo Académico, me movió cierta consideración que hace mi trabajo más difícil, porque necesito exponerla y carezco de la rara habilidad que para ello, en mi sentir, se requiere.

De ordinario, en el seno de esta corporación reina la más perfecta armonía, á pesar de lo dividido que está nuestro país en parcialidades, y á pesar de que apenas las hay sin representante entre nosotros; pero cuantas opiniones políticas fuera de aquí nos

separan, desaparecen ó pierden su dañino vigor dentro de este recinto.

Sólo en la elección del Sr. Commelerán hubo, según dicen, de aparecer entre nosotros la discordia; pero fué tan de paso y con tal disimulo, que los más no hubiéramos advertido nada, sin las hablillas, comentarios y exageraciones, que nacieron y cundieron fuera de aquí.

Saludable aviso fué éste que nos estimuló á buscar, é hizo que encontrásemos modo de que nunca se renovase el pretexto que para que nos supusiesen divididos tal vez habíamos dado. Y como yo fuí uno de los que más se opusieron á la elección del señor Commelerán, me complací en que nuestro digno Director me designase para saludar en nombre de la Academia al que ésta había elegido, imaginando yo que así ponía el sello en el público testimonio de nuestra fraternal avenencia.

Conste, pues, que nadie entre nosotros se opuso á la elección del nuevo Académico, sino por el empeño de que entrase antes de él otro candidato, también ya electo, y contra el cual jamás hubo tampoco oposición, sino momentánea.

La Academia, mirando por su crédito, suele elegir, para ocupar las sillas vacantes, á aquellos hombres que de mayor nombradía gozan entre el pueblo por su valer como escritores; pero, suponiendo que la Academia se decidiese en favor de alguien que no fuese popular y conocido, la Academia estaría en su derecho, y nadie tendría menos autoridad que yo para censurarla. Mi pobre reputación de escritor, después de mi elección ha sido adquirida. Lo declaro sin falsa modestia: en mi elección hubo favor, y muy señalado. No me incumbe decidir si en algún otro caso excepcional también le hubo; pero sí repito que

la Academia llama generalmente á su seno á los que vienen á aumentar su lustre con los propios merecimientos, ya reconocidos y patentes.

En prueba de esta verdad, basta que recuerde yo aquí, con dolor al par que con orgullo, los nombres de algunos de los que fueron compañeros míos, y que han muerto desde que yo tengo la honra de sentarme entre vosotros. Hombres de Estado, de los que más han influido en el desenvolvimiento político y en la radical transformación de la moderna España, dirigiendo sus destinos, y cautivando con su elocuencia á las muchedumbres, como Olózaga, Galiano, Aparisi, Nocedal, Martínez de la Rosa, Benavides, Pacheco, Pastor Díaz, González Brabo, Ríos Rosas, Molins y Patricio de la Escosura. Autores dramáticos que deleitaron al pueblo, y recogieron en el teatro cien coronas de inmarcesible hiedra, como el duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Ventura de la Vega, Ayala y Bretón de los Herreros. Poetas errantes y peregrinos famosos, que, á semejanza de los antiguos sabios y filósofos de Grecia, llevaron, como Mora, las letras, la cultura y el pensamiento de España á las más remotas regiones del otro lado del Atlántico y de los Andes, y dieron leyes y constitución á nuevas repúblicas, hoy engrandecidas y florecientes. Médicos insignes, como Seoane, el cual concurre en Londres á la fundación de la nueva Universidad y á la creación de importante revista, *The Atheneum*, que aún subsiste con gloria. Críticos como Durán, á quien tanto deben nuestro clásico teatro y nuestro incomparable romancero; á quien Wolf proclama rey de los críticos españoles; y en quien el amor á la antigua musa épica popular y su íntimo trato con ella despiertan la inspiración de los pasados siglos, y dan ser á las

candorosas leyendas de la *Infantina* y de *Don Flores*. Pensadores egregios como Núñez Arenas y Canalejas, que levantaron y reavivaron entre nosotros la casi apagada lámpara filosófica para iluminar con su esplendor los juicios literarios y las obras de arte. Ingenios desenfadados é infatigables polígrafos, que han regocijado ó ilustrado á la juventud, como Oliván, Monlau, Ochoa, Selgas, Segovia y Mesonero Romanos. Y, por último, pues no quiero ni debo olvidarlos, ya que suscito estos recuerdos, el discutidor brioso y profundo político, historiador elocuente de las alteraciones de Aragón en tiempo de Felipe II, á quien debemos además la divulgación por medio de la estampa del más antiguo de nuestros Cancioneros, ilustrado por él con erudición copiosa, la cual pone de realce la cultura de Castilla antes del Renacimiento ¹; el laborioso y diligente escritor que nos legó las historias de D. Pedro el Cruel, de las comunidades y del benéfico Carlos III ², y el modesto y discretísimo encomiador de Alarcón y de Moreto, cuyas vidas narra con tanta amenidad y abundancia de datos, y cuyas obras juzga y aprecia con tan exquisito buen gusto y elevado criterio ³.

Desde que yo pertenezco á la Academia, ha perdido ésta todos los claros individuos que acabo de indicar. Cuando entré en la Academia, aún era reciente la pérdida de aquellos dos grandes líricos, Quintana y Gallego, Tirteos de la guerra de la Independencia; del vate elegantísimo y fecundo maestro D. Alberto Lista; del extraño, entusiasta, fascinador y paradoxal poeta en prosa, que se llamó Donoso Cortés; y del más notable metafísico que hemos

¹ D. Pedro Pidal, primer marqués de Pidal.

² D. Antonio Ferrer del Río.

³ D. Luis Fernández-Guerra.

tenido en el siglo presente : de Balmes, cuya fama salvó el Pirineo, cantando y pregonando por toda Europa sus alabanzas.

La brillantez y la elevación de los nombres que cito subsanan, á mi ver, ampliamente, el error ó la flaqueza de la Academia en elegirme á mí, y acaso á algún otro como yo, si es que le hay, que carezca de suficiente altura.

No tenemos en España, sino por importación francesa, la costumbre de llamar á los académicos enfáticamente inmortales ; pero, si la tuviéramos, justificada estaría por los personajes recordados. Inmortales son todos ellos, y algunos, no con inmortalidad recóndita, que sólo ven los eruditos y bibliófilos, sino clara, paladina y evidentísima á los ojos del vulgo, así entre los propios como entre los extraños.

Por lo demás, me parece que debemos combatir como equivocada, aunque difundidísima, la creencia de que esta Academia ha de ser á modo de Panteón ó Elíseo literario, donde sólo sea lícito entrar á los eminentes y donde la entrada tenga traza de triunfo ó de gentillica apoteosis.

La Academia es meramente una modesta reunión de hombres de letras, bastante autonómica para que sea ella misma quien elija los individuos que la componen y para que no se someta á caprichos instables de la multitud ni á decretos de otros poderes. No es su propósito conceder títulos de gloria, ni repartir diplomas de inmortalidad, que no están en su mano, sino que el tiempo autoriza y custodia, después que los doctos los conceden, en virtud de reiteradas sentencias, que el pueblo sanciona y revalida con su asentimiento. El propósito de la Academia es cultivar la lengua y la literatura patrias, y para esto busca á los que considera más aptos,

aunque no alcancen extraordinaria celebridad. Cuando, por dicha, la celebridad y la aptitud coinciden en el mismo sujeto, la Academia está de enhorabuena.

La obra más importante, en que se emplea de continuo, es sin duda el Diccionario. En él han trabajado todos los oradores, poetas y prosistas cuyos nombres ya cité, lo cual es una garantía de que no debe de ser muy malo el Diccionario. Si Olózaga, Durán y Quintana ignoraban el valor y significado de las palabras con que pronunciaba el uno sus conmovedoras arengas, con que reproducía maravillosamente el otro la poesía narrativa de los siglos medios, y con que celebraba el tercero el progreso humano y la libertad y excitaba á la guerra, entusiasmado por el heroico levantamiento del pueblo contra toda tiranía, es cosa de desesperar de que nadie sepa nada, y es cosa de convenir en que hablamos y escribimos por casualidad y por instinto, sin conciencia y sin arte.

Acaso, me digo yo, no se puede conocer á fondo el idioma propio si no se conocen otros idiomas, con los cuales se le compara para aquilatar su mayor pulcritud y pureza, ó en los cuales se investiga el origen y se desentraña la raíz de sus vocablos; pero al punto veo que este requisito está cumplido, cuando recuerdo, por ejemplo, que Galiano escribía y hablaba tan bien en francés como en español, y que tuvo cátedra y explicó en inglés en Londres; que Severo Catalina fué maestro de hebreo; que Hermosilla, Ranz Romanillos y Castillo y Ayensa, se cuentan entre los mejores helenistas de que podemos jactarnos; que D. Manuel Valbuena sabía bastante latín, y ocupó aquí un asiento; y que en lo tocante á lengua arábica, hemos tenido á Conde, y aún tenemos entre nuestros premiados y laureados á Simo-

net, y entre nuestros correspondientes y colaboradores á D. Leopoldo Eguílaz.

Y si para entender y estimar en lo justo la lengua de Castilla se exigiese saber las otras dos principales lenguas literarias de la Península ibérica, la Academia habría satisfecho igualmente esta exigencia, eligiendo para la lengua portuguesa correspondientes como Oliveira Martins y Latino Coelho, y para la lengua catalana correspondientes como Rubió y Ors, Vidal y Valenciano, Quadrado y Teodoro Llorente.

Harto se entiende que yo no menciono sino á los que están ausentes y á los que ya murieron. Su mención sola autoriza á la Academia, después de haberlos elegido, á usar de benignidad indulgente, eligiendo á alguien que no llegue á la marca, si es que hay marca para esto como para las quintas. Y además, yo entiendo que se dan casos en que la contraposición es útil y grata, porque presta realce y claroscuro al todo. Dígalo si no aquel pasaje del profeta Ezequiel, que acude ahora á mi memoria, donde describe el ejército de Tiro, cuyos guerreros eran punto menos que gigantes, y, sin embargo, también había en él pigmeos para complemento y colmo de hermosura.

No es menester, en el día de hoy, en justificación de la Academia, apelar á lo expuesto y echar mano del elogio que hizo Ezequiel de los pigmeos de Tiro. Si éstos eran hábiles en el manejo del arco y de las flechas, con las cuales herían á los asirios que asediaban la ciudad y pugnaban por destruirla, no es menos certero y hábil el nuevo académico, y ha mostrado también su talento de escritor y su notable conocimiento de la lengua y de la literatura españolas, defendiendo nuestro Diccionario de muy rudos ataques.

El libro que, coleccionando los artículos escritos con este propósito, ha formado el Sr. Commelerán, es muy instructivo y ameno, y él sólo bastaría para hacerle merecedor de colaborar, en adelante, en la obra que tan bien defiende y de sentarse entre nosotros; pero el libro en defensa del Diccionario dista mucho de ser su único ó principal merecimiento.

Por otra parte, aunque el Sr. Commelerán sea acreedor por su intento á nuestra gratitud, su citada obra vale y sirve para ilustración general más que para apología de la Academia.

Si el Diccionario es malo, será por lo difícil que es hacerle bueno, ó será porque la casta ó raza española, salvo algún singularísimo individuo, es torpe para esta clase de trabajos.

Es verdad que la Academia ha hecho el Diccionario, y puede suponerse que, al hacerle, hizo una abominación; pero esto equivaldría á decir que los autores de ella fueron todos los ya mencionados personajes, y bastantes otros que, antes de que viniese á descubrirse su incapacidad, eran célebres por su conocimiento de nuestro idioma, como Luzán, Vargas Ponce, Arriaza, García de la Huerta, Burgos y Gil y Zárate.

Es de notar asimismo que, desde hace algunos años, gracias al desarrollo del comercio y de la industria, á la facilidad de comunicaciones, á los descubrimientos científicos y á su frecuente aplicación á oficios y menesteres de la vida de todos, y gracias á la difusión del saber y á la ascensión del pueblo á regiones y esferas, donde quizá antes no ascendía, el lenguaje vulgar se ha enriquecido en extremo.

En él ha habido, en muchos países, y sobre todo en los más adelantados, una tumultuosa irrupción de voces técnicas ó científicas. Indispensable ha

sido, por consiguiente, como se ha hecho en Inglaterra, Francia y Alemania, incluir en nuestro Diccionario multitud de voces, que antes sólo en las Enciclopedias se consignaban y definían. Y ha sido indispensable también definir con mayor exactitud y precisión no pocas de las voces ya incluidas, ajustándose á nomenclaturas y clasificaciones que la ciencia ha inventado ¹. Y todo ello procurando evitar lo demasiado técnico ó científico, á fin de que el Diccionario no traspase los límites, hartamente confusos, de lo que debe ser un Diccionario del lenguaje vulgar, y se convierta en enciclopédico, en resumen.

En esto, que es lo más nuevo y arduo, y lo que más caracteriza la última edición del Diccionario, si la empresa ha salido mal, esta Academia no resulta sola culpada del delito, sino también otras corpora-

¹ Es de advertir que tales nomenclaturas y clasificaciones sirven para lo material, que está ya clasificado por la ciencia; pero no sucede lo mismo con las facultades y operaciones del alma, y con los conceptos metafísicos, que son hartamente difíciles de definir. En los vocablos de esta clase suelen los más hábiles autores de Diccionarios, v. gr., Littré y Webster, eludir la dificultad no definiendo y apelando á la sinonimia. Este es defecto grave, porque los sinónimos son rara vez perfectos ó equivalentes, siendo, por otro lado, más útiles que convincentes las distinciones que hacen á menudo entre vocablos sinónimos los más discretos autores que sobre esto han escrito.

Pongamos por caso ver ó saber lo futuro y revelarlo á otras personas. Entre el verbo que implica la acción de comunicar lo que se sabe y el verbo que no la implica, es clara la diferencia; pero no es llano deslindarla entre multitud de verbos, cuando se pueden tomar en casi la misma acepción. Así, por ejemplo, en inglés, *predict, prognosticate, prophesy, vaticinate, soothsay, forebode, foretell, presage, augur, augurate, announce, advise, ominate, forecast, foresee, forewarn* y *divine*.

En la lengua inglesa, con escasísima dosis de gramática y con una pronunciación muy propia y característica, que lo *anglifica* todo, hay gran libertad para adoptar palabras de otros idiomas. Se diría que, para formar la lengua inglesa, sobre un montón de palabras germánicas y célticas se ha volcado todo el Diccionario la-

ciones, que se tenían por sabias, y no pocos sujetos, acreditadísimos en nuestro país por su pericia en diversas facultades, astrónomos, matemáticos, naturalistas, doctores en derecho, marinos, filósofos y militares, los cuales fueron consultados y respondieron á la consulta con grande abundancia de papeletas.

Si todas estas papeletas son tontas ó disparatadas, resignémonos y digamos: Sea todo por Dios. ¿Qué otro recurso nos queda, y más si observamos que nuestro delito acusa todavía mayor número de cómplices?

El gran pueblo español no tiene semejanza, por su noble destino, sino con el griego y el romano en las edades gentílicas, y, en la edad moderna, sólo con el inglés, hasta hoy. Designio providencial hubo de confiarle la misión de difundir por toda la tierra la cultura de Europa, descubriendo y ocupando islas y continentes antes ignorados, adonde llevar su sangre, su espíritu y su palabra.

En las Repúblicas independientes que del tronco tino. De aquí que el lexicógrafo no atine acaso á distinguir bien unas palabras de otras; cuándo se debe usar la latina y cuándo la germánica; qué diverso matiz de la idea capital quiere el uso ó la etimología que exprese cada una, ó si son del todo equivalentes, ya siempre, ya en ocasiones, y el emplearlas queda al arbitrio del consumidor ó sólo depende del buen gusto y de la eufonia. Así los verbos *wish, desire; hope, expect; trust, confide; show, exhibit; strengthen, fortify; mean, signify, guess, conjecture; wonder, admire; vorschip, adore; threat, menace;* y así los nombres *liveliness, vivacity; loveliness; amability; holiness, sanctity; depth, profundity.*

No es menor dificultad que esta de la abundancia ó sea la de que haya varias palabras para una idea, la de que á veces una misma palabra signifique las dos cosas ó calidades más opuestas. Sirva de ejemplo, en castellano, el adjetivo *civil*. Dice el Diccionario que *civil*, es *sociable, urbano y atento*, y además *ruiu, mezuino, vil* y *grosero*. Parece disparate, y con todo el Diccionario tiene razón. Sólo no la tiene en poner á *civil*, en la segunda acepción, la nota de anticuado. No es anticuado lo que está en Calderón, Tirso y demás dramáticos del siglo xvii, y aun en documentos oficiales del siglo xviii.

español han brotado en América, hay algo que las enlaza entre sí y con la metrópoli, que nadie debe ni quiere romper, y por cuya virtud persiste indeleble el testimonio de nuestra fraternidad é idéntica estirpe. Este vínculo ó lazo es el habla, ó por el habla se manifiesta.

La corriente de la emigración llevará á aquellas Repúblicas numerosos enjambres de trabajadores activos de otras lenguas y castas, á fin de que coadyuven á convertir la ingente soledad de la pampa en apiñado conjunto de alquerías, viñedos y ricos sembrados; á recamar la extensión uniforme de los yermos con variados jardines y plantíos fructíferos; á edificar y poblar industriosas ciudades, y á coronar y á hermostrar las márgenes del Amazonas, del Paraná, del Orinoco y del Magdalena, con quintas, alcázares y monumentos más gloriosos que los que el Rhin, el Elba, el Mosa y el Danubio reflejan en sus ondas. Pero es de esperar que la savia poderosa, transmitida por los primitivos colonos á sus descendientes, conserve toda la energía plástica que se necesita para que las masas que entren en fusión caigan en el molde del españolismo y se adapten de suerte á él, que las Repúblicas no se desnaturalicen y sigan siendo como son, sin perder el ser que tienen.

Á impulso de tan alto interés de casta ó de raza y por el amor á la común procedencia, se han cultivado, en estos últimos tiempos, por toda la América española, el arte y la ciencia de nuestro lenguaje. Frutos sazonados de este cultivo han sido las obras gramaticales y léxicas, dignas las más de grandísimo encomio, de D. Andrés Bello, Irisarri, Amunátegui, Baralt, Juan Arona, Rivodoó, Zorobabel Rodríguez, Daniel Granada, y por último Rufino José Cuervo, uno de los más sabios filólogos

:

que han tratado de nuestro idioma, y cuyas obras son un verdadero prodigio de crítica y de atinada diligencia. Y no se ha hecho esto aisladamente, sino que los doctos del otro lado del Atlántico han querido confederarse y aunar sus esfuerzos para el cultivo y la conservación del idioma común y para la mayor prosperidad de las letras ampliamente españolas, y se han formado Academias correspondientes de esta Academia, en Colombia, en el Perú, en México, en Chile, en el Ecuador, en Venezuela y en otras Repúblicas, siendo de esperar que pronto las haya en todas. Muchos de los individuos de estas Academias, colaboradores nuestros, tienen, á pesar de la distancia que de ellos nos separa, envidiable fama entre nosotros. Así, por ejemplo, Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo, Icazbalceta, Roa Bárcena, Juan León Mera, Ricardo Palma, Batres y otros más, pues sólo nombro los que acuden de pronto y atropelladamente á mi memoria.

Yo confieso, no obstante, que, á pesar ó más bien á causa de esta colaboración difusa de tantas personas en nuestro Diccionario, éste no puede menos de resentirse de faltas en el plan y en la armonía del conjunto. Acaso un autor único, ora por sí solo, si tuviese brío y perseverancia para tamaña empresa, ora con el auxilio de otros hombres capaces, obedientes á su mandado y sujetos en todo á su dirección, lograría hacer un Diccionario menos imperfecto que el de la Academia. Littré pudo jactarse en Francia de esta victoria. Entre nosotros, si Cuervo terminase su trabajo, y si éste abarcase más y no se limitase casi á los verbos con relación al régimen, Cuervo podría gloriarse de lo mismo: pero, aun así, ningún Diccionario de un singular autor, por bueno que fuese, alcanzaría la autoridad que tiene el de la

Academia, justamente por eso que le daña: porque es la obra colectiva de gran número de escritores en prosa, oradores, poetas y filólogos que, durante cerca de dos siglos, y en ambos hemisferios, han cultivado el habla de Cervantes.

La defensa, pues, del Diccionario, hecha por el Sr. Commelerán, no era indispensable, aunque ha sido agradecida¹. Y en lo tocante á su utilidad, yo la hallo en aquello en que está la de la impugnación y de la censura, por descompuestas é insultantes que sean. Tales asuntos vienen á interesar, merced á las ruidosas polémicas periodísticas, á un círculo extensísimo de gentes, que tal vez ignoraban antes que hubiese filólogos y lexicógrafos, y que sólo tenían idea vaga é incompleta de lo que un Diccionario pudiera ser. Y no es esto injuriar á nadie. Un periódico de gran circulación, que vende 70,000 ejemplares, llegará á tener 300,000 lectores, si se calcula, y no es demasiado, que cada ejemplar es leído por cuatro ó cinco personas.

Concedamos que de las 300,000 hay 100,000 que saben, cuál más cuál menos, de lingüística, gramática y lexicología. Siempre habrá que conceder, en el estado actual de nuestra general ilustración, que para las otras 200,000, todo ó casi todo aquello es inaudito. Una serie de artículos sobre el Diccionario debe de abrirles extraños horizontes y debe de propinarles pasto espiritual, sobrado succulento y difícil de digerir, si no va condimentado con mucha sal y pimienta y hasta con guindillas. De aquí, en el caso

¹ Además del Sr. Commelerán, han escrito, defendiendo el Diccionario de la Academia, D. Manuel Silvela, con el pseudónimo de Juan Fernández, en *El Imparcial*: D. Agustín de la Paz Bueso, firmándose *El Anti-crítico*, seis artículos en *El Globo*, y D. Rafael Álvarez Sereix, en *El Día*.

presente, que, si bien disgusta el ser injuriado, haya de estimarse la injuria como artificio ingenioso para que la multitud se entere sin aburrimiento de que hay Diccionarios y de que pudiera haberlos mejores. Los Diccionarios, aunque sean malos, han ganado mucho con esta vulgarización de las cuestiones filológicas. Tal vez, gracias á ellas, el Diccionario de la Academia se vende ahora más que nunca. En estos últimos cinco años se han vendido cerca de 15,000 ejemplares.

Pero dejo de hablar de nuestro Diccionario y de la defensa que hizo de él el nuevo académico. Éste era ya conocido y estimado de nosotros por otras obras. Entre ellas figura un atinado y entusiasta estudio biográfico-crítico sobre D. Pedro Calderón, y algunos libros para enseñanza de la juventud, muy recomendables todos por el excelente método y por la concisa claridad didáctica.

Censuran algunos que el Sr. Commelerán, en la *Crestomattia latina* que ha dispuesto y anotado, inserte mucho de los autores cristianos, y dé menos cabida que otros á los clásicos gentiles. Yo, no obstante, me inclino á creer que el Sr. Commelerán no va tan descaminado. Sin pensar en refutar aquí sus asertos, diré que no me conformo con que los poetas latinos cristianos sean iguales, ya que no superiores en la forma, á los poetas gentiles, y que por el fondo valgan mucho más; pero me parece que para conocer bien una lengua, no basta leer los autores de la edad ó siglo llamado de oro, desdeñando lo demás con notoria injusticia. Conviene seguir la marcha de los cambios y transformaciones hasta en la decadencia, y más cuando en esta decadencia brillan aún tan admirables autores como los poetas Juvenco y Aurelio Prudencio Clemente, ambos gloria de Es-

pañá, su patria. Por otra parte, y sin recrudecer aquí la disputa á que *El gusano roedor* del abate Gaume dió tanto pábulo, yo confieso que Horacio, Catulo, Suetonio y hasta el dulce y pulcro Virgilio en algún momento de extravío, no siempre están de acuerdo con la moralidad y con la decencia, que Lucrecio no es un dechado de fe religiosa, y que no es razonable pasar por cuanto dicen, y hasta aplaudirlo, *propter elegantiam sermonis*, sobre todo en libros destinados á la educación de niños ó de jovencitos incautos. Tiempo queda para leer tales obras en la edad granada, cuando no hay recelo de pervertirse, ó porque nos hemos afirmado en la virtud, ó porque ya nos hemos pervertido, ó porque hemos leído producciones de esto que se titula *naturalismo*, en cuya comparación los más desvergonzados desafueros de Lucio de Patras y de Petronio son conceptos pudorosos y angelicales.

Voy á hablar, por último, de otros escritos del Sr. Commelerán que tienen, hasta donde yo soy apto para juzgarlos, muy notable mérito, y le hacen digno de toda la fama que, dada la índole de dichos escritos, es posible adquirir. Porque, á la verdad, no ya en España, sino en cualquiera otra nación donde se lea más y se estudien mejor las humanidades y las lenguas sabias, sería pretensión absurda, v. gr., en Francia, que Emilio Egger, Alfredo Maury, Eugenio Burnouf y Adolfo Regnier, fuesen tan populares y generalmente conocidos, como Alejandro Dumas, Octavio Feuillet, Alfonso Daudet y Emilio Zola.

En España, hace algunos años, eran pasmosos nuestro desdén y nuestra ignorancia de todo lo que no era política militante y amena literatura. Recuerdo que en 1857, hallándome yo en Moscou, tuve allí

un amigo, poeta y erudito ruso, llamado Sergio Sobolefski. Me preguntó por D. Manuel Milá y Fontanals, á quien quería y estimaba sobremanera, y tuve que contestar que jamás había oído yo ni su nombre. Sobolefski me dió á leer los libros del ilustre profesor de la Universidad de Barcelona, y me puso en correspondencia con él. Cuando volví á Madrid y hablé del que había conocido en tan distante región oriental de Europa, vi que eran rarísimos los sujetos, aun en los círculos literarios, que aquí entonces le conocían. Ya ha cundido la afición al estudio. Ahora no se ignora tanto; pero todavía se suele cohonestar la negligencia ó la flojera con el desprecio.

Dos obras importantísimas está escribiendo el Sr. Commelerán, y las tiene ya publicadas en parte. Es la primera una *Gramática comparada de las lenguas castellana y latina*. Ha salido á luz la *Analogía*.

Mis escasos conocimientos y el corto espacio de que debo disponer, si no he de cansaros, me impiden hacer aquí detenido examen de esta *Gramática* para afirmar lo que hay en ella de nuevo y para deslindar lo que es original y propio del autor de lo que está tomado de otros autores, ó sin arreglo ni adaptación, ó adaptándolo á nuestro idioma, lo cual, lo último, valdría ya mucho é implicaría bastante ciencia y trabajo.

Es evidente que sin los escritos de ambos Schlegel, de Jacobo Grimm, de Federico Diez, de muchos otros, y sobre todo de Francisco Bopp, la *Gramática* del Sr. Commelerán no sería, ó sería un portento; pero, aun suponiendo que en dicha *Gramática* sólo se transmitiesen ó sólo se aplicasen al idioma castellano los adelantos científicos hechos por otros autores, merecería á mi ver grande ala-

banza el Sr. Commelerán , que los sabe , que los expone y que los aplica con claridad , orden y método. Ambas lenguas , latina y castellana , están allí hábilmente estudiadas y comprendidas , y el lector piensa que asiste á la formación de la primera y á su transformación en la segunda , y que ve nacer de las raíces las palabras , y trocarse éstas en otras por virtud de ineludibles leyes fonéticas , ó bien , tomar , aun dentro de cada lengua , varias formas cada palabra para expresar accidentes ó ideas secundarias , conservando siempre la idea fundamental en la raíz , la cual persiste á pesar de flexiones , reduplicaciones , sufijos simples y compuestos , que en edades remotas tuvieron aisladamente un significado , y prefijos que , ya son partículas inseparables , ya preposiciones , con significado propio , en la lengua madre cuando no en la derivada.

La otra obra del Sr. Commelerán es mucho más importante ; es un Diccionario latino-español etimológico , incomparablemente mejor y más rico que el de D. Raimundo de Miguel y el marqués de Morante.

Van ya impresas y entregadas al público cerca de ochocientas páginas de compacta impresión , gran tamaño y letra menuda , por las cuales bien puede estimar hasta el menos versado en la materia que el trabajo es de mucho valer , aunque para facilitarle hayan contribuido , como es natural , los de Forcellini , Freund y De Vit , á quien nuestro autor confiesa lo que debe. No busca y halla un hombre solo adecuadas y diversas autoridades para cada vocablo y para cada acepción , en más de quinientos escritores , desde Enio á Justiniano , ni descubre y extrae la raíz de cada palabra , ya del griego , ya del hebreo , ya del sánscrito , ya de las lenguas célticas , ya de otras. Se aprovecha , y debe aprovecharse , de

las investigaciones y estudios de anteriores lexicógrafos, y no por eso desmerece, si lo hace con discernimiento y propia doctrina.

Como quiera que sea, no puede negarse que el Diccionario del Sr. Commelerán será hermoso y útil monumento, levantado á los estudios clásicos en la patria de Vives, de Nebrija, de Ginés Sepúlveda y de Mariana. Asimismo, si se atiende al abandono en que tales estudios están hoy entre nosotros, y al corto premio, en reputación ó en dinero, que por ellos se alcanza, y si no se paran mientes en el invencible amor que lleva á la ciencia y en el súbito deleite que la ciencia infunde en el alma, ¿quién no se inclina á poner más alto que el momentáneo acto heroico de los Decios, cuando se votaron á los dioses infernales, la asidua devoción y la heroicidad vitalicia de quien se vota á la ímproba é ingrata tarea de levantar el monumento susodicho?

La breve noticia que he dado de las obras del nuevo académico, demuestra su valer y su completa idoneidad para los fines de nuestro instituto; pero, aunque dichas obras no existieran, bastaría el discurso de hoy para acreditar al Sr. Commelerán de notable filólogo.

Así como en la *Gramática comparada* nos explica de qué suerte, en el latín y en el castellano, no penetrando en la raíz é ingertándose en ella, como en los idiomas semíticos, sino anteponiéndose y posponiéndose á la raíz, que permanece casi invariable, hay partículas que determinan los casos, los modos, los tiempos, los números y los géneros, de nombres y verbos, en su discurso de hoy nos hace patente el procedimiento evolutivo por donde las palabras latinas han venido á convertirse en castellananas, no caprichosamente, sino con sujeción á reglas de eu-

fonía, que prescritas por la naturaleza, y peculiares á cada pueblo, han hecho nacer del latín el provenzal, el francés, el italiano, el rumano, el catalán, el portugués, el habla de Castilla y otros varios idiomas, los cuales se denominan neo-latinos¹. Del mismo modo el latín, el griego, el sánscrito y los antiguos idiomas célticos, eslavos, teutónicos é iránicos, nacieron del habla primogénita de un pueblo apellidado *ario*, noble, cuando, en edades prehistóricas, desde el centro del Asia, donde habitaba, se difundió en sucesivas emigraciones, enseñoreándose de la tierra, por el Sur hasta Ceylán, y por el Norte y el Occidente hasta Noruega é Islandia.

Si la fertilidad de las raíces dentro de un mismo idioma se comprende en la *Gramática comparada*, al ver que una sola raíz verbal basta á producir, como en griego, cerca de trescientas formas, en la conjugación, por el discurso del Sr. Commelerán, se explica de qué manera, gracias á los cambios fonéticos, nacen en la familia ariana, de un lenguaje primitivo, cuyas raíces acaso puedan reducirse á seiscientas, centenares de lenguas y de dialectos, en algunos de los cuales se expresan con facilidad y variedad los más sutiles pensamientos, los más distintos

¹ Es de suponer que en España y en otros países, donde se hablan hoy idiomas neo-latinos, las lenguas primitivas fueran más semejantes al latín que á ninguna otra lengua, al menos en aquella parte de la población más numerosa y civilizable. No de otra suerte se explica que en poco tiempo España se *latinizara*, y que más tarde, ni los pueblos de origen teutónico, ni los árabes, ni los africanos, que la invadieron y la dominaron más largo tiempo, pudiesen naturalizar entre nosotros sus lenguas respectivas. El habla de los españoles persistió casi toda latina en lexicología, morfología y sintaxis, salvo corta cantidad de vocablos de otras lenguas, vocablos que van quedando anticuados ó caen en desuso, como si la lengua quisiese expelerlos de su organismo por extraños á él.

matices de las ideas y cuanto comprende la inteligencia humana, para lo cual los diccionarios vulgares llegan á contener más de sesenta mil palabras, sin incluir no pocas de fácil formación y las variaciones que tienen las que se declinan ó conjugan.

En fin, y para no fatigar por más tiempo vuestra atención benévola, voy á concluir declarando que, después de la muestra brillante que ha dado el señor Commelerán de su suficiencia, todos debemos felicitarlos de tenerle por compañero. Su ya reconocida maestría en la ciencia de Max Müller hace muy á propósito su auxilio para conservar y fijar el habla en que se atesora una de las más fecundas y hermosas literaturas del mundo, habla que sirve de medio para comunicar sus sentimientos é ideas á un pueblo compuesto de varias naciones hermanas, de gran porvenir y glorioso pasado, que viven en esta Península y extienden su imperio desde el Atlántico al Pacífico, desde California á la Tierra del Fuego, y en varias islas grandes y fértiles del mar que surcó Magallanes por vez primera.

Y si prescindimos de la utilidad con que el saber del Sr. Commelerán habrá de prestarse al cultivo de la lengua española, todavía me parece justo y conveniente recompensar y honrar hasta donde esté á nuestro alcance, y popularizar y fomentar el estudio de la filología comparativa ó lingüística, tan desatendido hasta hoy en la patria de San Isidoro, de Arias Montano y de Hervás y Panduro.



